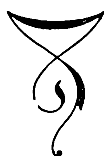
ECOS DEL PASADO

LUIS MELIAN LAFINUR

ECOS

DEL

PASADO



MONTEVIDEO

Imprenta y Encuadernación "El Siglo Ilustrado"

23—CALLE 18 DE JULIO—23

1909

Todas las composiciones que constituyen este libro, se remontan á muchos años atrás: por eso lo titulo: ECOS DEL PASADO.

Cada vez que cruzó por mi espíritu la idea de dar á luz una selección de mis versos, vino en seguida el desistimiento. Hoy llevo á cabo un proyecto en varias ocasiones fracasado, guiándome para ello dos razones principales. Es la primera, que aun cuando yo quisiera echar la lápida del olvido sobre mis pecados poéticos, sería vano mi propósito. Sucede efectivamente, que no se publica en el país antología alguna sin que yo figure en ella, y siempre con las mismas composiciones, como si jamás hubiese escrito otra cosa. Los editores no sólo dejan de tomar en cuenta lo que he insertado en periódicos que fácilmente podrían consultar, sino que no tienen conmigo la atención que dispensan á otros contri-

buyentes del libro que dan á luz, y á quienes ven para que les suministren sus mejores composiciones ó les faciliten algo inédito. Pero á mí jamás me ha visto nadie para disponer de mi nombre, y sin consultarme toman lo que ya encuentran impreso en otros libros, y allá voy siempre con la misma sonata, mientras que otros más felices se dan el lujo de escoger lo que mejor les parece, y aun presentar lo que nunca hayan antes publicado. Quiero, pues, que se recuerde y se sepa que he escrito algo más que lo poco que de mí conocen y con parsimonia me conceden los editores de florilegios uruguayos.

Es la segunda razón de este libro, que algunas de las composiciones que en él se registran, fueron escritas con fines políticos en momentos en que creía yo que la recitación ante numeroso público primero, y la impresión en seguida de poesías patrióticas, era algo que contribuía á mantener vivo el sentimiento de resistencia, en un núcleo escogido al menos, contra los desmanes de los tiranos y los régulos, siquiera para contrabalancear el mal de los que prostituían su lira en las fiestas oficiales de nuestras épocas nefandas.

Algunas de mis composiciones por lo tanto, son páginas de mi vida de ciudadano, y por más escaso que sea su mérito, si es que alguno cabe atribuirles, servirán por lo menos como documentos ilustrativos de tiempos calamitosos.

Sería otra cuestión para mí, porque lo ha sido para quienes valían más que yo, la de *mediocribus esse poetis non concessere;* pero con perdón del respetable maestro Horacio, yo entiendo que lo mediocre no es sólo malo en poesía sino en todo; que la música que rompe el tímpano y la escultura sin proporciones y las telas sin color ni dibujo y la prosa que carece de aticismo, son tan detestables como los peores versos, y que éstos cuando resultan fastidiosos, no es porque sean versos, sino porque son malos. Y cabe observar esto: nadie, que yo sepa, se ha inmortalizado por una sola página de prosa; y poetas que sería ridículo presentar como de la familia de Homero, Virgilio ó Dante, dejan recuerdo imperecedero en el mundo con un par de madrigales, en sí insignificantes, como Gutierre de Cetina, ó unas pocas cuartetas como Gray con una elegía.

Pero dentro de la cuestión de lo más ó menos que pueda valer un poeta, está lo siguiente:

¿quién lo juzga antes de que la posteridad le haya llegado?

La historia literaria del siglo XIX abunda en numerosos y contundentes ejemplos de que para juzgar á los poetas, no hay nadie peor que sus propios contemporáneos; y algunas citas convencerán de esta verdad.

Don Leopoldo Augusto de Cueto, formó tres abultados tomos á dos columnas de la Colección Rivadeneira, con los poetas líricos españoles del siglo XVIII; y para incluir en su obra dos verdaderos vates indiscutibles, tuvo que dar entrada á Quintana y á Gallego, que aun cuando nacidos á fines de aquel siglo, pertenecen en realidad al XIX en que ambos figuraron; pero el lector que hoy se empalaga con las anacreónticas de Meléndez y no encuentra de muy buen género el entusiasmo poético de Moratín (padre) por el espada Pedro Romero, no debe olvidar que los versos que hoy él desdeña y que nadie lee seguramente, hicieron las delicias de las gentes cultas é ilustradas de las cortes de Carlos III y Carlos IV, y pasaron también sin duda alguna por la memoria de las manolas de Goya.

En el último tercio de la pasada centuria, un

buen día se le ocurrió á Clarín, que tenía entonces en sus manos el cetro de la crítica, decir que en España no había más que dos poetas y medio. Las unidades eran Campoamor y Núñez de Arce, y la humilde fracción aquel Manuel del Palacio, en los tiempos de Santos tan conocido en Montevideo. Sin duda alguna, el alambique literario de Clarín, no debió ser en este caso del agrado de tanto poeta como hay siempre en España. Sin embargo, el caso es ahora este: los dos poetas y el semipoeta han muerto; y si la liquidación poética del autor de los «Paliques» se acepta, es á condición de apurarla y extremarla todavía un poco más: la posteridad ha empezado á dictar su fallo, y del rigor con que procede resulta, que Palacio está ya en la penumbra, Campoamor pierde terreno en razón de sus prosaísmos y nimiedades, y sólo queda Núñez de Arce en pie, sin eclipse de gloria ni disminución de renombre.

En Francia se han producido hechos análogos, reveladores del extraviado criterio de los contemporáneos para juzgar á sus poetas.

Es curioso lo que pasa con el célebre crítico Sainte-Beuve. Fuese por la envidia de los malos,

que impacientes por que un hombre se distinga en una cosa no le perdonan que pueda hacerse notar en dos, fuese por el extravío común en las gentes de una misma época para enaltecer ó deprimir, según se trate de un ídolo ó de quien no les caiga en gracia, el caso es que á Sainte-Beuve, que tenía conciencia de que era poeta, le infernaron la vida negándole las condiciones que él creía poseer, y lo condenaron á que no fuese más que crítico, después de la aparición de sus versos juveniles.

El tiempo ha corrido; á las generaciones de detractores contemporáneos de Sainte-Beuve, ha sucedido la posteridad justiciera, y hoy se le tiene en el concepto de un poeta original, que estuvo casi á la misma altura de todos los grandes vates de su generación, y que en el género elegíaco ha dado su nota propia, personal, diferente del canto melancólico de Lamartine y de la aflicción sollozante de Musset.

Durante los dos primeros tercios del siglo XIX, era opinión corriente en Francia y fuera de ella, que Víctor Hugo, Lamartine y Alfredo de Musset, eran los tres únicos poetas de que podía vanagloriarse á justo título la patria de

Corneille, y que los tres estaban á la misma altura en genio poético, si bien eran diferentes sus manifestaciones.

Ese juicio no ha prevalecido ni es el de la actualidad. La crítica moderna considera á Víctor Hugo muy por encima de todos los poetas franceses del siglo XIX, y desde luego lo juzga uno de los más grandes del mundo entero; y sin tomar en cuenta que Lamartine y Musset son conceptuados rimadores defectuosos y descuidados y Víctor Hugo es un cincelador de versos inimitable y por nadie superado, se le pone en su haber principalmente su imaginación y la amplitud de su espíritu, que lo hace brillar en todos los géneros, lírico, épico y dramático, mientras que Lamartine no es más que un poeta sentimental y elegíaco á cuya alma no llegan los grandes problemas del mundo, como no inquietan tampoco á Musset, cuyos gritos desesperados dentro de la monotonía de un metro casi siempre el mismo, hacen creer á críticos menos benévolos con él que Taine, cuando lo compara con Tennyson, que mucha de su popularidad la haya debido á su vida incorrecta y á su continua borrachera, á haber sido amante de George Sand,

que lo fué de todo el mundo, á que acaso lo haya sido también de la trágica Raquel, y aspiró á serlo de la Malibrán; todo lo cual seduce á los jóvenes guerreros que se preparan á iniciar conquistas amorosas, y á las lectoras románticas que tomando vinagre se empalidecen el rostro.

Los preciosos versos, pues, del autor de « Rolla », y las encantadoras estrofas de « Le Lac », han cedido ante el empuje del colosal autor de « La Leyenda de los Siglos », quedando desnivelado y deshecho para siempre el triunvirato que por muchos años compartió por igual las glorias de la poesía francesa.

Pero donde el error contemporáneo revistió caracteres más inicuos de injusticia, fué en Inglaterra.

Byron llena el escenario con su nombre en la primera mitad del siglo XIX. Keats y Shelley no alcanzan la fama que merecen, y el autor de « Childe Harold » brilla como una estrella de primera magnitud, sin rival que le dispute la superioridad con que se destaca entre los poetas ingleses de su tiempo.

Su fama se extiende por el continente, y Lamartine escribe estas palabras: « *Lord Byron*

« *est incontestablement, à mes yeux, la plus* « *grande nature poetique des siècles moder*- « *nes* ».

Pues bien, después de todo esto, hoy se tiene á Keats en el concepto de que puede codearse con el noble Lord; y en cuanto á Shelley no hay ya dos opiniones. La crítica lo pone con justicia muy por arriba de Byron, y lo declara uno de los más grandes poetas que la humanidad haya producido.

Y no se crea que la azarosa vida de Byron pudo ser razón principal en su aumento de popularidad, porque si pecaba él de desordenado, no le iba Shelley muy en zaga, y como eran íntimos amigos, más de una vez la corrieron juntos en Italia, donde ambos se habían refugiado perseguidos por la insoportable hipocresía y las invectivas de la sociedad inglesa.

Si estos errores se han cometido por los contemporáneos con los gigantes de la poesía moderna, ¿qué suerte puede estarle reservada á los pigmeos de la América Latina?

Cada país del Nuevo Mundo se ufana con sus cantores. Yo por mi parte les tengo poca fe. Siento tener que hacer esta confesión; pero

es mi creencia que si la América ha producido rimadores más ó menos inspirados, lo que es poetas en la verdadera acepción de la palabra, no ha producido ninguno. Imitadores todos, más ó menos felices, de la musa europea, siempre quedan muy abajo de los maestros que toman por modelos; y uno de los motivos que tengo para mi desconfianza en la obra de los vates del Nuevo Continente, es que cuando tratan asunto análogo al que fué del dominio de un poeta europeo, la caída es inevitable y ruidosa.

Pongo por caso al poeta argentino Andrade. Tengo de él el concepto de que es uno de los mejores poetas americanos, no obstante sus insoportables defectos de rima con la mezcla de consonantes y asonantes, y sus pocos escrúpulos en entrar á saco en el campo de cuanto poeta le cae á mano, grande ó chico, desde Víctor Hugo hasta García Tassara.

En 1877 publicó Andrade su « Prometeo »; y es desde entonces que data su fama de vate ilustre.

Modestamente alega en el prólogo que puso á su canto, que « no ha querido hacer un poe-
« ma, porque hubiera sido empresa loca acome-

« ter una tarea en que gastó sus robustas fuer-
« zas el genio cosmogónico de Quinet. »

No creo que en la patria de Chenier y Víctor Hugo, sean los versos de Edgard Quinet los que puedan dar reputación á su autor por más « cosmogónico » que sea su genio. Lo que sí garantizo es que quien lea en su idioma original el « Prometheus Unbound » de Shelley, no vuelve ni por broma á tomar en sus manos el « Prometeo » de Andrade, porque es como sentir el himno de Riego después de haber escuchado la Novena sinfonía de Beethoven, con cuyo final compara el crítico norteamericano Payne los versos que terminan el « Prometeo Libre » del gran poeta inglés.

Dada esta inferioridad de los poetas del Nuevo Mundo con respecto á los del Viejo, ¿qué quedará en el balance final del siglo XIX? Heredia, el cantor del Niágara; acaso también Olmedo, con gran contento de Cañete que lo pone por los cuernos de la luna, no obstante reconocer las deficiencias de rima y todo lo que en su reducida obra debe el vate ecuatoriano á los clásicos latinos que saquea á su gusto, y modifica, arregla y traduce.

También espigaba Heredia en campo ajen(teniendo predilección por los poetas italianos : franceses; pero no obstante eso y los lamenta bles descuidos de su rima, á lo mejor tiene chis pazos, y formas originales de condensar el pen samiento, y á veces un lenguaje poético tan in sinuante, como jamás encuentro en ningún otr poeta americano.

Heredia y Olmedo pueden constituir á l verdad un capital muy lucido de oro de buen ley, no obstante el mundo de versos que día : día se echaron al mercado literario del Nuev Continente durante el siglo XIX; brillaron am bos porque los verdaderos poetas no abundan.

Del mismo siglo no quedaron en pie más qu dos en España: Quintana y Núñez de Arce eximios vates ambos, bien que inferiores á su contemporáneos de otras naciones, porque n me entra que se puedan comparar con Swin burne, con Víctor Hugo, ni aun con Carducci y me refiero en esto al mérito puramente litera rio de la grandiosidad de Quintana y de la rim impecable de Núñez de Arce, que si tomase y en cuenta las ideas de ambos, todavía los ha bría de colocar más lejos de Carducci, de Hug

y de Swinburne, porque no podría olvidarme de que Quintana á pesar de hallarse infiltrado de las ideas altivas y generosas de los filósofos franceses del siglo XVIII, después de fulminar á Carlos V y Felipe II, prostituyó su lira en versos de adulación á Fernando VII; ni podría prescindir tampoco de que Núñez de Arce maldijo á Voltaire y á Darwin: es decir á dos genios benefactores, sin comprender que el primero alumbra á la humanidad como un faro, y el segundo ha verificado una revolución en la ciencia moderna, siendo un sabio que está muy lejos de prestarse á la caricatura que á su respecto se permite el ilustre autor de los « Gritos del Combate ».

Insisto, pues, en creer que no es pequeño el saldo favorable para la musa latino-americana si pudiera indiscutiblemente ufanarse con dos poetas de verdad.

Si España no presenta tampoco más de dos como se ha visto, media docena Francia y otros tantos Alemania, donde Gœthe no ha tenido sucesor, y por ahí anda también la Italia de Hugo Fóscolo, Leopardi y Manzoni, más favorecida sale la América Latina que la del Norte,

como que ésta con todo su desarrollo intelectual y su población, apenas inscribe tres nombres, Longfellow, Cullen Bryant y Poe, para que sepa el mundo que esos tres poetas todavía en tierra de Washington no han tenido sucesores.

Los ingleses fueron más fecundos que nadie sobre este particular en el siglo XIX. Presentan en línea de batalla doce poetas de primera calidad: Shelley, Byron, Keats, Coleridge, Wordsworth, Landor, Browning, Tennyson, Arnold, Rossetti, Morris y Swinburne. Este último muerto en abril del presente año, un bardo colosal, grande entre los grandes, de analogías con Shelley, y como él republicano y librepensador, bardo de los grandes ideales, defensor de todos los oprimidos, disponiendo para su apostolado de la lira más sonora y más musical que haya jamás exhalado en lengua inglesa un gemido por las angustias humanas ó un grito de indignación por las desigualdades y las iniquidades que sublevan el odio de las almas escogidas.

La América Latina con sus prejuicios de aldea, con su maldita ley de herencia que adora los efímeros triunfos de la fuerza, sin dar tiem-

po al tiempo para que las ideas sigan su evolución y penetren el alma de las masas populares hoy incultas, y que la guerra civil embrutece aún más, retardando el día de su emancipación de los errores atávicos,—la América Latina, digo, no puede producir cerebros como el de Swinburne, que es la quintaesencia del genio de generaciones que poco á poco han venido depurando sus vicios en la labor pacífica de adelantos graduales y metódicos.

Swinburne es un continuador apasionado y generoso de la obra de sus antepasados, que él ha querido apurar en las impaciencias de su intelecto batallador; es en línea directa descendiente de Shakespeare que era librepensador y no lo ocultaba, cuando en algunas naciones del continente europeo la hoguera infernal de la Inquisición sustituía al pensador por el fraile y al filósofo por el esbirro.

Por la misma razón que España no puede producir Shelleys ni Swinburnes, tampoco puede la América Latina producirlos, al menos mientras tenga el apego que todavía mantiene por las torpezas que degradan á los pueblos.

¿Qué esperanzas podía cantar el pobre Here-

dia, desterrado de Cuba casi niño por el delito de ser inteligente, como más tarde Saco por el de ser sabio?

El que dispone de fuerzas acumuladas por los siglos, y dispersas sólo por falta de dirección conveniente, puede soñar con la concentración de ellas en cualquier momento. En Europa esas fuerzas existen y basta un momento feliz ó desgraciado, para darle al pueblo conciencia de su poder y llevarlo á la consagración de sus ideales. Así le da el pueblo francés un puntapié á la monarquía, y la derrumba para siempre cuando en el último Imperio, con la rendición de una ciudad sitiada, concluye el can-can desenfrenado en que era bastonero Bonaparte.

Shelley y Swinburne han podido soñar la república para Inglaterra, porque hay un pueblo que ellos creen capaz de comprenderla; y porque el ensayo prematuro en manos de un déspota como Cromwell y el lógico fracaso en semejantes manos, no llegó á desanimarlos. Pero Heredia buscando una patria para ganarse el pan de cada día, sabiendo que de volver á Cuba, moriría en garrote vil como Plácido, y de igual manera que ese pobre mulato por el solo

delito de ser poeta, ¿qué más herencia poética podía dejar que la que se le conoce?

Olmedo se distingue con el canto á Junín en que es el protagonista Bolívar, el caudillo de las dictaduras interminables y de las presidencias perpetuas; pero su lira que pudo deslumbrarse ante las victorias de la guerra de la independencia, se empequeñece en otro canto que literariamente es acaso mejor que el canto á Junín; mas ¿á quién lo dedica?: á Flores, el caudillo guarango que vence en Miñarica en contienda civil; pero que no está muy claro que no fuese el instigador del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.

Heredia y Olmedo hacen lo que pueden. Es el escenario el que les corta las alas. Y gracias que con estos dos nombres se defienda la América Latina del siglo XIX del cargo de esterilidad que se le pudiese hacer, sin que para desvanecerlo se descuelgue siquiera con algún poeta de sacristía como Núñez ó Arboleda, y encuadre las originalidades de la poesía americana en un poema como «Gonzalo de Oyon» en que hacen el gasto unos indios con los sentimientos más delicados y cristianos, lo que determinaría

una extravagancia del mismo género de la de aquellos que creen que se constituyen en poetas muy nuevos, muy originales y muy extraordinarios, porque convierten sus lucubraciones en catálogos de historia natural, poniendo en verso la flora y fauna americanas, ensartando á trochemoche, y venga ó no venga á cuento, toda clase de sabandijas y de árboles, de modo que reciben el honor de contemplarse en verso los chajás, los carpinchos y chingolos, con los molles, algarrobos y ombúes.

Pero ni en los poetas de sacristía que le hacen versos á la virgen santísima, ni en los autores de listas de bichos raros y plantas exóticas, pueden desde ningún punto de vista consultarse los ideales de la poesía americana, que todavía espera algún hermano de Víctor Hugo ó de Swinburne, no estando dispuesta á contentarse con ningún imitador de Selgas que con composiciones al clavel, la violeta, la rosa y otras flores odoríferas, hacía las delicias de las muchachas lindas de mis tiempos juveniles.

Y ha de tenerse en cuenta que no obstante sus deficiencias, en lo que mejores pergaminos exhibe la América Latina es en la poesía lírica,

como que es esta clase de literatura la primera manifestación de los pueblos que comienzan á cultivarla.

Desastrosos son los otros géneros, con excepción del histórico, en que á beneficio de inventario, ha de hallarse uno que otro libro que algo pueda valer si de él se destara alguna exageración que convierte en hombres de Plutarco, dignos de la epopeya, á media docena de generales de tres al cuarto y otros tantos estadistas de discutible previsión política. Pero los historiadores con todos sus defectos, al fin prestan el servicio de acumular materiales para algún futuro Macaulay ó Lecky.

Lo que es desastroso es todo lo demás que lanzan las prensas americanas. El teatro no lo resiste nadie; y las novelas sustituyen á los más poderosos narcóticos que puedan desear los afligidos de insomnio; y si son históricas, ¡pobre del que pretenda hincarles el diente!, porque se encontrará con un cúmulo tal de extravagancias y de pigmeos convertidos en gigantes y de próceres de una nueva Ilíada, que no podrá continuar la lectura, porque siendo los hechos muy recientes y estando vivas las tradiciones de ayer,

la mejor voluntad no puede convertir los granos de arena en montañas y los faroles en estrellas del firmamento.

Y la razón para que no pueda haber en América todavía, ni dramas ni novelas, se explica aún de más evidente manera que la carencia de poetas que con los europeos se comparen, luego que los grandes dramaturgos y los grandes novelistas vienen en el Viejo Mundo, por una imperiosa ley de herencia, acumulando y seleccionando el material que en tradiciones y modelos les ha dejado una larga serie de años; y así los Sardou y los Ibsen caminan por segura senda para impresionar á sus contemporáneos con la síntesis, bien ó mal hecha, de enfermedades sociales que lentamente se han venido desarrollando y los espectadores conocen tanto como el autor.

Pasa lo propio con los novelistas: Walter Scott, Balzac, Thackeray, Dickens, Elliot, Meredith, son los condensadores de una vida social que ellos no inventan, sino que simplemente describen, tomando del natural los tipos que una vida de siglos ha venido formando lentamente.

Ese material falta en América, y toda tentativa de anticipar tipos y costumbres que aún no están bien definidos y modelados, fracasa por falta de verosimilitud y de seriedad.

El ilustre crítico y poeta inglés Matthew Arnold, ha dicho esto que es exacto y profundo: « para la creación de grandes obras en lite-
« ratura, han de concurrir dos fuerzas: la del
« escritor y la del momento en que escribe: y
« el hombre no es bastante sin el momento ».
(*and the man is not enough without the moment*).

La poesía lírica no entra acaso en esa regla; porque para cantar el amor, la patria, las decepciones de la vida, todo en fin lo que traduce sentimientos individuales, basta la aptitud personal y la disposición de ánimo de cada uno, según le haya ido en la lucha por la existencia.

Pero la novela, y sobre todo la histórica, no tiene campo todavía; y la exhibición de tipos patibularios para convertirlos en Cincinatos, y la elevación á genios tutelares, de medianos actores más ó menos felices en sucesos trascendentes en sus proyecciones, pero pobres como magnificencia de escenario, son extravagancias

que no pueden contar con el asentimiento de la crítica sensata para otorgarles un lugar que bajo ningún concepto les corresponde.

Y no hay que hacerse ilusiones; el pulso de lo que puedan significar las glorias, y los libros, y los hombres de la América Latina, en cuanto al concepto que gocen fuera de las fronteras nacionales, hay que tomarlo en Europa, que recién ahora á regañadientes y más por miedo que por otra cosa empieza á tragar á los norteamericanos, sin que esté dispuesta á tomar en serio á la América Latina, como no sea para colocación de capitales y mandarle su población indigente á fin de que vuelva vestida de nuevo dejando los harapos en tierra de Colón.

Nuestros historiadores llamaron grandes batallas á Maipú y á Junín, verbigracia; y por sus resultados valen para nosotros los americanos más que Austerlitz ó Waterloo; pero como en una batalla europea un encuentro de cuatro ó cinco mil hombres, es apenas una escaramuza de vanguardia, los escritores militares del viejo continente se ríen de Junín y de Maipú, y de los ejércitos que para ellos no pasan de brigadas, y de los jefes que los mandan.

No es Bolívar santo de mi devoción, con sus dictaduras perpetuas, padre del caudillaje que todavía avergüenza aquellas partes de América en que él dominó, y ofrece en la actualidad á los ociosos de las capitales europeas la caricatura de Castro, el regenerador de Venezuela durante diez años; pero San Martín, no obstante sus pecados de monarquista impenitente y reverenciador de Rosas, es en mi humilde concepto el soldado más competente y más intachable de la independencia americana. Tiene merecidas estatuas en Buenos Aires, Santiago y Lima, y por consiguiente su fama se ha extendido más allá de los límites de su patria.

Los historiadores de las naciones por donde él paseó sus armas triunfantes, hacen justicia á sus méritos y le levantan el monumento más imperecedero que el bronce; pero el criterio europeo no es el de López, Mitre, Barros Arana y Paz Soldán; y voy á dar la prueba. Pasa por un modelo de exactitud y buena información la «Histoire Generale» publicada bajo la dirección de Lavisse y Rambaud, con el plan racional de monografías escritas por distinguidos especialistas. Conceptuada esa obra superior á la alemana de

Oncken, sería la última palabra en cuanto á la historia moderna, si no estuviese en estos momentos saliendo á luz á la vez en Londres y Nueva York, la «Cambridge Modern History» de la que están en circulación ya diez tomos, siguiéndose por sus diversos autores el plan proyectado por Lord Acton.

Pues bien, quien quiera hojear el tomo X de la obra de Lavisse y Rambaud, se encontrará con que en ella se pone á San Martín de oro y azul; se le atribuyen las condiciones ruines de un ambicioso vulgar devorado por la concupiscencia de su encumbramiento personal; se le compara con Iturbide; se le dice que no atacó desde luego á Lima por miedo de diezmar un ejército que reservaba como base de su dominación; y se le echa en cara que se permitía un tren real, abrumaba al pueblo con exacciones, y no se preocupaba más que de preparar su imperio (*ne parait plus préocupé que de préparer son avénement à l'empire*); y no se piense que todo esto se dice por ignorancia de lo que se ha escrito en América. En la copiosa bibliografía que sigue al capítulo en que del vencedor de Chacabuco se habla, figura la mayor parte de

los libros que en la Argentina, Perú y Chile se han escrito sobre la guerra de la independencia, y en que se endiosa á San Martín convirtiéndolo en un varón de Plutarco.

Es que hay desdén por todo lo americano; y la caricatura de los héroes se extiende con más razón á otras esferas en que la inferioridad es indiscutible; y en vano se ilusionarían con otras opiniones los que juzguen por apariencias.

En España es común una gran benevolencia para los escritores de la América Latina; y se ha traducido ese sentimiento últimamente en prodigalidad del honor de miembros correspondientes de las Academias, que se ha distribuído entre escritores de Méjico, de la América Central y de la América del Sud, no todos literatos de igual fuerza y algunos sin más título que las adulaciones y bajezas empleadas para obtenerlo.

Don Juan María Gutiérrez con buenas razones que encresparon la susceptibilidad y suscitaron la indignación de personaje tan importante como Villergas que lo atacó duramente, hubo de declinar el honor; y es el único escritor de nota de que tenga yo noticia de haber guardado su independencia y sus fueros de escritor ame-

ricano, con el rechazo de un honor que no es honor tratándose de una Academia en ninguna parte más combatida que en España misma, y en la cual para entrar es el primer título ser beato y *laudator temporis acti,* aunque á regañadientes acepte uno que otro liberal como Picón, y después de veinte años de maduro examen dé entrada en el diccionario á algún americanismo como « bochinche », dándole por supuesto al vocablo una acepción que no le viene bien ni le corresponde.

Y á tanto llegaba el entusiasmo de los académicos de Madrid, que tuvieron la ocurrencia, ha tiempo, de tantear á los que consideraron más dóciles de los escritores de Chile y la Argentina, para la fundación en Santiago y Buenos Aires de sucursales de la Academia.

Las bromas no pudieron llegar hasta ahí con éxito; y las proyectadas sucursales duermen el sueño del olvido, *per sæcula sæculorum.*

Lo que no comprenden los que se ufanan con los arrumacos de la madre patria, es que en todo esto hay un propósito político disimulado. Un amigo que tenía yo en Washington y con el cual solía hablar de asuntos de nuestras patrias, me

contaba que una vez Alfonso XIII le decía muy seriamente: « únanse las naciones americanas, « que España las ayudará ». Tan cómica como pueda ser esta fanfarronada del joven biznieto de Fernando VII, es un indicio de esperanzas en influencias definitivamente perdidas, pero que flotan en la atmósfera de la tierra de Cervantes.

Todos estos arrumacos de correspondencias académicas y de ofrecimientos de protección, me hacen el efecto en los que los toman á lo serio, del orgullo pueril y la vanagloria de aquellos que por un colgajo irrisorio cambian sus pergaminos de hijos de una democracia, creyéndose levantados con una cruz al pecho desde su posición de ciudadanos de un pueblo libre, con la ilusión de que se dignifican por ese medio, como creen que se agigantan y son grandes taumaturgos los escritores mediocres que las Academias españolas llaman á su seno con el desteñido título de correspondientes.

No saben los pobres que tanto las cancillerías como las academias de cierto orden, distribuyen sus encomiendas á granel, y que las condecoraciones por lo general tienen un origen humillante, no siendo las que ganen los soldados

con su sangre en el campo de batalla. La Legión de Honor francesa, fué instituída por Bonaparte para fines secundarios de su abominable despotismo, y hoy la República distribuye sus cruces por paladas á menestrales, enfermeros, y á todo el que desee usar la cintita colorada.

Otra orden que también agrada mucho y pone fuera de sí á los jóvenes aristócratas y que España prodiga bastante á los americanos, es la de Isabel la Católica, que tiene también como la Legión de Honor un origen ignominioso; fué instituída por Fernando VII, con el especial objeto de premiar á los leales servidores de su tiranía bajo el patronato de Santa Isabel, y con confirmación del Pontífice. Son muchos los que en Montevideo se pavonean con estos colgajos. Hieren los sentimientos republicanos; creo que le hacen mal al país en que he nacido; y me propongo cualquier día demostrar que es inconstitucional que el Cuerpo Legislativo autorice el uso de condecoraciones nobiliarias por más ridículas que sean, como efectivamente son.

Otro medio que la madre patria emplea para ganarse la buena voluntad de los latino-ameri-

canos, es el convenio tácito que parecen haber formado los escritores españoles para elogiar sin medida y desde luego sin leerlo, á todo lo que les remiten los jóvenes guerreros que en el nuevo continente hacen sus primeras armas en el campo de las letras.

Fué don Juan Valera el que empezó ese sistema de protección efusiva, paternal y generosa. Campoamor, obscurantista de una pieza, y beato de tomo y lomo, escribió á Enrique Kubly una brevísima carta sobre «Los Dioses Caídos», que á haberlos leído se cae en cuerpo y alma para atrás, y no escribe carta ninguna.

Núñez de Arce, que sin excepción de ningún género, lo sé de buena fuente, se reía de todos los vates americanos, los elogiaba en público sin embargo, y siempre que un poeta ó poetastro le remitía con ampulosa dedicatoria el parto de su ingenio peregrino, el ilustre autor de «El Vértigo» obsequiaba al importuno *sur-le-champ* con una epístola afectuosa y alentadora que llenaba de conmovedora satisfacción al destinatario; y así hay un buen número de locos diseminados por todos los rumbos de la América, que conservan en sus archivos, como oro en polvo, las más ardientes felicitaciones de Núñez de Arce.

Escritores de menor cuantía están también al habla con los literatos del Nuevo Mundo; y sin tener el prestigio de Valera ni su inimitable estilo, por supuesto, ni nada que los acerque á ese original escéptico de buen tono y humorista sin rival en su país, siguen sus huellas en la forma benévola con que dispensan su protección ultramarina á los hijos de América, mientras con críticas implacables y acerbas procuran despedazar la reputación de los autores más serios de que se enorgullece España, sin disponer tales críticos de una pluma que tenga nada que ver con la que manejaron Sainte-Beuve y Matthew Arnold.

Este año la casa editorial de Sampere y C.ª, en Valencia, ha dado á luz un tomo con el «Ariel» de Rodó y el «Liberalismo y Jacobinismo» del mismo autor; y hasta aquí todo va bien; pero el prólogo de Clarín al opúsculo «Ariel» también se inserta, y trae estas palabras: «lo que Rodó pide á los americanos lati-
« nos es que sean siempre... lo que son... es
« decir, *españoles*, hijos de la vida clásica y de
« la vida cristiana».

Yo entiendo que Rodó no ha pedido nada de

eso; y confirma que nada haya pedido, la declaración en el segundo de sus trabajos de que está «libre de toda vinculación religiosa».

Muy por encima leyó sin duda Clarín, si es que lo leyó, el «Ariel» del distinguido escritor uruguayo; y en la apreciación de las opiniones que le atribuye corre parejas en exactitud, con la diatriba que lanza al pueblo norteamericano, á quien colgándole todos los defectos imaginables, lo acusa de «utilitarismo», sin comprender que ni en España ni en toda Europa, se ejerce la caridad con manos más abiertas que en los Estados Unidos, habiendo diarias manifestaciones sorprendentes en ese particular.

Pero los elogios hiperbólicos de los escritores españoles á los autores americanos, elogios que alguna vez son justos como en el caso de Rodó que es un literato aventajado, las más veces son injustificados y á ninguna otra cosa responden que á la continuación de un propósito ilusorio de atraer simpatías con fin político, al mismo tiempo que les sirve de pretexto para ditirambos á España y la eterna cantinela de haber dotado á América de su idioma, de su religión y de su cultura.

Parte de esto se le agradece á beneficio de inventario por la gente de la escuela liberal en el Nuevo Mundo, y sin retrancas de ninguna especie se reconoce la magnificencia de la lengua, quizá la mejor del mundo entero, porque no soy yo de los convencidos de que la italiana le sea en absoluto superior.

Cervantes, que se codea con Shakespeare, y los dramaturgos del siglo de oro, imitados por todas las literaturas de Europa, especialmente la francesa, son la fuente pura de inspiraciones estéticas á que nunca se recurrirá sin fruto y sin deleite por todos los pueblos de habla castellana, más habilitados que los extranjeros para apreciar bellezas en su propio idioma; pero fuera de eso que mucho vale, no lo pongo en duda, la América en materia de liberalismo no tiene nada que imitar de la España recalcitrante de los Borbones, donde un escritor como don Rafael Altamira, que se pretende independiente, al traducir el libro de Fichte sobre Alemania, tiene que decir en el prólogo esto que no se lee sin pena: «Hemos suprimido tan sólo algunos párra-
« fos cuya doctrina, sin ser necesaria para el
« efecto principal de la obra, podría haber da-

« ñado á su franca aceptación por parte de « nuestro público»; y para mi objeto basta con lo dicho, que no he de enmarañarme en un asunto ajeno á mi propósito, que no es otro que el de inculcar sobre la puerilidad de darle importancia á elogios ultramarinos de convención, que marean á ciertos jóvenes, y en lugar de estimularlos al trabajo y al estudio, los ungen con una inmortalidad anticipada y *sui géneris*, pero que como es ficticia, y por lo general ridícula, no responde á nada serio y dura lo que la rosa de Malherbe.

Esta enfermedad de aspirar á elogios que no son espontáneos, y á diplomas de sabiduría de dudosa procedencia, es enfermedad que tiene su hermana gemela en las biografías y autobiografías que se estilan hoy en el mundo para gloria y contento de editores y libreros.

La dolencia á que me refiero es en Europa crónica, como lo es en los Estados Unidos y empieza á adquirir síntomas de gravedad en Montevideo.

En la gran República en que he vivido, estos últimos años los diccionarios biográficos se multiplican constantemente, y pasa lo mismo

en Europa. Esto se explica: el negocio es bueno; se le encomienda el trabajo de su biografía al propio biografiado, y con esto el editor obtiene dos beneficios: no pagar escritores que redacten el libro, y asegurar la venta de un ejemplar á cada uno de los que se dan el placer de ver su autobiografía en un libro en folio y en la vecindad de personajes cuya vida realmente interesa á los demás.

Y eso es quedarse cortos algunos editores, que otros hay que explotan mejor el negocio; y en mi copioso archivo de rarezas de especialidad industrial, conservo entre otras la correspondencia del director de los « Annales Diplomatiques et Consulaires » que se publica en París, tratando de convencerme de la necesidad para mí de mandarle mi biografía y mi retrato, que se publicarían en su periódico sin más recargo que la entrega de trescientos francos por mi parte.

Mi última batalla en esta explotación de la vanidad humana, ha sido con los editores de « Who is Who in America », diccionario biográfico que se renueva todos los años, con autobiografías de los diplomáticos que llegan á Washington. Mi contestación invariable á todas

las explotaciones de ese género, de que mi vida á nadie le importa, y que en caso contrario, sería otro y no yo quien diese cuenta de mi obscura personalidad, ha causado extrañeza generalmente, y la docilidad de gentes mucho más persuadidas de su importancia que yo de la mía, prométeme agradables sorpresas en caballeros que conozco, pero no tanto, como para dejar de maravillarme de la nueva faz que descubrieron en sus autobiografías *ad hoc,* como ya me sucedió con un ex Secretario de la Legación del Uruguay en Washington, que á lo más que extendía sus conocimientos era á los adquiridos en alguna mala escuela de instrucción primaria, sin embargo de lo cual resulta en un diccionario biográfico con los más profundos estudios universitarios después de haber seguido cursos en una imaginaria « escuela modelo » de Montevideo; y como no es malo que á los merecimientos académicos se unan los guerreros, el hombre se cuelga una espada, y sin haber pasado una mala noche por la patria ni saber lo que es echar armas al hombro, resulta capitán de nuestro ejército; todo lo cual es muy interesante bien que contraste con el buen sentido de un diplo-

mático amigo mío, que ante el ofrecimiento de que se le daría una cruz de la Legión de Honor, mediante la entrega de una suma, contestó aunque lo que se le pedía era muy poco, « que necesitaba su dinero para cosas más serias ».

Debe concluirse con todo esto por el convencimiento de que las farsas y artificios no conducen á nada, y que si son la satisfacción de los necios sirven al mismo tiempo de jolgorio á los discretos.

Los que escriben para el público deben persuadirse de que el tiempo todo lo depura, y que en punto á reputaciones literarias no se puede andar á vapor ni se alcanzan sin trabajo.

En cuanto á lo que pueda darse á la prensa, hay para todos los gustos.

Cervantes decía: «Yo soy aficionado á leer « aunque sean los papeles rotos de las calles».

Y Emerson estaba dispuesto á llevar á cabo un auto de fe con todos los autores secundarios, porque creía él que éstos no hacen más que repetir lo que dijeron los escritores geniales; y le parecía la mejor solución, para no perder tiempo en lecturas inconducentes, que desaparecieran todos los libros, y quedasen únicamente

los que responden al hábito de las naciones ó á la síntesis de su genio trasuntado en autores eminentes; y consideraba así que á la mayor parte de Europa le bastaba con la Biblia, á Persia con Hafiz, á China con Confucio. En cuanto á Inglaterra, juzgaba muy conveniente que todo desapareciese con tal de que quedasen Shakespeare, Bacon y Milton, abrigando la creencia de que para los que leen castellano nada había mejor que darles en la cabeza á todos los autores, con excepción de Cervantes. Una visita á la Biblioteca de Cambridge lo persuadía de que muchos estantes podrían suprimirse sin inconveniente, porque lo que con provecho era de leerse se hallaba en su casa y desde luego en la selección de libros de cualquier particular que la hubiese hecho bien para su propio uso.

Entre Cervantes y Emerson hay consuelo para todos los que escriben: si no quedan en pie más que unos pocos, los demás se hallan en la buena compañía de quienes sin ser Cervantes, se llaman Quintana ó Fray Luis, y sin ser Shakespeare llevan nombres tan envidiables como los de Byron y Macaulay; y si han de quedar todos en su puesto, algún lector encontrarían que

los prefiriese á la tarea poco higiénica y limpia de recoger microbios en los papeles rotos de la calle.

Y si no cabe ese consuelo, puede contarse con el de que á veces los autores de lucubraciones ridículas cuentan con lectores de primer orden. En un tiempo le dió á Angel Floro Costa, por leer esos novelones interminables que se publican en España por entregas; y la «Monja Sangrienta» y «Los Siete Infantes de Lara» y otros mamotretos por el estilo, lo divertían grandemente. Otro amigo conocí que en los momentos de mal humor apelaba á la musa sublime de Errecart y los «Albores» eran un bálsamo santo para su *spleen*.

Pensé yo alguna vez que esta alegre manera de perder el tiempo, pudiera ser exclusivamente de cuño uruguayo; pero la publicación de las «*Marginal Notes*» de Macaulay, muchos años después de la muerte del célebre historiador, me reveló que también en Inglaterra tenían su utilidad los autores que sin sospecharlo, escriben páginas regocijadas con la intención contraria en la seriedad de sus profundos pensamientos.

Pero Macaulay llevaba la broma ó la excen-

tricidad más lejos que mis compatriotas, porque ocupaba sus ocios en anotar libros irrisorios que le servían de solaz. Una Miss Seward publicó seis tomos de cartas, hasta con faltas de sintaxis; y otra *lady*, sobre la traducción en prosa que un Reverendo hizo de Horacio, se permitió una versión en rima del lírico latino sin saber una palabra del idioma original, caso que aun cuando no es raro y en forma análoga se ha repetido en el Río de la Plata, no deja de ser donoso. Macaulay se divertía con estas y otras extravagancias y en notas marginales dejaba las huellas de su buen humor.

Prescindiendo ya de esta digresión sobre libros grotescos que algunos espíritus superiores encuentran divertidos, debo recordar que en el terreno de otras benevolencias suele producirse mal con la mejor intención del mundo, haciéndole creer á gentes extrañas por completo al sereno ambiente de las bellas letras, que pueden figurar entre sus cultores por la publicación de cualquier extravagante engendro.

Fuí visto para hacer la reseña histórica de la literatura uruguaya que acompañaría la parte dedicada á nuestro país en la segunda edición de

la «América Literaria» de Lagomaggiore. Decliné el honor porque en mi concepto debía reducirse á proporciones discretas la nómina de los ilustres uruguayos en materia literaria. Indiqué para sustituirme con ventaja, en la tarea, al ático estilista doctor Sienra Carranza; y el distinguido poeta con su bondad inagotable lanzó en su reseña tal número de representantes de la intelectualidad uruguaya, que de conocerlo los árcades de Roma, habrían de admirarse de la fecundidad del Uruguay en todos los géneros que abarca la literatura.

Pero esto es nada si se recuerda á otro bondadoso, que á mi juicio pasó los límites del homenaje que la benevolencia y la tolerancia y la amistad permiten cuando se trata de hablar seriamente de libros y autores.

Sabido es que repetidas veces y en diversos países, se ha hecho la tentativa de selección para recomendar cien autores entre los millones que han escrito obras de universal trascendencia y mérito permanente é indiscutible. En Francia Aimé-Martin; en Inglatera Lord Acton y otros, entre los cuales Lord Averbury (John Lubbock) se distingue con la nómina que inserta en su

hermoso libro «*The Pleausures of Life*», traducido á la mayor parte de los idiomas y que cuenta más de cien ediciones en su lengua original.

El joven literato don Alberto Nin Frías, en sus «Ensayos de Crítica é Historia», también dedica uno de esos «Ensayos» á determinar cuáles son los «*cien mejores libros*» producidos durante los sesenta siglos que cuenta la literatura universal.

En muchos nombres coincide con Lubbock; pero en otros la coincidencia no se produce, porque el joven Frías coloca entre los cien autores —¡pasmo de la humanidad!— á Zorrilla de San Martín y á Bauzá!!......

Me imagino que podía haber sido materia para una nota marginal de Macaulay, ver á Bauzá entre Tucidides y Tácito, extendiéndole la mano de camarada á Mommsen ó Grote; y no deja tampoco de ser cómico contemplar á Zorrilla de San Martín después de un empinamiento sin resultado, columpiándose en los hombros de Virgilio con la ayuda de Homero, para darle un ósculo cristiano de amor y fraternidad á Swinburne ó á Víctor Hugo.

Aplicado un criterio tan generoso al arte militar, daría este resultado: Alejandro, Aníbal, César, Napoleón y Timoteo Aparicio.

El señor Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, precede el libro de Frías con un prólogo muy encomiástico para el joven autor de los «Ensayos»; pero en cuanto al de los cien libros se permite sus reservas en estos términos: «El Ensayo sobre los cien libros « mejores, tiene el grave inconveniente de su « asunto, y no he de detenerme en él».

La prudente actitud del señor Rector de la Universidad de Salamanca, se explica: él es autor de libros y no figura en la lista del señor Frías, mientras que codeándose con Cervantes y Calderón de la Barca, vienen la Pardo Bazán y un señor Nogales que escribe cuentos.

Los autores uruguayos que no figuran en la lista, pueden conformarse: en cien no caben todos y con dos basta. Además la inmortalidad no puede despilfarrarse y no es cosa de repartirse á manos llenas.

Y no hay que olvidar que de omisiones semejantes se registran reiterados casos con frecuencia.

Arsene Houssaye ha escrito un libro espiritual y curioso «Histoire de 41me fauteuil de l'Academie Française», para recordar los que no ocuparon un sillón de la Academia aunque se llamaron Descartes, Balzac, etc., etc.

Consuélense, pues, los filósofos y modernistas uruguayos como se han conformado los franceses, con no ser inmortales todavía: los acontecimientos humanos son movibles y cambian como los vientos: una lista puede sustituirse por otra; y hasta quizá el mismo señor Rector de la Universidad de Salamanca modifique su reserva actual.

Y dejo esto y paso á otra cosa.

Un mal que á intervalos se ha hecho sentir en nuestro país, es el de las pandillas literarias. Aquí de Molière: «*Nul n'aura de l'esprit, hors* « *nous et nos amis*».

No tomo en cuenta de esas reuniones híbridas y malsanas, las agrupaciones de hombres de mérito en las letras, que alguna vez han existido en Montevideo, como sucedió durante el asedio de Rosas y Oribe y los años que lo precedieron, cuando la emigración argentina buscaba asilo en la capital uruguaya. Me refiero á los cenácu-

los improvisados con buenos y malos elementos, para distribuir títulos á la consideración pública, y constituir centros con malas tendencias para deprimir ó levantar arbitrariamente personalidades literarias.

El año 1855 se formó una pandilla que no era de las peores porque el pontífice Heraclio C. Fajardo estaba dotado de un natural bondadoso.

Ramón de Santiago refería con gracia exenta de malignidad, la admiración que causaba Fajardo con su fecundidad inagotable, en los jóvenes de la época.

Poco movimiento de libros, escaso tiempo para lecturas; la seguridad de que la vida de cuartel no había concluído, porque no fué la Guerra Grande escarmiento suficiente para darle solución de continuidad á la agradable diversión de seguir reventando al país con las delicias del caudillaje y de la guerra civil; y otras causas que quitaban reposo y no daban lugar al estudio serio, determinaban una pobreza intelectual en que sobresalía sin ser lince el que no contaba más que con un ojo. Fajardo tenía la obsesión de los periódicos y los versos. Fundaba revistas que duraban poco, y en que él casi solo hacía el gas-

to de alimentación editorial. Escribía bajo su firma, ó con diversos seudónimos como «Elgarido» y «Plácido Douclai» y otros más, que suscitaban la admiración de los lectores cuando se descubría ese transformismo del Frégoli literario de aquellos buenos tiempos. A su alrededor se agrupaban los que lo convencieron de que era un genio, suscitando la emulación de José Pedro Pintos y gentes por el estilo.

Pero Fajardo no escribió en toda su vida más que una sola cuarteta lírica: aquella cuando Colón vió desde su barco una luz que brillaba en tierra, y es como sigue:

Era un vivo destello de topacio,
Flotando de las aguas al nivel,
Como estrella caída del espacio
Para alumbrar la ruta del bajel.

Fuera de esta cuarteta que envuelve verdadero lirismo, todos los demás versos de Fajardo son del género de « Las negras crenchas de tu frente noche » y de « Ven mi perro: Ven mi perro ».

Prosa rimada es lo que constantemente produjo, y lo peor es que no siempre bien rimada; y á veces denunciadora de una intervención di-

recta del « Diccionario de la Rima » por el uso de estrambóticos, inusitados y antipoéticos consonantes.

Siendo yo muy joven conocí á Fajardo en Buenos Aires; y por el vigor retrospectivo de la facultad pnemónica, lo tengo ante mis ojos. Era bajo de estatura, sin ser ridículamente pequeño; de semblante bello y simpático; mirada y voz muy suaves; hablaba despacio afectando modestia; pero al ensimismarse se le conocía la persuasión en que estaba de que era un personaje. Una palidez como jamás he conocido en hombre alguno, daba á su fisonomía atrayente dulzura; y usaba cuidadosamente peinadas unas largas patillas rubias, tirando á coloradas, que pasaban á retaguardia en los días en que el viento atacaba de frente.

Al morir, se había por suerte sosegado en materia de versos. Era procurador de aldea, desarrollando en el teatro de Chivilcoy sus facultades de curial. Y para darle á su existencia un carácter más prosaico y de mayor asiento, estaba en vísperas de casarse.

Y los años de vida que alcanzó y estas proyectadas nupcias, le daban analogía de destinos

con Espronceda, muerto también, más ó menos, de la edad de Fajardo en momentos de abandonar la vida de soltero.

Y de ahí no pasan las analogías; porque aun cuando Fajardo también lloraba una amante muerta, no llegó nunca á calumniarla como Espronceda á Teresa, interesante pecadora que nunca fué lo que el cantor de « El Diablo Mundo » ha dicho de ella. Antonio Cortón, el último biógrafo de Espronceda, recuerda como la hija del poeta y de Teresa ha lamentado el canto á su madre; y por borrarlo de las obras de su progenitor habría dado lo que no es decible; porque la pobre Teresa, ferozmente celosa por las infidelidades de su seductor, si lo abandonó, no fué para dar un segundo mal paso, sino para morirse de pena á los veintiocho años, sin cometer otra falta que la primera y única: la de haber tenido el buen gusto (entiéndase que no hablo aquí de moral) de cambiar un marido carraco, incómodo y rezongón, por tan apuesto mancebo como Espronceda, rico, generoso, y dotado de todos los prestigios que pueden trastornar los sesos á una ardiente andaluza de poco más de veinte años.

Pero á veces los poetas, con tal de hacer una composición hermosa inventan cosas que no porque el vulgo las crea han de ser siempre verdad. A Byron, confundiéndolo con los personajes patibularios de algunos de sus poemas, había quien lo creyese con el torcedor de mil remordimientos en su conciencia; sin perjuicio de que además de ser asesino, se daba el lujo de fúnebres extravagancias, como la de emborracharse usando copas hechas de cráneos de los mismos individuos que él había despachado.

La pandilla—inofensiva como su jefe--acaudillada por Fajardo, concluyó entre emigraciones y otros excesos que la dispersaron sin perjuicio para nadie; y de tal género de donosas asociaciones quedó la atmósfera literaria desinfectada, hasta el año 1865, en que á poco de la entrada de Flores á la capital se formó otra pandilla literaria, de la que era José Pedro Varela el más fecundo obrero, bien que fuera el menos inteligente de todos los que dicha pandilla constituían.

Varela se multiplicaba en prosa y verso, y su producción era inagotable por aquellos tiempos; pero su prosa carecía del dón del estilo, y á sus versos les faltaba todo: no había en ellos un áto-

mo de inspiración, ni conocía Varela los secretos del arte métrica: jamás se han escrito versos más ramplones.

Lo que sí, había tenido mucho acierto para el nombre de guerra que se había buscado: con el seudónimo de «Cuasimodo» suscribía los portentos de su deliciosa pluma. Y el resultado de tanto esfuerzo intelectual después de tres años, fué un tomo de rimas que Cuasimodo, quiero decir José Pedro Varela, llevó á Jersey en consulta á Víctor Hugo. El gran hombre, á estar al testimonio de Cuasimodo, es decir de José Pedro Varela, lo recibió con cariño y le aseguró sobre todo que era poeta: con lo cual el consultante quedó muy satisfecho, y llevando sus versos como Errecart «llevaba bajo el brazo el líquido del Rhin», se dirigió á Nueva York donde los publicó en un elegante volumen.

Pero leyendo yo uno de esos encantadores libros de Menéndez Pelayo, en que no se sabe qué admirar más, si la tersura de su estilo claro como la luz del mediodía, ó la pasmosa erudición literaria del famoso escritor católico, me encontré con estas palabras en el tomo 5.°, página 374 de la «Historia de las Ideas Estéticas en España»:

« En resolución, Víctor Hugo *no sabía nuestra* « *lengua*, ni tenía de nuestras cosas más que « una idea fantástica, si bien algo más benévola « que la que suelen tener los franceses».

La ignorancia del castellano por parte de Víctor Hugo, podría ser, entre otras, una explicación muy aceptable de que le hubiese dicho á Varela que era poeta. Cabe agregar á esta atinada observación, la de que el coloso de «Los Castigos» nunca fué muy gran lector, siendo notorio que en el último tercio de su vida nada leía, bastándole con las adivinaciones de su genio; de modo que aun en la hipótesis de que hubiera sabido español, no es probable que dedicase ni cinco minutos á la lectura de Varela, porque para Cuasimodos le bastaba con el de «Nuestra Señora de París».

Por lo demás, sea cual fuere el juicio definitivo sobre los aspirantes á poetas con complicidad de opiniones europeas, consuélense ellos con que cosas más necesarias que haber nacido poetas, les hace falta á muchos mortales, sin que por tal motivo se desesperen; y si eso no les basta ni alivia sus aflicciones, recuerden que Shelleys no se hallan á la vuelta de cada esquina.

Campoamor, que era un español de una pieza, convencido de la superioridad de su país sobre todos los demás, y perito en la gaya ciencia, cuando menos por ser del oficio, decía en discusión con Valera en la «España Moderna» de mayo de 1889: «Desde la muerte de Quevedo « hasta la llegada del romanticismo, no se ha es- « crito un solo verso de poeta, y dasafío al señor « Valera á que me lo cite.

«Resolvamos de una vez este problema, con- « venciendo al público de que los versos buenos « son tan raros como los diamantes de á libra».

Con gran desenfado habla del siglo de oro, el señor Pedro de Alcántara García en un libro que anda en todas las manos, la «Historia de la Literatura Española»; y sobre ese siglo que tanto enorgullece, y con razón, á la madre España, dice él esto: «Es una poesía artificiosa, afectada: « su principal belleza está en la forma, salvo al- « gunas excepciones; casi nunca se inspira en « sentimientos de trascendencia, y hasta cuan- « do lo hace en el erótico en que abunda, peca « de artificiosa y poco espontánea. Es por esto « tan pobre en el fondo como rica en la forma, « de lo cual se adquiere la certeza repasando las

« colecciones que existen de poetas líricos, en los
« cuales, por punto general, se halla gran exu-
« berancia de galas poéticas y apenas si se en-
« cuentran pensamientos elevados y profundos».

Habiendo actualmente en Montevideo, como en otras épocas, una pandillita literaria que discierne *ex-cathedra* títulos á los poetas y hombres de letras de su cofradía, y señala á la consideración pública los genios y las aves de poco vuelo, é indica los poetas de mérito local puramente, para que no se confundan con aquellos cuyo renombre traspasa las fronteras nacionales y se difunde *urbi et orbe*, bueno es que tal pandillita tome en cuenta lo de los «diamantes de á libra» á que se refiere Campoamor, para ser más discreta y reservada en sus fallos soberanos.

Y por punto general, lo que conviene es que cesen las sociedades de mutua admiración y las farsas de autobiografías y elogios mañosamente buscados, para dar lugar á un grupo serio de hombres de letras, viejos y jóvenes, habiendo entre estos últimos los que por su talento indisputable puedan honrar la literatura uruguaya sin necesidad de recursos y artificios indignos.

El Ateneo, de casa de exhibición de *affiches*,

debe elevarse al papel que le corresponde en el movimiento intelectual del país; y para salir de ese letargo de que sólo lo arranca la venida de Mr. Root ó de Puccini, ó alguna otra rara solemnidad, podría ser el centro de agrupación de las fuerzas hoy dispersas, y que en secciones convenientemente organizadas, trabajasen en el campo ameno y útil de las letras y en la confraternidad del mismo culto por la belleza ideal.

Y ahora una palabra para concluir esta charla en que me he extendido más de lo que pensaba al tomar la pluma.

Convencido de que el poeta, en la verdadera acepción de la palabra, es muy difícil de hallar, y que las literaturas del mundo se ufanan con muy pocos nombres de vates ilustres, debe el lector persuadirse de la escasa importancia que le doy á lo que he escrito en verso. Ya he explicado al principio de este Prefacio, que es muy posible que si en esos libros—tan difíciles de hacer con equidad y discreción—que se llaman «Florilegios», no hubiese yo figurado en los que en mi país han visto la luz, es muy posible que en el olvido hubiese buscado la absolución de mis pecados poéticos; pero la idea inofensiva de no

continuar apareciendo con limitadísimo bagaje en materia en que he sido más fecundo que lo que suponen los compiladores de Antologías Uruguayas, me ha arrastrado á la tentación de desmentirlos.

Dentro de mis pobres facultades es posible que el verso hubiese impelido las corrientes de mi espíritu, si no me hubiera visto amarrado como un galeote á la profesión de abogado que normalmente he ejercido toda mi vida como único medio de subsistencia, hasta mi paréntesis en la vida diplomática.

Y la profesión de abogado á poco que se tenga algún trabajo y se descuiden las lecturas que informan de la marcha del mundo, es de las profesiones más embrutecedoras para el que se limite á la defensa del pleito ó á dictar sentencias.

Empequeñece el espíritu ese hábito constante de ver todo por el prisma de la chicana y del argumento legal elástico y acomodaticio; y gracias que á ese empequeñecimiento se limite el estrago, y no lleve el contacto con los códigos al reblandeciniento cerebral, de que han sido en Montevideo notorios los casos en el gremio forense, en la magistratura especialmente.

Las bellas letras son un oasis; un licor vivificante en el desierto intelectual de los expedientes; y la gimnasia mental de la rima, cuando la mente la exige con espontaneidad y no importa un esfuerzo, es elevada ocupación de las que más separa de la prosa de la vida, á quien dentro de las materias legales exclusivamente no se contente tampoco con los estudios históricos y filosóficos que constituyen los dominios del jurisconsulto, muy distintos de los más restringidos que le bastan al abogado de causas ó al juez para fallar pleitos; y por eso en nuestro país, donde hay muchos abogados, y en que algunos estamos de más, los jurisconsultos son *rara avis.*

Y quiero inculcar sobre lo poco en que tengo á la poesía uruguaya, no porque crea á mis compatriotas peor dotados para la gaya ciencia que los hombres de otras latitudes, sino porque estando de acuerdo con los escritores europeos y norteamericanos sobre la escasez inevitable en todas las épocas, de verdaderos poetas, mal puedo suponer en mi país la existencia de una nueva Atenas con Píndaros á granel ó una Roma de Augusto. Queden esas ilusiones para gente más optimista que yo.

El poeta de verdad, que en el lenguaje propio y único del verso, con rima impecable, en conceptos cincelados en que no falte ni sobre una coma, cante todas las pasiones del hombre, todas sus aspiraciones, el amor, el patriotismo, la libertad, la gloria, y señale en su poesía, como Shelley ó Swinburne, los rumbos que debe seguir la humanidad para la conquista de los grandes ideales de regeneración social y política, con rechazo enérgico y absoluto de todos los fanatismos, de todos los retrocesos, desigualdades, hipocresías é infamias que traban todavía el desenvolvimiento de la personalidad humana, ese es un poeta que la América Latina aún no ha producido.

Sé que no son estas las ideas que prevalecen en mi país, y que mentecatos hay que se creen tan altos como Víctor Hugo. Que sigan siendo felices.

Los fueros de la crítica se robustecen cada día; y los individuos de un mismo oficio, con la autoridad que les da su competencia, son los primeros en romper todo lazo de solidaridad para bajar ídolos de su pedestal.

Swinburne sostiene que los versos de Byron

son tan « desastrosamente malos » (*wretchedly bad*) que Childe Harold ganaría trasladado á « prosa buena y decente » (*decently good prose*). Y de Byron á la fama que tuvo en vida, y al elogio de Lamartine á que ya me he referido antes, he de agregar el de Núñez de Arce, que en la primera nota de las que acompañan á su poema sobre el autor de Parisina, dice: « Lord « Byron, el más grande de los poetas ingleses « del presente siglo ». Hay cosa juzgada de que no lo es.

Poco vale el juicio de quien habla de un poeta extranjero y de una literatura que no le es familiar; pero Campoamor ha dicho de Quintana que todo su mérito consistió simplemente en haber puesto en rima la filosofía francesa del siglo XVIII. Y Quintana siempre gozó el concepto de ser el primero entre los poetas españoles del siglo XIX.

Si á Byron y Quintana, pues, se les pone por el suelo en sus respectivos países, en escritos de sus más eminentes compatriotas y los mayormente entendidos en la materia por ser también poetas, bueno es que los rimadores uruguayos no olviden que si cabe poner en duda el dulce trino de

los ruiseñores, no deben los chingolos aspirar á mucho renombre con sus discutibles gorjeos.

Y con la colección de versos que sigue, un chingolo más entra al coro, con chirridos de otro tiempo, pero sin pretensiones de ningún género; ni de partiquino siquiera.

LUIS MELIAN LAFINUR.



AL LECTOR.

Son rimas de una edad más placentera.
Salen á luz sin el menor motivo.
Fuera un auto de fe vindicativo
Lo que la obra, sin duda, mereciera!

Mas si es la juventud, la primavera
De la vida, según el reflexivo
Verso de aquel poeta laudativo
Del tiempo del amor y la quimera,

Dejad que por sarcástica humorada
Resucite mis vívidas memorias
Sacándolas de dulce edad pasada

En que de una manera lamentable
El tiempo perdí en rimas amatorias
O de género aun menos razonable.

Con la verdosa palma
Que luce del poeta en la alta frente,
Jamás en sus delirios soñó mi alma;
Y el mostrarme á las musas reverente,
Era cumplir un fallo del destino. . .
Cantar en triste calma
Los ideales que amante acariciaba,
Y al tiempo que mil glorias evocaba
Fe al espíritu dar en su camino.

Pero hoy quisiera inspiración sublime
Que radiase en mi sien almo destello,
Dando á mi voz el luminoso sello
Que á todo, el estro divinal imprime.

Para cantar la patria necesito
Algo más que mi amor santo por ella;
Que el raudal de pasión en que me agito
Sólo me creara entonación ardiente,
Si siempre clara estrella
Pudiera el corazón ser de la mente.

Patria es arrullo del amor soñado
Sin zozobras que anublen la esperanza;
Es lo humano que el alma, idealizado,
A suspirar alcanza;
Es el tramo que eleva á la inefable
Región de gloria que entrevió el anhelo
Del sér que forja halagos en el suelo
Donde todo es estrecho y deleznable,
Menos la fe que encierra
Un impulso de amor que busca el cielo
Adorando la patria de la tierra.

Del empíreo eternal raudo desciende
El patrio fuego que fecundo alienta.
En la batalla cruenta
Donde el valor se enciende
Para cubrir de gloria una bandera,
Cifróse hasta hoy un alto sentimiento;
Mañana un nuevo acento
Se hará sentir de la Concordia austera,
Diosa que en marcha lenta
Lleva á la humanidad á la ideal era
De confundirla en solo un pensamiento.
Pero hasta que no llegue
El día fraternal de las naciones,
A cada pueblo el loor de sus acciones,
Aunque tintas en sangre, no se niegue.

Tú, hoy víctima expiatoria de la suerte,
¡Oh Patria, ayer feliz! puedes confiada

Mostrar tus tradiciones,
Que siempre en tus legiones
La enseña inmaculada
De libertad é independencia ó muerte,
Fué la viril consigna
Que de mil triunfos digna
Hicieron los soldados que enaltece
En página á virtudes consagrada,
La historia que sus nombres engrandece.

Inescrutable arcano
Altos hechos le impuso á tu bandera;
Que aun la victoria el lauro no ofrecía
A los hijos del suelo americano,
Cuando ya majestuosa aparecía
La idea de elevada autonomía
Del Uruguay en la oriental ribera,
Y aquellos que velaron por tu suerte
Al combatir caduca monarquía,
Siempre anhelaron verte
Nación libre y brillante,
De eximio nombre y glorias centellante.

En el Cerrito y en Las Piedras cunde
La voz de libertad que el triunfo abona,
La victoria sus ecos eslabona
Y en los héroes difunde
La exaltación que no conoce valla
Ante el estruendo de la cruel batalla,

La misma voz ardiente
Los Treinta y Tres sintieron
Y fué la misma la que asaz potente,
Coronas de laurel puso en la frente
De los que luego en Sarandí vencieron.

Fueron conquistas de la lid crüenta,
Independencia y libertad y leyes,
Y en medio á sus alcázares los reyes,
De Ituzaingó rugieron con la afrenta.

Sombras queridas vienen
Con aureolas de triunfo hasta mi mente.
Pagola, Artigas, Lavalleja, [1] tienen
El mágico ascendiente
De los gloriosos días
De la inmortal contienda;
Su evocación el patriotismo encienda,
Y aquellas alegrías
Que después las desgracias disiparon,
Si esperan revivir, aleen su vuelo
Hacia el perdido cielo
De las glorias de tiempos que pasaron.

Lograste ¡oh Patria! ser independiente.
Pasó la noche obscura,
En que extraño dominio, de amargura

1. No se pretende, al invocar estos nombres, la glorificación de ninguna rsonalidad tomada en el conjunto de sus hechos. Se alude únicamente al roísmo desplegado en Sipe-Sipe y á los triunfos de Las Piedras y Sarandí.

Y de oprobio llenó tu augusta frente.
Mas tu ímproba labor aun no ha concluido;
Es, ser independiente, un gran problema,
Que si resuelto ha sido,
No tienes por qué echar en el olvido
Otro yugo también feroz é hiriente,
Bien digno de anatema.

Odia ¡oh Patria! el horrendo despotismo
Que á veces pesa sobre un pueblo fuerte,
Que por temor servil postróse inerte.
Es sin la libertad, la independencia,
Obscuro y cruel abismo
Donde todo peligra á un tiempo mismo,
Los derechos sagrados, la conciencia!....

Yo sueño para ti, puesto de altura,
¡Oh Patria de mis caras ilusiones!
Y sólo hecha girones
Tu enseña ayer tan pura,
No buscarás la senda de tus glorias,
Cuando haya del deber que dar lecciones
Y á la alma libertad justas victorias.

Y mientras que no luzca la alborada,
Que en fúlgidos colores
Muestre los esplendores
De noble aspiración ya realizada,
Deténgase en el suelo la mirada;

Y no se alce del suelo
Para mirar al cielo,
Hasta que de esa luz el primer rayo
Al pueblo hiriendo en la abrasada frente,
No le diga: «Serás omnipotente,
Cuando de tu desmayo
Salgas, para mostrar que aun maniatado
Te hiergues con tu aliento del pasado».

Negro destino, en tanto,
De esclavo vida á su señor le impone,
Y en premio á su quebranto,
Le da un mendrugo y de su honor dispone.
Todo es vivir... pero un vivir incierto
Que no fué el que magnánimos soñaron
Los que en el campo á la contienda abierto
Sus huellas por ser libres estamparon.

La insigne libertad, hora por hora
Recuerda esos campeones,
Porque si opresa entre cadenas gime,
Jamás cobarde implora:
Sus adalides llama
Para trozar menguados eslabones,
Y con vigor sublime
Que la justicia inflama,
Desconcierta en el brazo que la oprime
El empuje de cínicas pasiones;
Se eclipsa errante, pero nunca muere,

Y generosa abriga
Compasión para el torpe que la hiere,
Y amor para el valiente que la siga.

Del estandarte fiero
Que en días felices tremoló triunfante,
Si viene al suelo hasta el girón postrero,
¿No habrá quién lo levante?
Tú lo dirás, ¡oh porvenir!... Te espero,
¡Manantial de esperanza no extinguido!
Mientras... el bardo que á la Patria canta
Gime al ver su clamor desconocido,
Y mustio desfallece, si perdido
Juzga el acento que viril levanta.

. . . .

Cuando asfixiante en los espacios gira
La atmósfera letal de un día de fuego,
Como alto bien se mira
La tempestad que luego
Estalla en el vacío,
Porque ella arrastra con potente brío,
El veneno del aire que se aspira.

Lira! Tregua al dolor! Mira adelante!
La ola que se estrella
En la caliza roca y espumante
Su ruda furia con sus tumbos sella,
El astro rutilante
Que la noche ilumina,
Y la brisa ligera

Que cruza los espacios placentera,
Anhelan que de cólera divina,
Como nuncio sublime,
Se escuche el rebramar de la tormenta;
Que suba la marea y se aproxime
El vendaval que arrasa, si acrecienta.

La ola protesta en su lenguaje altivo,
Y á hender la roca dura se prepara;
El astro palidece
Que en los días de gloria iluminara,
Y muestra su odio en su fulgor esquivo;
Y la brisa enmudece,
Antes que traer en su sutil murmullo
Los ecos del dolor con que tropieza;
Ecos que exhala el lastimado orgullo
Del que su afrenta á comprender empieza.

Si amor de Patria, noble y abnegado
Quiere seguir las huellas
Del homérico tiempo ya pasado,
No busque en un presente
De insólitas querellas,
De esos días el rastro refulgente.
Para encontrar consuelo
Al ver tornarse en rápidas centellas
Los altos dones de una gran victoria,
El ciudadano de virtud modelo,
De Sarandí se inunda con la gloria

Y su fe alienta ese recuerdo puro,
Mientras que lucha por rasgar el velo
Que oculta los secretos del futuro.

También mi lira triste,
En homenaje á ese feliz pasado,
De sus agrestes notas ha arrancado
Una que lo recuerda.
Si la amortigua el llanto...
Entre otros ecos de dolor se pierda;
Que si el mal no persiste,
Con las auroras que vendrán serenas
Esa lira alzará otra vez su canto,
Su canto de esperanza,
El himno del que avanza
A ensalzar glorias olvidando penas.

(*«La Razón», agosto de 1879*).

———

INMORTALE ODIUM. [1]

Si natura negat, facit indignatio versum.
JUVENAL.

Bleed, bleed, poor country!
Great tyranny, lay thou thy basis sure,
For goodness dare not check thee!
. . . .
Alas, poor country,
Almost afraid to know itself! It cannot
Be call'd our mother, but our grave.
SHAKESPEARE. («Macbeth»)

Y en tantas glorias tú, señor de todo,
Para quien sabe examinarte, eres
Lo solamente vil, el asco, el lodo.
. . . .
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
QUEVEDO.

L'égoisme des mœurs doit salir la parole,
Et la haine du mal enfante l'hyperbole.
Or donc je puis braver le regard pudibond
Mon vers rude et grossier, est honnete homme au fond.
BARBIER.

Non far tregua coi vili: il santo vero
Mai non tradir: ne proferir mai verba,
Che planda al vizio, o la virtú derida.
MANZONI.

I

Lágrimas, que brotan puras
Del corazón desgarrado,
Busquen consuelo sagrado

1. Composición recitada por su autor en la conferencia literaria celebrada por el Ateneo en el teatro «San Felipe» la noche del 5 de septiembre de 1881.

En sus horas de amarguras,
Fulminando las torturas
De servidumbre oprobiosa,
Con esa crudeza honrosa
Que en los tiempos de desquicio,
Más repugnante hace al vicio
Que una llaga cancerosa

II

Una mirada, un lamento,
La voz que acusa ó que llora,
Tanto la que inquieta implora
Como la que en rudo acento
Condena el obscuro intento
De una conciencia sombría,
Todas, tienen energía
Para maldecir, odiando
A los que sacrificando
La Patria, están día á día.

III

Al niño que en el dintel
De la vida pone el paso,
Y al anciano que á su ocaso
Va exento de amarga hiel,
A la virgen tierna y fiel,
Al hombre duro y vehemente,
Al sencillo adolescente,

A todos, labran anhelos
De ver rodar por los suelos
Al crimen hoy prepotente.

IV

La noble causa oprimida
Por ser justa y por ser buena,
Que triste llora su pena
En el dolor sumergida,
Aun derrotada y herida
Puede alzar alta la frente,
Y al tiranuelo insolente,
Y al imbécil aterrado,
Y al verdugo ensangrentado,
Fijarles estigma ardiente.

V

No es sólo el fuego el que quema,
Ni el que marca el hierro rojo,
También abrasa el enojo
Del popular anatema
Cuando lleva por emblema
La justicia y el derecho,
Y arranca de su despecho
Un grito de indignación,
Que nace del corazón,
Que para ahogarlo es estrecho.

VI

Cante victoria el impío
Que en fratricida labor,
Vilipendia el patrio honor
Con cínico desvarío,
No recogerá su brío
En la batalla ganada
A la Patria desolada,
Más que el desprecio iracundo
Con que se execra en el mundo
La fuerza desenfrenada.

VII

Sociedad de malhechores
Que hacen del botín su afán,
Antes que ganar el pan
Como fieles servidores,
Prefieren hundir, traidores,
A la Patria en pena acerba;
Grey que corrompe y que enerva
Doquier su planta desliza,
Como á un campo esteriliza
Rastrera y tóxica hierba.

VIII

Réprobos adormecidos
Del crimen en la embriaguez,

Del vicio en la lobreguez,
Para siempre pervertidos,
No escuchan ni los gemidos
Del pueblo en aciago instante,
Ni ven que cavan delante
De su obscuro despotismo,
Un insuperable abismo
A la Patria agonizante.

IX

Mas ¿qué importa á los precitos
Sin más Dios ni ley que el oro,
Ni del nacional decoro
Ni de ver con sangre escritos
Sus nombres, y que malditos
Y odiados por siempre sean?
Como en nada eterno crean
Que á la virtud los remonte,
No tienen más horizonte
Que el del crimen que alardean.

X

Empecinados protervos
Sin fe ni rumbo moral,
En inmundo cenagal
Alientan del vicio siervos;
Son como rapaces cuervos
En un campo de batalla.

La voracidad estalla,
Los sacia y no los enfrena,
Que á medida que los llena
Menos su furor acalla.

XI

Si empuñan la noble espada,
Noble en manos del guerrero
Que la esgrime brioso y fiero
En la gloriosa jornada,
No es que los réprobos, nada
Amen de lo que honra y brilla;
La espada de ellos mancilla
La Patria con torpe yugo:
La llevan como un verdugo
Lleva su horrible cuchilla.

XII

Otros acaso más ruines,
Por interés miserable
Se prosternan ante el sable,
Sin anhelar otros fines
Que entre lujosos cojines
Y regios artesonados
Fingir hallarse inspirados
De sentimientos austeros
Al recontar los dineros
En la abyección alcanzados.

XIII

Y así, esa corte servil,
De necios aduladores,
Y de infames impostores,
Corroe con su sutil
Veneno, el alma viril,
Pura, de la juventud,
Mostrándole alta virtud
Allí donde el mal se vela
Tras una ley ó una escuela
Para honrar la esclavitud.

XIV

Pero el ejemplo severo
Que dignifica y que enseña,
Lo da sólo quien desdeña
De un déspota ruin y artero
Dádivas que en pordiosero
Truecan á un pueblo infeliz.
Que el que abate la cerviz
Y el contacto impuro no huye,
Ese al fin se prostituye
Como una vil meretriz.

VI

¿Cesarán las sutilezas,
Las farsas y vanidades?
¿Todas las iniquidades

De estos tiempos de bajezas,
De inconcebibles tibiezas,
Darán paso á la verdad?
¿Se diseñará otra edad
En un porvenir cercano
En que no sea empeño vano
Soñar con la libertad?

XVI

Oh! Patria de mis ensueños!
Numen de mi humilde canto,
Amor del alma, el más santo
Que sentí en los halagüeños
Tiempos en que tú sin dueños
Que te oprimiesen vivías,
Se fueron aquellos días
Y ¡ay! no los siento volver;
Son mis recuerdos de ayer,
Son mis muertas alegrías!!

XVII

Alentó antes la esperanza
Con su almo fuego mi pecho,
Que hoy fatigado y deshecho
Ayes angustiosos lanza.
Únicamente se alcanza
Lo indigno y bajo al presente;

Por eso inclino la frente
Y aunque resignado, vivo
Sin el entusiasmo altivo
De mi adolescencia ardiente.

XVIII

Me postra ya el desaliento
Y me espanta el porvenir,
Te veo ¡oh Patria!, morir
Con ese martirio lento
Que concibe el pensamiento
Y no lo sabe expresar;
Quisiera no ver, dudar,
Para engañarme á mí mismo;
Pero no... no es pesimismo,
De vergüenza hay que llorar.

XIX

Mas el llanto acumulado
Por honda exasperación,
Lleve al último rincón
El anatema lanzado
Por todo espíritu honrado,
A esa caterva altanera,
Que es sin freno hambrienta fiera
Que su mal instinto atiza
Y de gozo se electriza
Cuando mata y dilacera.

XX

Y al réprobo en su desvelo,
Remordimiento que aterra,
Tenaz sígalo en la tierra
Como un castigo del cielo.
Y hundido en perpetuo duelo,
Desde su conciencia de hombre,
Fantasma de horror le asombre
Con odios siempre en él fijos,
Que le muestre hasta sus hijos
Renegando de su nombre!. .

(*«Anales del Ateneo del Uruguay»*, *tomo 1.º*, *página 99*, *año 188*

EL LUSTRO HORRIBLE.

Poesía leída por el doctor Alfredo E. Castellanos en la tertulia literario-musical organizada por el «Centro de Instrucción» de San José en la noche del 18 de julio de 1880.

Sombrío en su amargura,
Gimiendo vacilante,
Y ahogado el corazón por la tortura
del mal doquier triunfante,
Cerróse á las promesas de la tierra,
No oyó la voz del cielo,
Y juguete de míseros destinos,
Que arrastran en su vuelo
Cuanto de dicha encierra
El alma, en esperanzas soñadoras,
Sofocó sus transportes peregrinos
En el sollozo de sus tristes horas.

Caliginosa nube en el presente,
Vió recorrer la bóveda estrellada,
Negro fantasma que en su seno hirviente,
Desolación y ruina
Y muerte y cautiverio,
Vino á anunciar en la hora malhadada,
De alzarse el cruel imperio,
De la feroz mesnada,
Que asuela, hiere, y criminal domina.

Todo era luto en la desierta orilla,
Todo era sangre en la manchada arena,
Que enhiesta la cuchilla
Del opresor maldito,
Fué un grito de dolor, el solo grito
A todos los martirios escapado.
Si en llanto acerbo y en aguda pena
Daba comienzo el día,
La noche que seguía,
Con horror arrastraba el eco helado,
De un suspiro doliente sofocado
En la viril garganta,
De la víctima inerme que moría,
Lanzando con acento que agiganta
La voz del desgraciado,
Su anatema al tirano que la oía
En repugnante orgía
Vilmente encenagado.

Al golpe aleve del tajante sable
La libertad fué herida,
La ley escarnecida,
El pillaje más ruin entronizado:
Conjunto de maldades implacable,
Que azote fué de un pueblo esclavizado.

El ideal que levanta corazones,
La santa exaltación del patriotismo,
Del bien ansiado la fecunda idea

Que del justo en la mente centellea,
Todo lo digno de eternal memoria,—
Rodó al obscuro abismo
De inmundas y sarcásticas pasiones,
Y el noble orgullo que el honor pasea
Ante la faz del mundo,
Para alcanzar un lauro de la gloria,
Y ceñirlo en la sien enaltecida
De la Patria querida,
Con el respeto del amor profundo,—
Ese arrullo de excelsas afecciones,
Que el alma en sus ensueños acaricia
Con íntima delicia;
Inspiración del pecho enardecido,
Y luz de la conciencia iluminada
Por el fuego de un astro bendecido,—
Fué sólo un sentimiento prostituido
Por la cruda algarada
De feroces y bárbaros sayones,
E impúdicos, imbéciles bufones.

Si fuese, ¡oh Dios! posible
Que la Patria muriese asesinada,
Durante un lustro horrible
Caído habría por siempre degradada.
Los hombres que su seno desgarraron,
Y su bandera límpida escupieron,
Eran bandidos que su honor robaron,
Y asechanzas de muerte la tendieron.

Pero la Patria si angustiosa gime,
Morir no puede en cueva de ladrones,
Porque es grande, es eterna, y es sublime
A despecho de déspotas é histriones.

Si inecrustable sino,
Más ignominia y duelo decretase,
Algo perpetuamente viviría
Que su nombre del cieno levantase.
Abierto está el camino,
Que brota luz y gloria todavía,
Y que muestra por prez de una bandera,
Una playa, una loma, una ladera,
Que á la voz del clarín se estremecieron.
¡Alta epopeya que amor patrio expande!
Que el entusiasmo de otra lid enciende,
Y el corazón frenético electriza,
Cuando á la libertad sus brazos tiende,
Al aspirar el aura que eterniza
En recios ecos el valiente grito,
Con que el Arenal Grande
La herencia recogió que le trajeron
Las brisas de Las Piedras y el Cerrito.

Con el recuerdo de épicas acciones,
Juzga el pueblo del crimen el delirio,
Y altivo evoca en días de martirio,
Al genio de sus grandes tradiciones.

Con saña impía y con crueldad traidora,
Feroz é impunemente,
El terror contra el pueblo no se apura:
No se esgrime la espada destructora,
No se corrompe la conciencia pura,
Ni el corazón que por lo noble late.
Tendrá su hora inclemente
El réprobo maldito,
En que doquier su crimen verá escrito,
En que sombra tenaz que horrores viste,
Con mil remordimientos le retrate
La faz lívida y triste
De víctima inocente.
La indignación entonces que germina,
Pálido emblema del dolor latente,—
Como protesta al ominoso yugo,
Un sello acusador pondrá en su frente;
Porque al Destino plugo,
Que el que roba, corrompe y asesina,
Tenga el alma y el rostro de un verdugo.

Pero algo más que indignación y espanto,
Siente un pueblo viril escarnecido,
En días de vergüenza y de amarguras;
Y el patriotismo santo,
Si hoy no puede romper las ligaduras
Que su ímpetu de lucha han contenido,
Del civismo mañana en los altares,
Desatará en ofrenda
Sus iras ejemplares.

Y en la tarde feliz del nuevo día,
De un Sol poniente el fugitivo rayo
Reflejará la tétrica agonía
Del despotismo en su postrer ensayo.
Y luego en clara noche, cuando el cielo,
Rasgando de su faz el denso velo,
Sus almos luminares
Por el espacio extienda,
Alumbrará con la final contienda,
La redención del suelo.

¡Mañana! es la esperanza
Del ánimo afligido!
Es el astro que el alma en lontananza
Descubre entre celajes detenido,
Para alumbrar el paso
Que deja en el ocaso,
De odio y muerte los sueños pavorosos,
Las turbas en el mal desenfrenadas,
Y las malas pasiones desbocadas,
En los días del crimen oprobiosos.

¡Mañana! un triunfo el corazón presiente,
Sobre la fuerza efímera, la idea
De luz inextinguible;
La que al radiar potente,
Sobre la Patria, un porvenir le crea
Que su honra rehabilita,
Haciendo para siempre ya imposible,
La raza de los déspotas maldita.

(«La Razón», 18 de julio de 1880).

Un día, alzado el lábaro
De redención y gloria,
Se propagó el estrépito
Que evoca hoy mi memoria:
Fué aquel, destello prístino
De un próximo fulgor.
Varones de férreo ímpetu
Lucharon y vencieron,
En su camino espléndido
Su pie no detuvieron
Jamás ante otro límite
Que el de su patrio amor.

El mundo miró atónito
Aquel luchar de bravos,
Aquel esfuerzo súbito
Para trocar de esclavos
La vil tiniebla lóbrega,
Por luz de libertad.
Pisó la tabla el náufrago
Y se lanzó al oleaje
Con agitado júbilo.
La arena y el boscaje
Y de la Patria el hálito
Calmaron su ansiedad.

De Sarandí el relámpago
Hijo de la tormenta,
Fué la visión fatídica
Con que al vengar su afrenta,
El que fué esclavo, indómito
A su amo apareció.
Ya los treinta y tres héroes
Ganaron la partida.
Surco de sangre cárdeno
Dejando va la herida
Que al enemigo, exánime
Postra en Ituzaingó!

*
* *

Que venga ahora el inválido
De la gigante brega,
Y al disceñir su clámide,
Con voz que al alma llega,
Diga ¿del lustro atlético
La huella dónde está?
Al rostro el rubor último
Suba, y el labio calle;
No finja fuerza el ánimo,
Y el corazón estalle:
Virtud, altivez cívica. . .
Nada nos queda ya!. . .

Nos cruza el rostro el látigo
De impúdicos histriones;

Pasión de aliento vívido
No está en nuestras pasiones,
Y en femeniles lágrimas
Sólo el ardor se ve.
Hemos tirado pródigos
La herencia de la gloria;
La hemos trocado, imbéciles,
Por la más vil escoria,
Y hoy ni remedo lánguido
Somos de lo que fué.

No salgan de sus túmulos
Nuestros gloriosos muertos;
Contemplarían la pérdida
De su obra, y ya desiertos
Los templos que su fe íntima
Alzara á la virtud.
No pidan al escéptico
Cuenta de sus errores;
Amor de Patria férvido
No tiene adoradores:
Ya los sedujo el ídolo
Del miedo y la quietud!....

Allá en su tumba lúgubre
Lancen el anatema;
En el silencio tétrico
Suspiren la suprema
Conminación enérgica
De su viril desdén.

Pero en la urna quédense;
Sus armas no hagan ruido,
Que los arreos bélicos,
Con su marcial sonido,
Son hoy de la ley, máxima
Afrenta, y no sostén.

¡Nada nos queda! En lástimas
Vivimos impotentes.
Nos falta la fe présaga
De luchas esplendentes,
Que hiciera en otras épocas
El entusiasmo arder.
En este inmenso piélago
De triste desventura,
Va sólo al alma el légamo
Que en fango la satura:
La azul onda cristálica
El cieno fué á acrecer!. . .

En el pasado, incólume
Amor patrio, impelía
Al sentimiento homérico
Que en triunfos se mecía,
Sin conocer obstáculos,
Ni rotas concebir.
Por eso fué aquel rápido
Luchar y dictar leyes,

Herir con rayos ígneos
Las frentes de los reyes,
Y en pos la senda límpida
Mostrar del porvenir.

Hoy corre la idea huérfana
De protección y asilo,
El hecho brutal, ávido
De presa, va tranquilo
Siguiendo su via cínica,
Su marcha de chacal.
Murió ya todo estímulo
Del anhelar gigante;
Resignación sin término
Es voz de cada instante;
De servidumbre mísera
No pesa ya el dogal.

¡Nada nos queda! ¡Gélidos
Están los corazones!
Bajo su fría lápida,
Las muertas ilusiones
Dejan vagar errátiles
Las sombras del dolor!
De brío ni una ráfaga
Llega á esta vida quieta,
Que se desliza anémica,
Como en estéril grieta
Planta que pierde lívida
Su aroma y su color.

¡Nada nos queda! Aléjase
Hoy ya hasta la esperanza;
Y vese incendio alígero
Que nuestro paso alcanza
Para asfixiar el último
Aliento varonil.
Ya en el abismo, el vértigo
Marea las cabezas,
Y el pensamiento trémulo
No encuentra en sus tristezas
Mayor arranque intrépido
Que postración servil!....

¿Por qué callar mi cántico
Que ya nada nos queda?
¿Por qué en corriente plácida
Tornar la onda que rueda
Y arrastra en su vorágine
Cuanto hay, con furia atroz?
Fuera el silencio tímido
Tan mísero consuelo!!....
Fuera el mentir impávido
Tan vergonzoso velo!!....
Que la verdad su espíritu
Infiltra hoy en mi voz.

(19 de abril de 1883.—«Anales del Ateneo del Uruguay», tomo IV, página 388).

———

12 de octubre de 1825

¡Campos de Sarandí! Por patria ofrenda
Llevaréis hasta el siglo más lejano,
El honor de la homérica leyenda
Que arrastró un pueblo á sin igual contienda,
«Carabina á la espalda y sable en mano».

El aura tibia que el follaje mece,
Quietud suspira en el verdoso llano;
¡Mas de pronto la tierra se estremece!...
Es que el caudillo indómito aparece,
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Si está escrito,—se dice,—venceremos!
En prez del pabellón republicano;
Si nos toca morir... bien, ¡moriremos!...
Pero sin mengua; intrépidos caeremos,
«Carabina á la espalda y sable en mano».

¿Y quién es él... que su falange aclama
Cuando á ella nunca se dirige en vano?
¡Es Lavalleja!... Sed de gloria inflama
Su pecho, y lanza esta inmortal proclama:
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Jinetes en sus potros furibundos,
Y atentos á su altivo ceño ufano,
Para dar muerte en noble lid fecundos,
Lo siguen sus soldados tremebundos,
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Sangriento fué y terrible el entrevero,
Y un breve instante el triunfo obscuro arcano!..
¡Muy breve sí!... No hubo escuadrón guerrero
Que resistiese aquel ataque fiero
«Carabina á la espalda y sable en mano».

En el fragor del épico combate,
Al choque del acero toledano,
No hay pólvora que el triunfo allí dilate,
Que más presto el obstáculo se abate
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Una descarga unísona y nutrida,
Ensaya con esfuerzo sobrehumano
El soldado imperial, que ve perdida
Su esperanza, en la atroz arremetida
«Carabina á la espalda y sable en mano».

La enemiga legión, antes serena,
Cede el campo al empuje soberano
Que sobre ella su furia desenfrena
Y filas acuchilla y desordena
«Carabina á la espalda y sable en mano».

No se contiene, no, raudo torrente,
Ni al rayo destructor, ni al oceano,
Ni ese coraje de civismo ardiente
Del uruguayo que atacó de frente
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Fué así menguada la ilusión fallida
De romper aquel ímpetu espartano,
Aquel desprecio de la propia vida,
Con la bala de plomo recibida
«Carabina á la espalda y sable en mano».

El casco del corcel que en su carrera
Hollaba el libre suelo americano,
Envolvió en polvo la imperial bandera
Plegada ante la carga postrimera
«Carabina á la espalda y sable en mano».

¡Oh Sarandí!.. ¡Oh inmarcesible fruto
De excelsa gloria en su laurel lozano!
Para mi patria es el mayor tributo,
Tu prodigioso triunfo de un minuto
«Carabina á la espalda y sable en mano».

(*«El Siglo», 12 de octubre de 1887.*)

LA HUÉRFANA DE CHAMIZO.

A la señora Pilar de Herrera de Arteaga.

Audiet cives acuisse ferrum,
Quo graves Persæ melius periren
Audiet pugnas vitio parentum
Rara juventus.

HORACIO.

Aquel ombú gigante, que á la tapera
Brinda su grata sombra, fué allí plantado
Por mis abuelos: viejos de vida austera
Noble dechado.

La que hoy sólo es tapera que el viento embiste
Y sofoca la fuerza de los cardales,
Fué el hogar de los míos. Y ora es tan triste
Como mis males!

La calandria del monte su dulce canto
A entonar no se aviene sobre una ruina;
Las hojas del caicobe, que regué tanto,
Ya el sol calcina!

Gárrulas torcazas que al hacer alarde
De confianza inocente siempre acudieron
A comer en mi mano mañana y tarde,
Por siempre huyeron.

Albo el clavel del aire, de mis cabellos
No ha de volver á verse nunca pendiente;
La flor roja del ceibo tampoco de ellos
Caerá á mi frente.

Hoy huérfana y sola mis tiempos son duros,
A causa de aquesos funestos colores:
Divisa en mi Patria de enconos impuros:
De mil horrores.

Herencia maldita, que en la sangre anega
De luchas infames el suelo querido,
Sembrando la muerte, llamando á esa brega
Deber cumplido!

Son ambos partidos los que egregia fama
Serviles le crearon al ruin caudillaje
Y honrarlo en su tumba la Patria proclama
Póstumo ultraje.

De hiel de esos bandos la historia está llena:
Próceres ilustres los dos inmolaron!
Y al poder extraño... ¡vergüenza que apena!...
Ambos llamaron!

Más recuerdos nefastos cuentan mis días,
Que el Canelón de las piedras tiene de hojas;
Y al Chamizo se mezclan lágrimas mías
Que son congojas!

Todo el mundo he perdido de mis ensueños,
Desde la acerba noche que en la enramada,
Luego de oir los acentos más halagüeños
De ser amada,

Ñacurutú siniestro, con su agorero
Mortal lúgubre anuncio, temblar me hiciera!
Cuando de mi novio, dulce adiós postrero,
Me entristeciera!

—Me voy á la guerra, con pesar, decía;
Y acaso ¡ángel mío! jamás vuelva á verte;
Los que me compelen á esa guerra impía,
Me dan la muerte!

Nunca yo tuve odios. En este momento,
Me arrastra un destino fatal. Mas seguro
Ten que sea tu nombre mi final acento:
Yo te lo juro.—

Sin más perspectivas ni más ilusiones
Que morir al bote de terrible lanza,
Partió el doncel; y ¡ay! hubo dos corazones
Sin esperanza!

Fragorosos ecos de horrible refriega,
Fúnebres graznidos que del vil carancho
Se escuchan lejanos...; todo, todo llega
Hasta mi rancho.

De repente veo que en tosca camilla,
Envuelto en su poncho, es mi prometido
El que dos soldados, desde la cuchilla
Bajan herido.

—Caudillos y ambiciosos, miren su hazaña,
El pobre joven dijo febricitante:
Mil hogares enluta su horrenda saña
En este instante.

Ya voy sintiendo ¡mi alma! que no respiro;
La muerte cruel desata terrenos lazos!
Es deleite inmenso mi último suspiro
Entre tus brazos!!

Estrechada al cadáver, yo no quería
Sepulto y sólo dejarlo al pie de un tala;
Las espinas de ese árbol fueron tal día
Mi nupcial gala!

—Mi buen padre entonces, ven, hija, me dice:
Tú sabes que uno á uno yo vi á tus hermanos
Morir en la lucha, que hay quien eternice
Odios ¡ah! insanos.

Tus cuitas, las mías, ¡oh mi hija!, sospecho
Son penas amargas que el tiempo suaviza!
—Mi herida es de aquellas que parten el pecho:
No cicatriza!

El teru-tero en esto lanza su aviso,
Y tropel se siente de una turba airada,
Que asalta furiosa, feroz, de improviso,
Nuestra morada.

—¿Quién aquí traidores, dijo el jefe, ayuda?
—No hay traidor ninguno, mi padre responde,
Ni motivo existe de actitud sañuda
Que el furor ahonde:

Con piedad sencilla, tumba humilde dimos
A un mísero herido que aquí falleciera;
Y el deber sagrado que con él cumplimos,
Es de cualquiera.

—Ah! viejo canalla! profirió un lancero.
Entonces inquieta se acercó mi madre:
Vió sólo que un golpe villano y certero
Mató á mi padre!...

—¡Huyamos al monte!, ya el chajá me llama,
Dijo ella, me llama desde la laguna;
Aquí el hombre es la fiera que mata y brama
Como ninguna.

Huyamos de esos tigres enfurecidos;
Sólo sangre miro que mi mano toca!
El chajá me llama ¿no oyes sus graznidos?
—¡Estaba loca!...

A la sombra de un sauce vimos lejana,
Del incendio del rancho negra humareda;
¡Y con tantos estragos la bestia humana
Gozosa queda!

—Mi madre repite, son justos, son bravos;
Pero tengo miedo; yo quiero esconderme;
Detrás de todos esos grandes guayabos,
No podrán verme!

Los siento ¡ya vienen!; me matan ¡bien mío!
La pobre demente con espanto grita;
Que en el fondo, agrega, del profundo río
Va á ahogar su cuita!

Impedir procuro que se precipite;
De un sarandí me tomo; tenerla asida
Quiero, y la rama cede sin que yo evite
De ambas la caída.

Después no supe nada. Bueno un vecino,
Al despertar yo en casa desconocida,
Me dijo que del fondo de un remolino,
Desvanecida,

Me sacó del arroyo con gran trabajo;
Mas no á mi pobre madre, que sepultada
Se halla en la ladera do se ve allá abajo
La cruz clavada.

Salvarla no pudo. ¡Feliz fué su estrella!
¿Qué bien le esperaba, qué días mejores?
¡En vez de sus hijos y esposo, la huella
De sus dolores!

¿Y yo para qué arrastro mi triste suerte,
Más que el ñandubay dura para conmigo?
Yo no odio y me matan los odios de muerte
Que yo maldigo.

Como la flor morada del camalote,
Que el torrente arrebata sin rumbo cierto,
De mi infortunio al paso no hallo un islote,
Faro ni puerto.

Mi vida es la historia de la raza mía,
Que si sus rencores fatales no inmola,
Nueva raza hebrea se verá algún día
Errante y sola!

Eso si no juega porvenir y vida,
Segunda Polonia, desangrada, inerte,
Y soporta de otra nación más unida
La ley del fuerte.

Estas perspectivas mis noches devoran
En lúgubre insomnio de horribles temores;
Y no ven mis ojos mientras tristes lloran,
Tiempos mejores;

Porque la discordia feroz que enceguece,
Los viles explotan con cínico engaño;
Y un pueblo inconsciente desfila y perece
Como un rebaño.

Problemas resurgen que son pavorosos;
Que alejan la aurora que anhela el civismo,
Y en vez de ella se abren los antros fangosos
De un negro abismo.

En estas visiones de fúnebres penas
No sé dulce consuelo de quién implore!
Sin hogar, sin Patria, no hay horas serenas!
Dejad que llore!

———

CANTO ESCOLAR.

CORO

Sea nuestra enseña
La augusta verdad:
Nuestro amor etern
Patria y libertad.

¡Arriba, muchachos!
¡Aire á nuestro pecho!
Dejemos el lecho;
Que muera el sopor!
Ya al nacer el día
Trina sus amores
Entre luz y flores,
Alado cantor!

El potro altanero
Busca la gramilla;
Desde la cuchilla
Se le ve correr.
Y el toro soberbio
Junto á las laderas
Con sus compañeras
Lánzase á pacer.

Risueño el rocío,
Sus perlas derrama
En la flor que llama
Sus hojas á abrir;
Y en el horizonte
Cambiantes de fuego
Proclaman que luego
El sol va á lucir!

Suspiros del aire
Que raudos se esfuman,
Sutiles perfuman
La aurora estival;
Y en campo alfombrado
De verde esmeralda,
De carmín y gualda
La nube, es cendal.

La naturaleza,
Dócil, complaciente,
Inicia esplendente
Su emporio de luz.
Y el alba ligera
Con su veste blanca,
A la noche arranca
Su negro capuz!

También en el alma
De inocente niño,
Más pura que armiño

¡Sublime joyel!
Se extiende la noche
De obscura ignorancia,
Cuando de la infancia
Se halla en el dintel.

La luz que lo salva
De caer al abismo,
Y que es asimismo
Su estrella polar,
Es una: la escuela,
Que enseña y redime,
Y en su mente imprime
Lo que debe amar.

A la escuela, entonces,
Todos á la escuela,
La Patria ya anhela
Que con prontitud
Concluya por siempre
De injustos prejuicios
Y atávicos vicios,
Dura esclavitud.

Honremos al maestro
Que en nuestro camino
Con previsor tino
La zarza apartó;
Y siempre abnegado

Espinas se hincara
Cuando desbrozara
La tierra que holló.

El maestro, el amigo
Que jamás agravia,
Mantenga la savia
De nuestra niñez,
Para que más tarde,
Buenos ciudadanos,
Sea en nuestras manos
La Patria honra y prez.

Juremos amarla,
Defenderla unidos;
Sean sus latidos
Nuestra propia voz.
Y ante el extranjero
Discordia que estalle,
Que el vituperio halle
De un crimen atroz,

De aquellos que afrentan
Y el mundo maldice,
Al par que bendice
El cívico ardor.
Juremos, entonces,
Con honra que obliga,
Que hermanos, nos liga
Nuestro patrio amor.

¡Oh! bicolor bandera que yo adoro!
Tus emblemas de honor son duraderos;
De gloria tú acumulas un tesoro,
¡Oh bandera radiosa de Caseros!

Bien sabes tú lo que es flamear al viento,
Cuando la aurora luce de aquel día,
En que impele tu marcha el pensamiento
De en su alcázar trozar la tiranía.

Ya se forma la línea de los bravos;
Los pabellones lucen sus colores;
Van á ser redimidos los esclavos
Al són de las trompetas y tambores.

En la vanguardia avanzan los guerreros
Que al brillar tus insignias se enardecen.
El corazón les templa los aceros,
Y á tu sombra en empuje heroico crecen.

¡Más adelante que ellos no va nadie!
Impávidos, desprecian la metralla.
Por eso no hay un pabellón que radie
Más fulgores de gloria en la batalla.

El tirano argentino que insultaba,
Con su injuria infernal á mi bandera,
El día de Caseros la encontraba
En frente á sus baluartes la primera.

Invicta, tremolando esplendorosa,
Da con el despotismo al fin en tierra;
Y la página inscribe más hermosa
De la epopeya que su triunfo encierra.

Quizá el saludo con mayor estruendo,
Recibió otro estandarte en lid reñida,
Por el infame orgullo combatiendo
De un rey que jugó el cetro en la partida;

O por odioso ensanche de fronteras
Y agregar nueva joya á una corona,
Con razones impúdicas y arteras
Que el abuso del fuerte sólo abona.

Mas tú, tela inmortal, celeste y blanca,
Es por la libertad que al fuego fuiste;
Y un lauro inmarcesible que ella arranca
Del árbol que regó, tú te ceñiste.

Son sombríos los triunfos de la brega
En que la sangre humana corre á mares;
Mas por la Patria si el momento llega
De derramar la mía en sus altares,

Yo anhelara en la rota ó la victoria,
Al exhalar mi aliento postrimero,
No tener otra túnica mortuoria
Que mi bandera que yo tanto quiero.

3 de febrero de 1885.

LA LIBERTAD.

Anarchs and priests who feed on gold and blood,
Till with the slain their inmost souls are dyed,
Drove the astonished herds of men from every side.

SHELLEY.

Para servirte, débil es mi aliento;
Para adorarte, ¿qué es mi idolatría?
Si por algo contase yo en el mundo,
Mi corazón te diera con mi vida.

Tenue mi voz no tiene ni prestigios
Ni con ninguna resonancia vibra,
Y las turbas airadas no la escuchan
En el tumulto de su ardiente lidia.

Sin freno alguno corren arrastradas
Del demagogo por la voz maldita;
Y forjan en su rudo desentono
Las cadenas de cruda tiranía.

La voz de la razón no las contiene;
Las envenena el aire que respiran;
Y ¡oh libertad!, buscándote en el cieno,
En los miasmas del cieno hallan su asfixia.

¡Cuán lejos de ti están aquellos tiempos
En que la voz del genio se cernía
En las alturas de inmortal tribuna,
Por puro patriotismo enardecida!

No volverán á iluminar tus fastos,
Los varones insignes de otros días!
Y sin embargo es hoy que, más que nu
Los próceres sin tacha se precisan.

Ellos murieron sin que su obra santa
La humanidad dejase redimida;
El eco de su voz se pierde envuelto
En el estruendo de mundial orgía.

La democracia antigua es una nota
Que con sangre de esclavos está escrita:
Buscaba la igualdad para una clase
Mientras en cautiverio otra gemía.

El Ágora retiembla con el rayo
Que en la frase á los griegos electriza;
Pero al mísero ilota no redime
De su perpetuo vergonzoso estigma.

Tampoco los romanos apreciaron
Tu caro precio ¡oh libertad querida!
De Catón y de Bruto el noble ejemplo
No inspirará, no, inmolaciones cívicas.

Sufriendo los plebeyos la ley dura
Que con desdén atávico los mira,
A un paso están del miserando esclavo
Que sucumbe al azote y la fatiga.

El Cristo que á las turbas desgraciadas
Que sufran y toleren les predica,
Porque no es su reinado de este mundo,
Tampoco salva la conciencia altiva.

«Al César dad lo que es del César», dice,
En los momentos en que al orbe indigna
La espantosa crueldad con que Tiberio
Ejerce su ominosa tiranía.

Y agrega: si ese monstruo con su mano
Os pone colorada la mejilla,
Nada os importe: presentad la otra;
Con humildad la afrenta se mitiga.

Y así marchan al circo los cristianos,
A divertir la plebe que los mira
Con desprecio en las garras de las fieras
Que con ciego furor los descuartizan.

La libertad no nace del suplicio
Del creyente que dobla la rodilla,
Sin más protesta que la de ultratumba,
Que á burla más que á compasión incita.

Los bárbaros darán al fin en tierra
Con las legiones que otro tiempo invictas,
Cejan sintiendo que los campos huella
La falange feroz que sigue á Atila.

Ya caen de todas partes escuadrones
Que la barbarie con furor arrima,
Para romper el cetro de un imperio
Que sólo inmunda corrupción cobija.

El paganismo en su sangrienta arena,
Y el hombre-dios con su bondad sumisa,
No pusieron un dique á la avalancha
Que á Roma sorprendiera envilecida.

No es, no, la Roma altiva de los Gracos,
La que sangre de mártires destila;
Con el Imperio descendió al abismo
La libertad que el rudo César pisa!

No hay luego para ti ni un leve soplo
En la noche tan larga y tan sombría
De la edad media, que en sopor funesto
De todo ideal apagará la chispa.

El fraile en su convento encastillado,
La libertad aprisionó en la cripta,
Y del señor feudal llenó la copa
En que el licor de la opresión se liba.

No te dará la Roma del Papado
Más que vil corrupción y simonía,
Superstición sin fin, y las cadenas
Que forja el fanatismo que la anima;

Supercheria religiosa, engaño,
Vense también fuera de Roma misma;
Y con lanzar denuestos al Papado
La libertad jamás se glorifica;

Que no fué, no, el apóstata Lutero
Con su reformación y con su cisma,
El que pudiera á la conciencia humana
Darle una nueva prestigiosa insignia.

Cambió ese fraile un fanatismo impío,
Por otro fanatismo que esclaviza;
Y la persecución lanzó su carro,
Desbocado el corcel, rota la brida.

Y Cristóbal Colón al desposarse
Con la América virgen, no sabía
Que iba el velo nupcial á retorcerle
En su cuello á la virgen la conquista!

Que América inocente, por bandidos
Violada se ve luego, envilecida,
Y la barbarie colonial empieza
Allí donde la indígena termina.

Fuiste, América, esclava de malvados,
Que sólo infamia á tu inocencia brindan,
El burdel fuiste así de aventureros
De la hez que España sobre ti vomita!

En la noche sin fin de tu martirio
Duerme la libertad, duerme tranquila,
Sabiendo que la aurora de Ayacucho
Le está ya de antemano prometida.

Tu hora tampoco ¡oh libertad! te llega
Cuando radiante Cromwell, esgrimía
Su espada, la corona destrozando
De un rey ante la faz trémula y lívida.

El protector no amó las libertades
Que de los pueblos son la noble egida;
Poco fundó; su efímero dominio
Cayó á la fosa con su espada invicta.

Del gran siglo diez y ocho resplandece
La luz de su inmortal filosofía;
Y la revolución más sacrosanta
Entre el asombro universal, inspira.

Sus principios eternos caen á poco
En manos de la más atroz gavilla,
Que ¡oh libertad! tus glorias escarnece
En tu nombre al alzar la guillotina.

Y aquellos furibundos demagogos
Que no se devoraron en la orgía
De sangre en que á su patria encenagaban,
Prostituyeron su virtud mentida,

Cuando la planta del tirano ruda
No encontró un alma de civismo altiva;
Que del déspota fueron chambelanes
Los que hundieron la antigua monarquía.

De los declamadores y verdugos
No fuiste ¡oh libertad! sacerdotisa;
Hizo bien Bonaparte en afrentarlos
Con el látigo que ellos merecían.

Los viles así á Francia contemplaron
En galardón de efímeras conquistas,
Por las glorias de un déspota guerrero,
Retaceada dos veces y vencida.

Tu asiento sólo está en el Nuevo Mundo,
Donde tu amor ¡oh libertad! se infiltra,
Y nace la República gloriosa
Que de tu orgullo es hoy la primer cifra.

Una mancha á ese sol tan refulgente
Su brillo secular entorpecía;
Pero Lincoln con alma de espartano
Del todo la borró en pujante liza.

La igualdad en América es un dogma;
De un confín hasta el otro está extendida
La escuela de la santa democracia,
Que es de los pueblos libres la divisa.

Demagogos, caudillos, tiranuelos,
Aun del crimen se dan la espuria cita;
Que en el revuelto mar de las pasiones,
Del desorden el fuego ellos atizan.

Pero esas nubes pasarán, y entonces
El cielo América al mirar tranquila,
Veráte ¡oh libertad!, resplandeciente,
Y como los espacios, infinita!

El momento feliz también ya llega
De adorarte en mi Patria ¡oh noble diva!
Ya lo alcanzo; morir puedo tranquilo,
Sabiendo que ella de tu amcr es digna.

¡Oh! ¡digna sí!.. mi corazón lo dice,
De ser en tu regazo recibida,
Y que en abrazo estrecho la acaricies
Como á la predilecta de tus hijas.

Mi Patria á que tú la ames tiene puro
Un timbre que sus fastos ilumina:
Que nunca resignada dobló el cuello
A la coyunda de un tirano uncida.

El despotismo, efímero fué en ella.
Si lo aceptó la adulación sumisa,
Abono fué de cívica protesta
La sangre del martirio y de la lidia.

Todos los miserables que hoy afrentan
A más de una nación envilecida,
Cayeran para siempre fulminados
Del Uruguay al aspirar las brisas,

Que es la mía la tierra de los libres;
Como yo la soñé en mis alegrías,
Para que el culto con que yo la adoro
Mis hermanos también juntos le rindan.

ESTROFAS.

Al doctor don Alejandro Magariños Cervantes.

¡Oh ideal de mis ensueños! dulce imagen
Que me alientas con íntimo consuelo,
Buscándote, con insaciable anhelo,
Va corriendo mi triste juventud.
Las huellas de tu paso por el mundo,
Siempre he rastreado con afán doliente,
A fin de que radiases en mi frente,
Un rayo de esperanza y de virtud.

¡Te busco y te idolatro! He de encontrarte,
Astro errante hoy, ó nube pasajera!
Te ocultas cual fantástica quimera,
Y renaces después aérea visión.
Con los destellos de tu luz inquieta,
Brillando de la vida en el camino,
Iluminar debieras un destino,
Que en sus penas presiente el corazón.

Desde las cumbres á que el alma asciende
En horas de entusiasmo y de delirio,
Hasta los antros que el atroz martirio
Se forja en el descenso de la fe,

Todas las sendas he cruzado absorto,
Perdiendo fuerzas ó cobrando brío,
Por huir los horrores del vacío,
Y darle base al vacilante pie.

¿Y ha de haber quien reniegue los altares
En que el incienso del honor humea?
¿Quien no aclame la gloria gigantea?
¿Quien no adore la augusta libertad?
No es de temer, no, el despotismo aleve,
Que se arrastra en el crimen, impotente,
Mientras tenga su culto reverente
Por el ideal del bien la humanidad.

El mal, como las olas, sube y baja;
Y en el hirviente piélago ondulando,
Puede la tempestad alzar bramando
El fango que en los fondos encontró.
Mas si levanta entre su blanca espuma
Una ola, escorias del inmundo abismo,
Soberbia en pos viene otra que allí mismo
Hunde lo que antes la primera alzó.

¿Por qué perder de la esperanza amiga
El presagio en la mente soñadora?
El alba tenue que al venir colora
Las nubes con levísimo arrebol,
Vístese luego de fulgor radiante;
Y así no es albor ya. La luz retrata,
Que en el espacio inmenso se dilata,
Vivaz reflejo de esplendente sol.

También el pensamiento humilde nace!..
Secreto de un cerebro, se querella
De su fatal y maldecida estrella
Que lo contiene refrenado en sí.
Mas luego se difunde y se hace verbo,
Llega á la multitud y la despierta,
La llama enciende de esperanza yerta,
Convierte el desencanto en frenesí.

La eternidad del mal no se concibe,
Y el crimen nada serio fecundiza;
El martirio su sangre cristaliza
Y á su través se ve la redención.
La palabra es veloz cual fuego alado,
Y un grito que se esparce en raudo vuelo,
De Marnix llegar puede, ó Massanielo,
A un pueblo con potente vibración.

Ese es el día en que el ardor revive
Que el alma calcinaba entre las sienes!
Del popular esfuerzo en los vaivenes
Siempre algo grande y liberal surgió!
Los déspotas, después, es cierto, enlodan
El triunfo, y el honor viles mancillan,
Fingiendo que las glorias sólo brillan
Por lo que á ellos el éxito les dió.

Pero ¡ah! no saben, insensatos, necios!...
Que el mundo por un nombre no se ufana,
Que efímera es la vanidad humana,
Que olvido y triunfo confundidos van.

Es lo que vive la lección severa:
César por el puñal atravesado,
El Grande Bonaparte encarcelado,
Y el Pequeño humillándose en Sedán!...

¡Oh libertad! ¡Tus ídolos te engañan!
Los amas; les ofreces tu guirnalda
En campos alfombrados de esmeralda
Que invocándote huellan en tropel.
A tu nombre y tu voz vencen altivos,
Pero después de la pujante brega,
De ellos á ti, la abnegación no llega:
Te venden al ceñirse su laurel!...

Mas si el campeón virtuoso desparece
Entre el tumulto del oleaje humano,
El recuerdo del héroe ciudadano
No es lampo, no, que bórrase fugaz.
El mundo escalará nuevas alturas,
Pero á Washington siempre reverente
Será: ¿qué mucho?, si él dobló su frente
A la ley, en la guerra y en la paz!

No siempre en ti ¡oh ideal! piensa, orgulloso,
Ese guerrero de brillante arreo,
Que en las voraces ansias del deseo
De su triunfo en la sangre ve el sostén.
No te comprende... Déjalo. Otra esfera
Tienes do el arte y el amor sus velos
Te ciñen en el nimbo de tus cielos:
Lanza allí á tus apóstatas desdén.

La palma á un lado que se tiñe en sangre,
Y en el dolor se goza de la herida.
Brille la gloria con su eterna vida,
Del arte en la región siempre inmortal.
La lira entone su cantar insigne,
Colores halle férvida paleta,
Y en las visiones de intuición inquieta
Yerga el genio su numen colosal.

Nada semeja el ímpetu fecundo
Con que el astro creador brilla y se enciend
Paso á la inspiración que el vuelo tiende
En alas de su espíritu gentil!
¿Quién detiene esa llama que electriza
Al profético, insomne pensamiento,
Que arranca todo un mundo en movimiento
Del pincel, de la estrofa, ó del buril?

Brillas ¡oh ideal! del arte en el consorcio
Como fúlgida antorcha duradera.
La nota del dolor, la verdadera,
En Beethoven se siente palpitar!
¿Se sueña una mujer?—Es Fornarina.
Con su verso estremece el viejo Esquilo;
Mirad, dice en su faz Venus de Milo:
El genio, aun á las rocas hace hablar!

El arte, ora el pudor da á lo desnudo,
Y ora de la modestia crea el modelo,
Sin vestirle otra clámide ni velo
Que de un alma inspirada hondo sentir.

Le da espíritu á plástica belleza,
Y al esculpir un seno palpitante,
Sólo exhibe en la hetaira ó la bacante
Su gracia voluptuosa al sonreir.

¿En dónde está el misterio que comprende
Ese cultor que otra existencia inicia?
Si su cincel al mármol acaricia,
La estatua nace, asombro de esbeltez!
Dócil la tela entre sus manos, late,
Y hasta al rebelde pensamiento obscuro,
Lo diafaniza con el molde puro
Que contorna en la frase brillantez!

Es el eterno ideal el que se cierne
Sobre un mundo que gime y se desvela.
Pero sobre él, desde su solio riela
Trasparente y magnético esplendor.
Su luz lo malo y lo servil transforma,
É impulsándola al bien y al heroísmo,
Del barro eleva el alma al paroxismo
De luchar por la Patria y el honor;

Y la mantiene en la encumbrada cima
Del pensar alto con designio fuerte.
Al sentimiento en triunfador convierte
Que su esfuerzo y su voz lleve doquier.
El ideal lanza á temeraria empresa,
Así al anciano como al tierno niño;

Y arrastra á la mujer en su cariño
Al más cruel sacrificio por deber!

¡La arrastra, sí! Es Cordelia devorando
La ofensa paternal sin verter llanto,
Pidiéndole á su juvenil encanto,
Dulce sonrisa del amor filial.
¡La arrastra, sí! Sorprende sus ensueños
Y los muestra, si cándidos, hermosos,
De la madre en los besos ardorosos,
De la amante en el rostro angelical.

Constancia eterna que el amor bendice
Y el dolor de dos almas interpreta,
Compendia las angustias de Julieta
En las lágrimas tristes de su adiós.
Judith evoca el patriotismo ardiente,
Y ante el heroico arranque de Lucrecia,
Vacila el mundo..,pero al fin aprecia
Amor que va de la virtud en pos.

¿Qué norte rige por seguro rumbo
A un mundo de pasiones que se agita?
Algo que siempre á la esperanza grita,
Algo perpetuo de profunda raíz.
¿Quién no siente en su sér el fuego interno
Que anima al corazón yerto y dolido?
Al hombre más que el polvo del olvido
La duda fija hiciéralo infeliz.

¡Oh ideal que cruzas el revuelto mundo
Como un destello de celeste lumbre!
Arraiga en la inconstante muchedumbre,
Sírvele de promesa y de fanal.
Que cuando fieles tus fulgores sigan
Los pueblos, llevarán altas las frentes,
Serán dignos, serán omnipotentes,
Bañados de tu luz en el raudal.

(*«Anales del Ateneo del Uruguay»*, *año 1882*).

EPICHARIS.

Clariore exemplo libertina mu

TÁCITO.

¡Oh! la hija del placer! ¡La voluptuosa!
Su sed de amor apagará el suplicio;
Que una pasión más pura, el sacrificio
Por la Patria impondrá á su alma de diosa.

Ella ha vendido, alegre cortesana,
Sus favores en ansia febriciente;
Y austera hoy alza la radiosa frente
Con que honrará la libertad humana.

A Epicharis, gentil como es altiva,
No le bastan los dulces devaneos;
Y alienta generosa otros deseos,
Que absorben su mirada pensativa.

¡Paga su odio al tirano en el tormento!
Sus carnes el verdugo ha destrozado,
Los huesos todos le ha descoyuntado
Sin quebrar su valor y sufrimiento.

¡La mártir ni delata ni confiesa!
¡Nerón á sus sayones apostrofa,
Al ver que son de una mujer la mofa!
¿Pero qué clase de mujer es esa?

Es ella la que Tácito ha pintado
En su página de oro más sublime:
Es la joven estoica que no gime
Y el dolor en el potro no ha doblado.

Sus amigos se asustan, y la muerte
Los aterra. Una vez el vil Lucano
Su propia madre denunció al tirano
Sin que una infamia tal, cambie su suerte.

Magnates, senadores y varones
De alto renombre, en este trance duro,
Desmayados descienden al obscuro
Degradado papel y ruin de espiones!...

Pero Epicharis guarda su secreto,
Y nadie de su pecho se lo arranca:
Su sangre en sus heridas no se estanca
Y está sin acomodo su esqueleto!

¡Al tormento otra vez!, Nerón ordena...
Que conducirla habrá en silla de manos:
Sus miembros, antes de vigor lozanos,
Sueltos anillos son de una cadena

Que no puede unir ya sus eslabones.
Arrastrada de nuevo á la tortura
Tiene alientos en su íntima amargura
Para usar de su veste los cordones,

Que de la silla ató, después que al cuello
Con nudo corredizo los fijara;
Y sin vacilación así arrancara
De su vida el postrer noble destello.

Epicharis, altísimo es ejemplo
Que salvará de su baldón á Roma.
Al honor que en los hombres ni aun asoma
Ella en su corazón le erige un templo.

¡Epicharis! ¡Lucano! son dos nombres:
De una mujer y de un poeta insigne:
Y el contraste dirá, nadie se indigne:
Debieran ser mujeres ciertos hombres!

Que vale más que la Farsalia entera
De quien murió por siempre deshonrado,
De indignación el grito desolado
De Epicharis en su hora postrimera!

---

20 DE SEPTIEMBRE DE 1870.

¡Se agiganta á su paso nuestro siglo!
El pensamiento lanza hacia sus cumbres,
Astro radiante allí, que del pasado,
Rasga la nube.

La sanguinosa fe de Torquemada,
Del fanatismo consagrado numen,
Entre el fango de míseras edades
Se arrastra y hunde.

El anatema estólido del Syllabus,
Sin el inquisidor y sin la lumbre,
Es fuego fatuo, que á la horrenda hoguera,
No sustituye.

El último baluarte de la Tiara,
De la edad media el edificio inmune,
En su propio cimiento socavado,
Tremante cruje!!

La Roma corrompida de los Borgia,
Sentina colosal que en crimen bulle,
La Roma simoniaca del Papado
Brama al derrumbe!!

Yérguese en tanto la ciudad que un día
Se embriagó de la gloria en el perfume,
Y el noble aliento de Giordano Bruno,
Libre hoy difunde.

El Lacio torna á renovar la fama
Que se forjó de la batalla al yunque;
Su epopeya inmortal, reverdecidos
Sus lauros luce.

Ya redimida del pasado oprobio,
Roma en su antigua majestad resurge;
Y alzan los pueblos entusiasta hosanna
Que vibra y cunde!

(«El Siglo», 20 de septiembre de 1891).

Yo en medio de los delirios
De edad juvenil me hallaba,
Y tú de ella ni un recuerdo
Tenías que te halagara!

Yo me sentía acariciado
Por ensueños y esperanzas,
Y á tu corazón en tanto
Mil tormentos laceraban.

De amor eterno y de dicha
Yo mil promesas forjaba,
Y para ti sólo eran
Sombras, ilusiones, nada!

Yo presentía el cariño
De una virgen que adoraba,
Y para ti era motivo
De compasión mi confianza.

Y en mis transportes ingenuos,
Con desencanto evocabas,
De un pasado doloroso
Tu triste experiencia amarga.

Mi fe desterrar pensaste
Porque ya en ti no albergaba ;
Pero un muro inquebrantable
En mí encontró tu palabra.

Tú llorabas una vida
En mil tormentas gastada,
Y yo en afán de vencerlas
Por el porvenir clamaba !

Después sí: cerca la noche
Vi del dolor, no esperada,
Y en tu triste pesimismo
Hubo de envolverse mi alma.

Mas reaccionando vehemente
Hacia tendencia más alta,
Confío, y cedo á un impulso
Que mi corazón ensancha.

Tú, por el contrario, siempre
A tu sufrir apegada,
Ya ningún bálsamo quieres
Que alivio dé á pena tanta.

Yo que descender no anhelo
Del ideal que me arrebata,
Me persuado de que entre ambos
De común nunca habrá nada.

Así ¡adiós, mi buena amiga!
No tiene tu pena valla;
Adiós, adiós, y por siempre:
Mi voz hasta ti no alcanza.

. . .

Confiado el adolescente
En la ilusión en que vaga,
Pone su fe por ejemplo
A quien con lágrimas habla!

El porvenir mil secretos
A su candidez le guarda;
¡Cuántos dolores ¡ay! luego
Vendrán á infernarle el alma! . .

(*Almanaque de «El Negro Timoteo», para el año 1883*).

A MERCEDES.

En el álbum de la señorita M. V.

Cruzando mares,
Al ave errante
Por un instante
La sobrecoge
La inmensidad!
Si ata sus alas
Cruel paroxismo,
Le abre un abismo
Pérfida la honda,
Monstruo voraz.

Mas si animosa
Fía en su vuelo,
Siente en su anhelo
La noble fuerza
Del corazón,
Que la conduce
Al prometido
Edén: su nido
Ignoto y solo,
Nido de amor!

Tú también cruzas
Del mar del mundo
Ese profundo
Misterio vago
Del porvenir,
Que es hoy, Mercedes,
Ante tus ojos,
La red de antojos
Que inquieta teje
Tu alma gentil.

Mas nada temas;
Por ley de herencia,
La inteligencia
Y la belleza
Te dan su luz.
Tienes segura
La travesía,
Sin que ni un día
Nublen tormentas
Tu juventud.

Puedes, ufana
Con tu destino,
El torbellino
De mil pasiones
Atemperar.
No es un iluso
Quien lo asegura,

Por desventura
Mi edad de ensueños
Se alejó ya.

21 de febrero de 1892.

REMINISCENCIAS.

Los sueños de mi vida
Que evoco en el presente,
Llegan quejosos de su sino infiel,
Cual nota dolorida
De un canto febriciente,
Cual hoja desprendida
Por huracán aleve, de un vergel!

Dispersos en la aurora,
Dispersos en la tarde,
Por la noche se vienen hasta mí;
Y en la callada hora,
Que sus secretos guarde
De indiscreción traidora,
Me aduermen y acarician junto á sí.

Caudal de mi tristeza,
Son míos y los quiero,
Que traen ecos de un tiempo asaz mejor!
¡Cuánta delicadeza
En su rumor ligero!...
Son nube que atraviesa
Y al paso riega una marchita flor.

En mi niñez sencilla,
Fueron lucero ardiente
Que prometió alumbrar el porvenir.
El astro ora no brilla,
Paróse la corriente,
¿Qué rumbo la barquilla
Sin impulso ni luz ha de seguir?

Los años se atropellan,
Encienden mil pasiones:
Del niño arrancan el genial candor;
Luego en el hombre sellan
Sus luchas y emociones,
Y al rostro dan que huellan
Los pálidos colores del dolor.

¡Dolor! ¡fatal cadena!
¡Sarcasmo de la vida!
¡Fuerza es llevarte remachada al pie!
Y con la faz serena,
Y con la frente erguida,
Desmantelar la pena
En lucha eterna con la extinta fe.

Del entusiasmo altivo
La copa desbordante,
En escogida sombra es de libar.
Mientras del rayo estivo
El fuego calcinante,
Mantiene el verdor vivo
De las hojas que el hielo ha de secar!

Descanso en el camino
Me dispensó esa sombra.
¡Hoy hojas secas ruedan sobre mí!
Mudable es el destino,
Lo teme quien lo nombra,
Satánico ó divino,
De mi llanto siempre árbitro lo vi.

Recuerdos inmortales
De los primeros años,
Una historia dichosa hagan volver,
De ensueños virginales
Sin cálculos ni engaños,
Promesas ideäles
Que de su tumba quieren renacer.

Reminiscencia lenta,
A veces el sosiego
Perturba, del helado corazón.
Como la luna argenta,
Con su voluble riego
De lumbre macilenta,
Al follaje en su lánguida inacción.

Ven ya, la más sublime
Visión de mi ventura,
Y tu espíritu esparce por doquier.
Al corazón que gime,
Con íntima dulzura
De penas le redime,
Tu memoria magnífica de ayer!

¡Qué día!... Entre cantares
Del ánima doliente
Una nota vibró en dulce laúd!
Aliento de azahares
Embalsamó el ambiente!
¿Qué Dioses tutelares,
En mi seno infiltraban su quietud?

La virgen que creí sueño,
Despierta á mi latido,
Me dijo: ¿qué me quieres? aquí estoy,
Su cántico halagüeño
Hallóme sorprendido;
No siendo de mí dueño,
La dije: yo te busco, sí, yo soy.

¿Qué pude darle? ¡Nada!...
Que nada mi alma entera,
Fué para premio de su amor gentil!
Gozosa y abnegada,
Afán de gloria austera,
De libertad sagrada,
Estimuló en mi pecho juvenil.

¡Oh gloria! ritmo alado
Del triunfo. Eterna imagen
Que á mi Patria un día alzaste en tu esplendor
De tu sitial dorado
No veo que al suelo bajen
En coro alborozado,
Los nuevos mensajeros de tu honor.

¿Manos sutiles, leves,
Bordan la ejecutoria
De tu estandarte límpido y marcial?
No sé que inscrito lleves
En él, á la victoria,
Con rayos por relieves,
Los himnos de tu marcha colosal!

¡Oh libertad querida!,
Mi cívico delirio,
De mi vida el constante frenesí!
¿En la derrota hundida
No cesa tu martirio?
Ya sin laurel ceñida
Se nubla el día de aclamarte así:

Salud á tu destino,
Honor á tus victorias,
Y flores á tu paso ¡oh libertad!,
Alúmbrate el camino
Tu sol de insignes glorias,
Y en coro peregrino
Los pueblos cantan ya tu majestad!

Recuerdos de otros días,
Ensueños de otras horas,
Vienen de pronto á refrescar mi sien.
¿Son nuevas alegrías?
Como algas incoloras
Que arrastran gotas frías,
Mis memorias traen lágrimas también!

Se lanza el ave al cielo,
Y al escalar las cimas,
Si sus alas rozó cierzo traidor,
Emprende raudo vuelo
A los ardientes climas,
Con el vivaz anhelo
De calentar el nido de su amor.

Tal, torno á mi pasado,
Y en él siempre hallo escrito,
El poema feliz de lo que amé
¿Y nada hay olvidado?
Del dolmen de granito
Un signo indescifrado,
No quita su grandeza á lo que fué.

(*«Anales del Ateneo del Uruguay»*, *tomo VII*, ***página***
año 1884).

INSPIRACIÓN.

Leves alas quisiera el pensamiento
Para cruzar esferas,
Para rasgar el tul de los celajes
Y mecido por ondas lisonjeras
Llegar con almo aliento
Al cenit entre diáfanos paisajes.

Y eres tú, inspiración, la que te elevas
Hasta el Olimpo, abierto
A arrobos puros, entre etéreas galas,
Y la que nunca niegas
Al peregrino en su vivir incierto,
Tus mil doradas alas.

Lo que en su afán doliente
El alma pide á la perenne fuente
De amor, que ha percibido
Cerca de sí como fanal radioso,
Es de consuelo un eco repetido,
Y es de esperanza un rayo luminoso.

Y en cada arranque de febril anhelo,
Por sorprender un fallo del destino,
Hay un eco divino,

Que responde á las ansias de la duda,
Y el alma en su desvelo
Tiene una voz que á su dolor acuda.

Salmodia más sublime
Que los cantos del hombre desiguales:
Aquí es el aura que en las selvas gime...
Allí es el suave, voluptuoso halago
De los aéreos cendales
Que en su linfa retrata el manso lago...

Ora es del tenue ambiente
El susurro en la tarde del estío...
Ora son las mil notas deleitosas
Del ave, que del río
Deja la margen por volar sonriente
A su bosque de mirtos y de rosas...

Fija la mente en nacarada nube
Que cruza errante los tendidos cielos,
La envidia cuando sube,
La sigue cuando corre,
Y los prismas que forma con sus velos,
De la mente no hay niebla que los borre.

Como flotantes hilos, los ensueños,
En busca de armonías,
Se desatan en cánticos risueños,
Y un ritmo se oye que alentarlos quiere,
Cuando el sol nace en los serenos días...
Cuando en la tarde muere...

De la luna los lánguidos reflejos,
Del sol los ígneos rayos,
Los ecos de la noche en su misterio,
Las brisas que suspiran á lo lejos...
Todo ¡ah! vierte su imperio
Sobre el alma en sus tímidos desmayos;

Lo vierte el pajarillo en sus gorjeos,
Si en la flexible rama dulce entona
Sus tiernos devaneos
De férvida alegría,
Cuando los triunfos de su amor pregona,
Al saludar al día...

Y el alma enajenada,
De su embeleso en el feliz delirio,
Alcanza una deseada
Chispa del áurea luz que reverbera
En el verjel del arrayán y el lirio
Y en los espacios que el azul vistiera.

Las aves, las auroras,
Las orlas de arrebol y las estrellas,
Las flores y las brisas,
Son de un mundo mejor las precursoras;
Y en sus gentiles huellas,
Van perfumes, destellos y sonrisas.

Con sus acordes de eternal belleza,
Arrulla á los mortales
La fiel naturaleza,

Todo en sus cantos es rumor amigo,
Todos son en su luz puros raudales,
Todo en su seno es de su bien testigo.

Se esfuerza el alma por subir triunfante,
De íntima pena en que el dolor la encierra,
Hacia el edén de su ilusión bendita;
Y en su lucha constante,
Se apasiona y se aferra
Al noble sentimiento que la agita.

Quiere alcanzar la cumbre,
Y al iniciar la suspirada senda,
Bajo un dosel de nítidos colores,
Tibios rayos de sol le dan su ofrenda
De delicada lumbre;
Su paso alfombran del pensil las flores...

¡Oh inspiración!... Corriente
De una luz divinal, hálito blando
Del céfiro naciente:
Si aquel concento que en tu genio exhalas,
En el mundo has de ir siempre infiltrando,
Jamás pliegues tus alas.

1879.

De cinco letras unidas
Fórmase un himno que adoro;
Son cinco notas perdidas
Por sirenas sorprendidas
Al empezar en su coro.
Compendian la poesía
Del mar en sereno día,
Cuando nacarada nube
Cruza un cielo de bonanza,
Y que el alma á su ideal sube
En alas de la esperanza.

De arrobo suave y de gloria
Son esas letras un canto,
Que es de mis sueños la historia,
Deleite de mi memoria
Y bálsamo de mi llanto.
Así, ni dulce murmullo
De manso lago; ni arrullo
De fiel torcaz; ni el amante
Ruego de un sér preferido,
Tienen para mí el constante
Imán del canto querido.

Y si el aura vagarosa,
Al deslizarse gimiendo
Por entre la selva hojosa
Da en modular quejumbrosa
Notas que amor van diciendo,
Nada trae con su gemido
De halagador á mi oído,
Que no concibe en la tierra
Armonía que lo asombre,
Desde que toda la encierra
La dulzura de su nombre!

EVOCACIÓN.

Sobre la libre tierra americana
La intolerancia cruel su vuelo tiende:
¡Levántate, Voltaire!... De nuevo enciende
La luz que anhela la conciencia humana.

Otrora la ironía soberana
Que de tu pluma en rayos se desprende,
Rasgó la hipocresía que hoy desciende
El pensamiento á ahogar con faz villana.

El fanatismo que á tu voz cediera,
De eternos odios exhalando el resto,
Aunque entre ruinas .vergonzosas, late.

¡Y es tiempo ya de que ese resto muera!...
¡Levántate, Voltaire!... Corre á tu puesto;
Suene tu carcajada en el combate.

1878.

MARIANO † DIPUTADO

I

Yo soy *dotor* y apruebo ese *proyeto*
Que en la Cámara está, sobre los *atos*
Del *ditador*, que siempre *estupefatos*
Nos tiene con sus burlas sin *ojeto*.

Es mi derecho de aprobar, *perfeto*...
—¡Le prevengo á la barra que, sin reatos,
La haré desalojar, si sus conatos
No corrige, de faltas de respeto!

—No, señor Presidente. ¿A quién sorprende
Verse hoy *coato*?...¿No lo estamos todos?...
Con su *conduta* á mí nadie me ofende;

Que esto de hacer de diputado es *ñapa*,
Porque obispo seré de todos modos:
Luego arzobispo, cardenal... ¡y Papa!

MARIANO † SÍMBOLO DE MODESTIA

II

De cristiana humildad es un modelo;
Y siempre su modestia han contrariado
Las beatas que el sayal hanle cambiado
Por sedas, pedrería y terciopelo.

Era una celda su invariable anhelo,
Para vivir obscuro y olvidado;
¡Y se les puso darle el obispado,
Que para él fué un amargo desconsuelo!

Ningún lujo quería en su celdita;
¡Y le alhajaron sin igual vivienda,
Rociada, con amor, de agua bendita!

Él seguía pidiendo su cilicio;
¡Mas tuvo que aceptar la dura ofrenda
De un triste arzobispado por suplicio!!...

HORTUS CONCLUSUS

III

Hortus Conclusus es un gran evento
«En honor de la Patria y de María».
«Sebasten Suleimán», como decía
En lengua árabe un beato de almo acento;

Todo según lo que Mariano, atento,
De Salomón y su jardín, oía
Una vez que en el *hortus* se lucía
Caballero en escuálido jumento.

Y entonando el «Cantar de los Cantares»
En su casto viajar por Tierra Santa,
A Salomón polígamo, en sus lares,

Apostrofó con celo de cristiano,
Y en desagravio de impudicia tanta
Allí alzó el «Oratorio de Mariano».

LA PRIMERA DE MARIANO †

(*Disfraz de Arzobispo*)

IV

Escribió muchas cartas. La primera
Dijo ser á Juan Borda remitida
Con bendición papal, que concedida
Era, también, ¡á su familia entera!

Agregó luego, con conciencia austera,
Arzobispales votos por la vida
Del gran varón á que iba dirigida,
Y por su presidencia duradera.

Por tantos votos, al Señor no plugo
Escuchar á Mariano ¡tan votivo!...
Y él se dijo: «Está bien, mi llanto enjugo:

Que, en todo este bochinche, lo que veo
Es que, si menos listo ando y activo,
¡De mi prebenda frustro el muñequeo!»

MARIANO + JURANDO

V

Lo que juro, humildísimo prelado,
Es que juro que yo no juro nada.
¡Pues no faltaba más!... Mi fe jurada
Es la que siempre *in pectore* he jurado.

Juraré, sí, que nunca he aspirado
A tener cincuentona por criäda.
¡Aunque Byron juró que era, cambiada
Por dos de veinticinco, el gran pecado!

Palacios juro, sí, que yo no quiero,
Y juro que no quiero sinecura,
Y juro que no quiero gran boato;

Y en cuanto á jurar más, es lo primero
Que juraré si la ocasión apura:
¡Que juré no acatar el Patronato!

EL CANTO DE LA ALONDRA. 1

¡Recuerdo aquella tarde! En espirales
Las nubes remecidas se elevaban,
Y en sus senos de nácar virginales
El zafir con el oro se alternaban.

En el terso cristal de un arroyuelo
Movíanse en imágenes lucientes
Los reflejos más fúlgidos de un cielo
Que espejaba de luz místicas fuentes.

A las palmas y sauces de la orilla
En su pie por el agua acariciados,
El aura al descender de la cuchilla
Impelía á besarse entrelazados.

De las hondas volubles que la brisa
Rizara al deslizar su suave aliento
Por la corriente que impulsó sumisa,
Surgió un efluvio enervador y lento.

---

1. Alondra es la designación castellana de la calandria de n campos.

Doquier filtrando su sutil beleño,
La hoja impregnó en su rama vacilante,
Mi vida penetró en forma de un sueño
Y en su vuelo detuvo un ave errante.

El alma en melancólicos desmayos
Ansiando inspiración alta y ardiente,
Al sol se la imploraba de sus rayos
Y al río de su límpida corriente.

¡Nada le respondió! Desparecía
Soberbio el astro en su ostentoso orgullo:
La brisa indiferente se perdía
Sobre la linfa en gemidor murmullo.

Deshecha por el llanto de su pena,
Sin el consuelo de un acento amigo,
En un mar de dolor, huérfana arena,
Se hundió mi alma sin rumbo y sin abrigo.

Y entonces la avecilla detenida
Entre aromas y célicos vislumbres,
Con sus alas rozó la hoja escondida,
Con su garganta se elevó á las cumbres!

Era la alondra que en las selvas mora,
Sibila triste, hermana del poeta,
La que á Romeo en noche embriagadora
Arrancó de los brazos de Julieta.

Arrullada en la fe de sus destinos,
Gozosa entre los pliegues del follaje,
La hija del bosque en cantos peregrinos
La esperanza evocaba en su lenguaje.

Sacerdotisa de la selva agreste,
Bálsamo trajo á la aflicción ignota,
Que fué su canto de mansión celeste
Un eco eterno que en las sombras flota.

En la noche del alma que abatida
Vaga sin luz para su paso incierto,
Es norte en el delirio de la vida,
Del bosque un eco, un aura del desierto.

Fué el eco dulce, el aura ambicionada,
La alondra de los sauces agorera,
Y aquella fugaz tarde no hubo nada
Que más tiernos halagos esparciera.

Al fin batió las alas en el viento
Que la arrastró en sus ondas fugitivas,
Dejando con sus notas de un momento
Perenne el timbre de esperanzas vivas.

De las promesas de un edén velado,
De los prestigios de un ideal querido,
Nada queda al espíritu angustiado,
Si el corazón se hiela adormecido.

Mientras el mío con calor aliente,
De aquella tarde guardaré el recuerdo;
Su postrer haz de luz radia en mi frente,
Ninguno ya de sus murmurios pierdo.

Cuando mis horas nubla el desconsuelo
Ante el eclipse de anhelada gloria,
Levanto en calma la mirada al cielo,
La llevo adentro á mi vivaz memoria;

Y entonces, por presagios de ventura,
Se agolpan de mi vida en el camino,
Ya los celajes de la tarde pura,
Ya de la alondra el melodioso trino.

Si en una gota de aflictivo llanto,
Se compendia una historia de dolores,
Yo en un recuerdo de inefable encanto
Guardo un mundo de ensueños seductores.

(*Enero de 1880.—«Gran Almanaque de «El Negro Timoteo», para 1881»*).

I

Dolores de la tierra,
Sarcasmos de la vida,
Truncadas esperanzas,
En una noche de pesar maldita,

Cruzaron como nuncios
De muerte, en negra fila,
Rodeando un lecho gélido,
Antes nido de halago y de caricias.

Las lágrimas del alma,
En cruel angustia íntima,
Cual nunca laceraron
De mi sentir la más remota fibra.

No fué solo mi llanto
El que brotó á la vista
De un cuadro desolado
Que en lo más hondo al corazón hería!

Las flores, postrer nimbo
Formáronle á la niña,
Y penas y no triunfos,
Triste el ave del bosque cantó esquiva.

El alba, en el concierto
Con que su gloria anima,
Halló que de sus himnos
Faltó en el coro la oración más rítmica.

Al ocultar su disco
Los astros con luz tibia,
Lloraron silenciosos
El adiós de la eterna despedida.

La luna aquella noche
Fué sólo luz de ruinas;
No despidió ni un rayo
Sin un girón de palidez sombría.

Y hasta la errante nube,
Ante el dolor cautiva,
Dejó caer una gota
Del llanto que en su seno se destila.

Mas no llegó el lamento
Que en mil ecos gemía,
Hasta la faz sonriente
De la niña gentil, del mundo envidia.

Creyérasela en sueños,
Y era su última cita! . .
Dejó á los que la amaron,
Con su memoria una visión divina!

Lo que es belleza, encanto,
Inspiración de dicha,
Iluminó su frente
Por el reflejo de celeste prisma.

¡Cómo supe quererla!...
Doquier mi alma la mira,
Y fórjala en el éter
Do su espíritu alado se desliza.

Huyó de la tormenta
Del mundo, la avecilla;
Ni hielos ni borrascas
La alcanzan ya donde el Señor la abriga.

¿Por qué de la montaña
Subir la áspera cima?
La senda de los cielos
No era á su paso misterioso enigma.

II

Tú fuiste la inocencia
Que desplegó tranquila
Sus alas, y envolvióse
En el cendal de nube fugitiva.

Así partiste. Imagen
De una promesa extinta,
Estrella de una noche,
Y alborada fugaz de un solo día!

¡Adiós, hada sublime!...
Con tu dulzura eximia,
Acoge estas estrofas
Al calor de la luz de tu pupila.

Fulgor, ante el pie errátil,
Sea tu alma peregrina,
Norte de mi camino,
Astro que riele en la cerúlea linfa.

(*«Anales del Ateneo del Uruguay», año 1881*).

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA J. C.

Vas á cambiar de vida. Los azahares
Corona tejen á tu tersa frente,
E inundan y embalsaman el ambiente
De dicha que te lleva á los altares!

¡Serás feliz! Que bonancible el hado
Ha querido poner con gentileza,
En premio á tu virtud y tu belleza,
Un alma grande de la tuya al lado.

¡Serás feliz! De tus admiradores
Te cautivó el de más divino acento,
Bardo ya sin gemidos ni tormento
Que elevas tú al edén de sus amores.

¡Yo saludo á la virgen ruborosa!
Con mi ofrenda también salgo á su paso;
Es humilde: que un astro hacia el ocaso
Radiar no puede lumbre esplendorosa!

Su cólera terrible
Volcó sobre los pueblos el destino;
Y todos fueron miserandos reos
De un infernal castigo.

La lava del volcán con ígnea saña
Hirviendo aleve consumó el suplicio
De una incauta ciudad amortecida
En plácido deliquio.

Luego, devastadora
Peste invadió el asilo
Del humilde y la mágica vivienda
Del opulento altivo.

Asolando comarcas,
El impetuoso río
Embravecido salta de su cauce
Y arrasa el techo á la indigencia abrigo.

Pero á pueblo ninguno de la tierra,
Por culpa de sus hijos,
Le plugo al hado más que al uruguayo
De una estrella fatal grabarle el signo.

Pues que desde la cuna
Lo esclavizó al delirio
De que su nombre y porvenir jugase
Al sanguinoso azar del fratricidio.

Julio de 1896.

I

Siéntome vacilante y fatigado,
En esta eterna lucha por la idea;
Y antes de que postrado
Me vea y abatido,
Regreso al caro nido
Que dejé entre los olmos de mi aldea.

II

¿Cómo lo abandoné en aciago instante
De ofuscación fatal, irreflexiva?
¿Por qué no fué bastante
El hijo de mi alma
Para infundirme calma
Y detener mi planta fugitiva?

III

¡La aldea siempre igual! El campanario
Veo de lejos escalando nubes.
Y en el ramaje vario,
La sombra de esmeralda
De la opulenta gualda,
Fuera digno dosel de los querubes!

IV

Tenue y sutil el perfumado ambiente
Que murmura en la tarde mortecina,
Suspira dulcemente,
Pidiéndole á las flores
La esencia que en fulgores
Luce después la estrella vespertina.

V

Todo me llama de mi hogar al seno;
Natura grata el óbolo me ofrece
Del bienestar terreno;
Mas sigo mi destino
Y triste es el camino
Que présago, mi afán entenebrece.

VI

El hado cruel, de próvida esperanza
Segó la flor en angustioso día.
Resignación no alcanza
Mi espíritu en la muerte
Del hijo hermoso y fuerte,
Que era mi único orgullo y mi alegría.

VII

Ya no beso tu frente, Hamnet querido;
No existes para el lustre de mi historia!
Mas imposible olvido
Tu rastro no obscurece,
Que real se me aparece
Tu imagen, ¡ay! por pena de mi gloria!

VIII

¡¡La gloria!! No la quiero en mis dolores.
Desde hoy el mundo es para mí un desierto.
Etéreos resplandores
De excelsa poesía
Para Hamnet presentía,
Y sólo encuentro á mi pobre Hamnet yerto!

IX

Inmortal te soñé, caro hijo mío,
Continuador de mi obra ya truncada;
Mas quiso el rayo impío,
Terrible y alevoso,
Herir al roble añoso
En la rama más verde y más cuidada.

X

Si de mi juventud en los azares
Buscaba un nombre en el revuelto mundo,
        Por honra de mis lares,
        Para Hamnet lo quería,
        Y alegre me decía :
Con él será ese nombre aun más fecundo !

XI

Lo resolvió la suerte de otro modo ;
Ya no mece mi pecho la esperanza ;
        Ya lo he perdido todo;
        Sólo á mi pecho queda
        De una memoria leda
El amor esfumado en lontananza.

XII

De todos los horrores que he pintado,
De todas las desgracias que maldije,
        Al labio yo he llevado
        La copa rebosada
        Con hiel envenenada,
Que al desgarrado corazón aflige.

XIII

Arrastro la cadena de la vida
Y pago á sus crueldades mi tributo.
He sufrido la herida
Que enfureciera á Otelo,
Y he sentido el anhelo
Con que buscó la muerte el noble Bruto.

XIV

Del viejo Lear el aflictivo llanto,
Dilacerada el alma, ya demente,
Lo hallé bálsamo santo
Cuando á Cordelia muerta,
Con su mirada incierta
Buscaba viva el mísero inconsciente.

XV

Y el torcedor terrible de la duda,
Del amante de Ofelia en su delirio;
Esa esfinge que muda
Nos lanza el anatema
De aterrador problema,
También quiso agregarse á mi martirio.

XVI

«Ser ó no ser». ¡El sueño de la muerte!
Si vivir es soñar, ¿á qué la vida?
¿A qué? cuando no advierte
Que es la ilusión un velo
Que oculta en vez de un cielo
El infierno de un alma maldecida!

XVII

«Fué el amor mi pecado». En un soneto
Hice esa: ¡una de tantas confesiones!
Que el mágico amuleto
De un dulce amor sublime,
Es dócil el que imprime
Luz de verdad á innúmeras ficciones.

XVIII

¡Ay! Ofelia, Desdémona y Julieta
Sintieron las intensas amarguras
Que al corazón decreta
Una pasión vehemente;
Y asolador torrente
Arrastró á esas celestes criaturas.

XIX

Las evoqué, porque las vi en el mundo
Con otros nombres, bien que igual destino
De padecer fecundo.
Las de mejor estrella
También su sutil huella
Quisieron estampar en mi camino.

XX

Jessica, Portia, Celia y Margarita,
Ante el mío su paso detuvieron,
Y en pos de ellas Perdita,
Titania, Alice y Viola,
Con angélica aureola
Que á Miranda alcanzó, se aparecieron.

XXI

De todas ellas, filtro misterioso
Que al mustio corazón embelesaba
Vi correr abundoso;
Y al apurar sediento
Ese licor, momento
Hubo en que en fuego vivo me abrasaba.

XXII

Pude así retratarlas inmortales,
Del edén escogidas de mis sueños,
De encantos celestiales
De más felices días,
Con llantos y alegrías
De amores mezcla, ó tristes ó halagüeños.

XXIII

Y cuando tropezaba perseguido
Por la calumnia que la envidia mueve,
Grato y suave á mi oído,
Armónico y sonoro,
Llegaba hacia mí el coro
De aquel grupo gentil, con paso leve.

XXIV

De Yago la infernal innoble intriga,
De Ricardo Tercero infame el crimen,
Todo aquello que obliga
Al horror por lo odioso,
Terrible y espantoso
Que vi del mundo al acercarme al limen,

XXV

Todo pasó cual negra pesadilla
Que luego cede al despertar sereno;
La injuria no mancilla:
Es tormentosa nube
Que á las regiones sube
Donde el rayo deshácenla y el trueno.

XXVI

Si de mi corazón hecho pedazos
Despréndese una vívida enseñanza,
Veré en ella los lazos
Que me atarán al mundo;
Y en eso sólo fundo
La vida que en la muerte el genio alcanza.

XXVII

Generosos amigos que me abrieron
Con cariño sus brazos, no faltaron;
Porque ellos nunca vieron
En mí negra falsía,
Y antes bien la porfía
Del afecto exceder con que me honraron.

XXVIII

María Ardén, la que fué mi madre santa,
Desde su seno y en la humilde cuna,
Aquello que levanta,
El corazón expande
E impele hacia lo grande,
Me dió por norte de humanal fortuna.

XXIX

Ni un solo fanatismo en pie he dejado:
Jamás mi lengua traicionó mi mente;
Y siempre he rechazado
El dogma religioso
Que en manos del odioso
Sectario, fué de iniquidades fuente.

XXX

Al librepensamiento rendí culto,
Y volqué transparentes maldiciones
Sobre el cuerpo insepulto
De tradición nefaria
Que envuelve en su plegaria
El veneno de mil supersticiones.

XXXI

Si alguna vez se oyó mi carcajada
De impúdico bufón entre los labios,
No fué de vil mesnada
Buscando la alegría,
Sino que yo quería
Con el sarcasmo herir torpes agravios.

XXXII

La risa es también arma de combate,
Y el grotesco Falstaff un buen soldado
Para final remate
De toda inmunda brega:
La burla á veces pega
Más fuerte que el consejo razonado.

XXXIII

Y así seguí mi ruta, palmo á palmo
Luchando por el pan de cada día;
Así entoné yo el salmo
Del trabajo fecundo;
Ni débil ni iracundo
Me viera nadie en la penosa vía.

XXXIV

Y al fin triunfé, que en la mundial batalla
El lauro es para quien no desespera,
Y resignándose halla
Que del perseverante
Es el supremo instante
Que empuja hasta la cima en la carrera.

XXXV

A mi Patria la herencia de mi nombre
Le dejo como bronce duradero.
Quizá algún día asombre
Lo que revela mi obra,
Si con los siglos cobra
Amor y admiración del mundo entero.

XXXVI

Presuntuoso sarcasmo en mí sería
De esperanza este mar en que me baño,
Recóndita osadía
Y orgullo desmedido,
Si todo presentido
No fuera sin soberbia y sin amaño.

XXXVII

Como águila condal que en raudo vuelo,
Al hondo abismo con sus alas reta,
Yo, libre de recelo,
Mis triunfos he confiado
Al eco delicado
Del batir de mis alas de poeta.

XXXVIII

Siento dentro de mí vago un destello
Que mis noches insomnes ilumina;
Lleva un augusto sello
Que vive extranatura,
Se extiende y vibra y dura
Como una luz de inspiración divina.

XXXIX

De la posteridad, juez justiciero
Que un nombre borra ó á vivir lo llama,
Tranquilo el fallo espero.
Si algo que vale encierra
Mi obra, será á Inglaterra,
Madre querida, que honrará mi fama.

XL

Si el renombre me brinda sus halagos,
Harto caro pagué yo ese renombre.
Y en los días aciagos
De juvenil incuria
Y de tenaz penuria,
Que yo fuí más feliz, á nadie asombre.

XLI

Mi vida, entonces llena de ilusiones,
No encontraba á su paso ni una espina.
Y nunca las pasiones
De malquerencia extraña,
Su ponzoñosa saña
Me lanzaron con saeta viperina.

XLII

¡Volad memorias de lo malo y bueno,
Que de mi vida entretejéis el hilo!
Mis deslices condeno,
Que vil escoria es duro
Mezclar con oro puro
Cuando me acerco ya á mi último asilo.

XLIII

¿Encontraré en mi hogar siempre constantes
Aquellas afecciones de otras horas?
¿Todo será como antes
Expansión efusiva,
Que repercuta y viva
En frases de cariño seductoras?

XLIV

Y vosotras las que dejé yo niñas
Como alegres y cándidas gacelas,
Corriendo en las campiñas,
De amor filial ferviente
Poned ahora en mi frente
El beso que me dabais de chicuelas!

XLV

Reciban con amor al peregrino,
De la infancia y la escuela afectos viejos!
Ha andado su camino
A veces extraviado,
Y el corazón helado
La lumbre del hogar buscó de lejos!

XLVI

Pero... ya este monólogo parece
Un lamento sin fin: necia tarea,
De alma que desfallece!
No es flaqueza mi acento:
Es amargo el contento
De saber que á morir vengo á mi aldea.

1887.

ARPEGIOS

I

Como las gotas que la lluvia vierte,
O el suspiro del viento entre las hojas,
Como algo natural é inevitable,
En lágrimas mi versos se transforman!

Cual un rayo de luz á veces brilla
Una esperanza; ¡deliciosa nota!
Pero pronto la apaga el desencanto
Y de la mente los ensueños borra.

Rueden entremezclados con mis ansias,
Los espejismos de color de rosa...
¿Que duran poco? Al corazón herido
Volver á su amargura ¿qué le importa?

II

¡Corrí tras ella enardecido, loco!...
Y rechazó mi afecto juvenil;
Algún tiempo después llamó á mi puerta
Aun más hermosa que celeste hurí.

¡Su vista me hizo mal!...Siguió el camino
De su lóbrega noche, hasta que al fin
La devoró el tenaz remordimiento
De la herida que en mi alma llegó á abrir!

III

Yo he podido mirarla cara á cara,
Tranquilo en mi conciencia;
Pero ella ¡vive Dios! ¿por qué se expone
A que sin corazón mi alma la crea?

¡Ah! torpe ingenuidad de este delirio
Que incauto me enajena!
Amor es corazón, cariño es alma,
¿A qué buscarlos en la fría piedra?

IV

No es el terror de la feroz batalla
Que en la vida me espera,
Lo que me labra y que en mi pecho infund
Esta inquietud secreta.

¡Para los hombres el valor me sobra!.
¡Venga la ardiente brega!
¡Es ella, la que adoro, á la que temo
Si falta á su promesa!

V

Has hecho bien: veinte años...estudiante...
¡Cuestión de porvenir!...
Y el otro con sesenta y con sus miles
¡Cómo hace ya tu juventud lucir!

Tienes de todo: coches y caballos
Y palco y recepción
Y flores á granel, música y baile,
Para llenar de viento un corazón.

Te felicito: á tiempo he conocido
A do tus gracias van:
Al verte con tu amo el otro día,
Me dije: «por dinero baila el can».

VI

Porque te quise mucho,
De mi pasión esclavo,
En el inmenso amor que me juraste
Para mí tuve el galardón más alto.

Y luego tus desdenes,
Hiel de mi bien soñado,
Han sido el premio de mi afán constante,
La realidad de aquel ensueño vano!

¡Oye! ¡voy á vengarme!
Lo haré por quien me llamo...
Pienso á mi incauto sucesor decirle:
Por cortar hay en esta aún mucho paño!

VII

Es largo el inventario
De sus caricias, vasto
El íntimo programa
De su copioso llanto.

Lo pretextó una ausencia
En que caí de incauto,
Sirviendo mi partida
Para un infame engaño.

Mas me excedí á mí mismo
De vuelta; sin trabajo
Saqué de sus mentiras
De la traición el rastro.

¡Fué toda mi venganza!
¡¡Amarga en este caso!!
Que había descendido
La niña, tan abajo,

Que hoy mismo la memoria
De un día haberla amado,
Es todo lo más triste
Que en mis tristezas guardo!

VIII

Cruzó cual un meteoro
En la noche fugaz de la pasión!
Secos los labios y el cabello suelto,
Como un fantasma para siempre huyó!

¿Por qué la llamaría,
De nuevo á arrebatarme en su furor?
No: que un recuerdo vago, indefinible,
De hastío, envuelve aquel eterno adiós!

IX

Yo que confieso lo que te he amado,
Sin ocultarte que mis canciones
Fueron el eco desesperado
De mis tremendas
Rudas pasiones,

Hoy reconozco semilloroso,
Deshecho, errante, mustio y marchito,
Mas de ti libre, que amo el reposo
De un cura alegre,
Gordo y contrito.

Mucho he cambiado; no te lo niego:
¡Que nadie á cuentas jamás nos llame!
Te he recordado, porque hoy un lego,
«Suelto el buey, dijo,
¡Qué bien se lame!»

X

De tus palabras nunca me he olvidado;
Pero deben de ser de las que matan:
De la entrevista retiréme enfermo,
Y aun guardo cama!

XI

De toda mi experiencia saco en limpio,
Que lo peor es tentar la realidad.
Hiciéronme feliz dulces ensueños
Y quererlos palpar me fué fatal!
La ciencia me lo explica
Como herencia que viene muy de atrás,
Envuelta en los perfumes deliciosos
De la manzana del incauto Adán.

XII

Siempre estás ante mí visión que llegas
En los insomnios que á mi noche afligen,
Para avivar del bienestar perdido
Dulce memoria cada vez más triste!. .

Fuera el olvido sin igual consuelo!
Acerbo mi dolor así lo exige;
Mas tu imagen flotando ante mis ojos,
Proclama que olvidarte es imposible!

Nunca se aparta de mi incierta huella,
Tu errante sombra que mis pasos sigue;
Jamás respiro de la brisa amiga
Sin que un eco de tu alma no me infiltre.

Nadie sabrá quién eres. Profanado
El secreto creyera que en ti vive,
Si por un labio que no fuera el mío
Supiera que tu nombre se repite.

Imposible salvar es el abismo
Que profundo por siempre nos divide;
Ni aun la esperanza de volver á verte,
Ni aun esa, por lejana, me sonríe!

¡Ay! sigue tu camino... que yo sigo
Aquel que con crueldad tú me impusiste:
¡Es de espinas!... En cambio yo deseo
Que pena alguna tu existencia agite...

XIII

Tenue la luz de la lejana estrella
Remeda lumbre del traspuesto sol.
Y el recuerdo también, débil antorcha,
Alumbra apenas la ilusión que huyó!

Reminiscencia que jamás consuela,
Ni viene nunca de la dicha en pos:
Es un rayo de luna que titila
Sobre una ruina su sutil fulgor!

Memorias quejumbrosas de otros días,
Esperanzas que el tiempo arrebató!
Al menos vuestros pálidos cendales
Cubran la juventud del corazón!

XIV

Hondos suspiros,
Voces de anhelo,
De desconsuelo,
De pesadumbre
Los ecos mil,
Por el espacio
Cruzan ligeros.
¿Son mensajeros
De hondos pesares
Que no hallan fin?

¿Todo es sombrío?
¿No lucen días
Con fantasías
Que espejen dulce
Felicidad?
¿Dichas y penas
Van confundidas?
¿Gotas perdidas
Son en las ondas
De ancho raudal?

¿Todas son dudas
En la existencia?
¿Y hasta la ciencia
Avara oculta
Su etérea luz?
¿Y en sus enigmas,
A la esperanza
Si incauta avanza
Envuelve luego
Con negro tul?

¡Esa es la vida!
Entre aflicciones
Las ilusiones
Ve como sombras
Desparecer!
Cual hojas secas
Que arrastra el viento,
Como un lamento
Que el alma exhala,
Perdido el bien!

Mas nada iguala
Como tributo
De acerbo luto
Al desencanto
Del corazón!
Que cuando él clava
Su garra impía,

Desde ese día,
Perpetua fuente
Le abre al dolor!

¡Adiós, entonces,
Gratos concentos,
Tiernos acentos,
Fieles arrullos
De amor feliz!
Se vuelve el pecho
Un hondo abismo
Y á un tiempo mismo
Sus mil ensueños
Siente morir!

XV

Los místicos que creen en el infierno,
Y hallan muy conveniente que el precito
En la hoguera, después de sepultado,
Sufra eternal castigo,

No saben que el infierno está en la vida
Con sus mil elementos de martirio,
Y que antes de torturas de ultratumba,
Aquí se alzan suplicios.

Por todos he pasado; y al que quiera
Conocer infernales atractivos,
Mis derechos le cedo á la que un día
Me honró con su cariño.

XVI

No entiendo de los dos cuál el que gana
Es, en el juego actual;
Que me engañas lo sé; no te lo he dicho,
Mas léolo en tu faz.

El estileto envuelves entre flores
Con insidioso afán.
Abandona esa negra alevosía,
Hiéreme sin piedad.

La comedia ya es drama: en él ocupe
Cada uno su lugar.
Conócese la víctima; ¿el verdugo
Sabes tú dónde está?

XVII

La locura por razón
Puede tomar sin afrenta,
El que siente la tormenta
De amor en su corazón.
Porque el amor es traición,
Engaño vil, felonía,
Burla sarcástica, impía;
Y el que de esta mezcla impura,
En vez de razón locura
No saque, ¿mortal sería?

XVIII

Sin forma, ni color, ni voz, ni peso,
Mis pasos sigue y por doquier me acecha,
Aun al sellar su amor ardiente, un beso,
Fatídica una sombra: la sospecha!

Que me tortura aleve y aniquila
Así que yo me alejo de su lado;
Y cerca de ella el corazón vacila,
Tranquilo nunca, y menos resignado.

¿Qué luz disipa de esa negra duda
El torcedor terrible en que me agito?
¡Mudos sus labios, mi esperanza muda!
Mi horóscopo es fatal: ¡estaba escrito!

XIX

Si es que discurro en verso... ¡Cuánto cre
En mi pecho, vivaz arde la llama
Del culto á Dios y el inefable culto
De la mujer amada;

Pero en la prosa burda de la vida,
En que la Providencia es mi madrastra,
Y en que peor que madrastra es la que ado
Del fondo de mi alma,

No puedo ser creyente, y á la fuerza
Habré de lamentar en prosa llana,
Que sean el amor y el Dios del cielo
Consolación escasa!

Lástima es no vivir de poesía,
Música celestial que nos levanta,
Y al dulce ritmo de la lira acoge
Todo ensueño que pasa!

XX

Fué un día de locura.
¡Qué inmenso aquel deleite!
Es pena que no tuvo los efluvios
De un aroma perenne!

No eterniza deliquios
La vil materia inerte;
Pero un remordimiento, íntima angustia,
Nos mortifica siempre!

Brevísimo un suspiro
Fué aquel júbilo aleve;
Mas sempiterno, la conciencia muda,
Nos remachó un grillete!

XXI

Mis ilusiones se fueron
Y las dudas me rodearon.
¡ Es natural ! Se murieron
Las rosas, pero dejaron
Las espinas que me hirieron.

XXII

Si el odio en mí cupiera, quizá te odiase;
Si supiese vengarme, me vengaría;
Y si fuera posible que yo olvidase,
Te olvidaría !

Pero no hallo el remedio de tus desdenes.
Que me resigne, dices, como á su pena
Mísero esclavo ! Sea; pues ya me tienes
En tu cadena.

XXIII

Tú lo sabes: aliento soñando;
Tú lo sabes: mi vida es pasión;
Yo no vivo en el mundo; me aduermo
Arrullado sintiendo tu voz.

Si despierto, mi bien, ¿ qué me espera ?
¿ El deleite ? ¿ El acerbo dolor ?
¿ Una noche de obscura tormenta ?
¿ La batalla de un día sin sol ?

No me traigas de nuevo á la vida,
Si en mi cielo ya no eres mi Dios,
Y en mi lecho de mísera muerte
Sea tu sombra funéreo crespón.

XXIV

No creo en los milagros; mas contrito
Me declaro creyente desde luego,
Y confieso cuando hay como un precito
En el infierno de horroroso fuego,
Si oyera yo de tu conciencia el grito
En la lucha tenaz de que reniego,
De que veinticuatro horas han pasado
Sin tú haberme otras tantas engañado.

XXV

Recordar, dice Dante,
En horas de desgracia,
Otros tiempos felices,
Es el mayor dolor que llegue al alma.

Pero siempre he pensado,
Que también es nefasta,
Del infeliz la vida
Que del pasado ni un recuerdo halaga.

XXVI

Si oyes decir que he muerto, puedes creerlo,
Pues hoy mismo no sé yo si estoy vivo;
Que es á veces la tumba de la tierra,
No tan honda como es la del olvido....

XXVII

Mi memoria es espejo que refleja
El vasto panorama de mi vida;
Pero á veces me espantan y atormentan
Los mil recuerdos que ante mí desfilan.

Yo quisiera quebrar con rudo golpe
El cristal que al pasado me aproxima;
Y tranquilo me viera, si el espejo
De mi mente, pudiera yo hacer trizas.

XXVIII

Quejas del arpa eólica
Suspiros son del viento:
Siempre variable; que él jamás exhala
El mismo són halagador y tierno.

Como esa arpa que cuelga
Sin saber el secreto
Del aura que á ella confiará su cuita,
Yo ignoro el rumbo que en mi vida llevo;

Pero sé que no sopla
En bien de mis anhelos,
Ningún viento constante que me traiga
Dulce presagio de destinos nuevos.

XXIX

La música es lenguaje
Para los escogidos.
¡Pobres los que no sienten
El goce de su ritmo!

Que si hay algo en el mundo
Que quepa hallar divino,
Es la armonía excelsa
Que el genio da al sonido.

XXX

Satisfecho un capricho se desfloca
Maldiciendo el que fué deseo vehemente;
Saciedad de un momento febriciente,
Que engrandeció, fugaz, una ilusión.
¿Por qué correr tras el fantasma errante
De un placer que se escurre al alcanzarlo?
Para ese afán en germen sofocarlo,
Habría que matar al corazón!

XXXI

Contra su orgullo inmenso
Me defendí á mi modo;
Y el resultado fué que yo quedase
Dentro de mi alma más que nunca solo!

Han pasado los años,
Y con fervor adoro
De mi primer pasión aquel recuerdo,
Que no acierto á saber si es pena ó gozo.

XXXII

Cuando partí, con llanto
De angustia me decía:
«Que estar de mí alejada
Le iba á costar la vida».

Pero á la noche un baile
Fué bálsamo á su cuita,
Sus lóbregos pesares
Trocándolos en dicha.

Un bobo alegre, de esos
Que pronto se conquistan,
De azahares á su frente
Le conversó en seguida;

Y cuando, ya marido,
Con finura exquisita
Me presentó aquel bobo
A la que amé yo un día,

Ella, sin inmutarse
Me dijo: «Su visita
Espero, pues he sido
Alguna vez, su amiga».

Quedé al principio absorto
Ante esa frase cínica:
Mas luego pensé y dije:
¡Qué comedianta eximia!

XXXIII

El viento en las palmas suspira sus quejas,
La luna sus rayos titila en el mar,
Las olas murmuran besando las playas,
Y alumbran los astros del cielo el altar.

Los ríos espejan cambiantes de nácar,
Las nubes envuelve fulgente arrebol,
Y se abren las flores del campo risueñas,
El beso esperando del próximo sol.

Ambiente propicio la vida regala
De dulces encantos con gracia gentil;
Pero á mí no llegan ni flor ni perfume,
Ni un soplo siquiera del aura sutil.

Yo vivo en la noche que eterna se cierne
Y cruda entenebrece mi juventud.
Sin *ella* á mi lado, mis días devoran
Penas amargas, temor é inquietud!

XXXIV

Yo he sido siempre tuya,
De otro no soy ya digna;
Pues que mi juventud y mi alma entera,
Yo te entregué con la efusión más íntima.

Y luego con sonriente
Diabólica malicia,
Dijo: «El primero en mis halagos fuiste;
¿Qué te importa después de otros la dicha?

Sacude ese egoísmo
Que tu ánimo contrista,
Y deja que de amor una limosma...
Alcance al que también la necesita.»

Le contesté: «Borrarme
Puedes ya de tu lista;
Jamás aspiré yo á ser pordiosero;
Y renuncio á las sobras que me brindas»!

XXXV

Como cisne que nada en azul lago
Que la luna plateada
Argentó con sus rayos peregrinos,
Así navegó mi alma,

Hasta que por mi mal llegué á quererte,
Tornándose en borrasca
Aquel encanto dulce en que mi vida
Feliz se deslizaba.

Vuélveme al lago azul, á la dulzura
De la quietud que halaga,
En el bosque con la canción primera
Que la calandria ensaya,

En el mar con los astros que reflejan
La bóveda estrellada
Sobre las aguas verdes que murmuran
Acentos de esperanza,

Y aquí en mi corazón con la promesa
Que el despertar aguarda
De una pasión que á otra pasión responda,
De aquellas que levantan

A la etérea visión de luz y gloria,
Que en el pecho retrata
Lo inmenso de un amor inextinguible
Que una existencia abarca.

XXXVI

Las olas del mar se encrespan
Rizadas por viento duro,
Como en mi pecho se yerguen
Las pasiones en tumulto.

Pero del viento la calma
Convierte al mar, antes rudo,
En lago terso y sereno
De dicha y de paz refugio.

A la pasión desbordada,
Dique no le pone el mundo,
Que pueda ni reprimirla
Ni desviarla de su curso

Mas si desataste en mi alma
Un afecto que fué tuyo,
Y reprimir no es posible
Por medio humano ninguno,

Con tu corazón imprímele
La vehemencia de un conjuro,
En que sean dos oraciones
El eco del mismo culto.

No permanezca un instante
Tu pecho á mi ruego mudo,
Y la pasión hoy aislada
Convierte en afecto mutuo.

XXXVII

¿Qué queda de aquel idilio
Tan lleno de fantasías,
De esperanzas, de ilusiones,
Y de palabras perdidas?

¡Nada! El ruido de los besos
Que en el viento se desliza,
No duró más que el encanto
De aquellas horas de dicha!

¡Todo pasó! Fué una noche
En que la embriaguez sentida
De un amor más que imposible,
Engañó tu alma y la mía.

¡Erramos ambos! Ni agravios
Trájome tu fe sencilla,
Ni empañé yo tu cariño
Con voluntaria falsía.

Y acaso los espejismos
Recordando de la vida,
Lloras que fuesen tan breves
Aquellas nuestras caricias . .

Yo por mi parte me digo:
Pasajeras ó furtivas,
De una noche inolvidable
Renuévense las sonrisas.

XXXVIII

La aurora á las estrellas
Apaga sus fulgores,
Y airado cierzo impide
Los campos alfombrar
Con esmeralda; y mata
De las fragantes flores
Perfumes, lozanía,
Matices y colores,
Como huracán que arrecia
Su calma quita al mar.

En mi pequeño mundo
De locas fantasías,
He visto mis ensueños
Tratados con rigor,
Trocándose por siempre
Mis más felices días,
En horas que alejaron
Mis dulces alegrías,
Para el fantasma eterno
Mostrarme del dolor.

XXXIX

Puse en ti mi esperanza, el pensamiento,
A impulsos de mi amor;
Tus desvíos mataron mi esperanza:
El pensamiento no.

De un árbol, cuéntase que afila el hacha
Que cruda derribó
Su tronco, con mil ramas rebosantes
De plácido verdor.

Las ramas que se secan con el golpe
Que todo lo tronchó,
Jamás se quejan de la incauta savia,
Numen del filo atroz.

Como una de esas ramas que ha seguido
La suerte que tocó
Al tronco añoso, así por siempre queda
Mi pobre corazón.

XL

Tú me hiciste feliz un solo instante!
Has sido ave de paso
Que saludó una aurora
De clima extraño en jubiloso canto.

Dulce un recuerdo que al partir dejaste,
En mí volcó su halago;
Estela fugitiva
De que empiezo á perder ya el gentil rastro

No he de volver de nuevo, no, á estrecharte
Ansioso entre mis brazos;
Y tu imagen en mi alma
La luz apenas es que espeja un lago.

¡Ah! ¡qué eternales esas horas fueran
Que cruzan como un rayo!
¡Flores que se deshojan
Al más leve y sutil aéreo contacto!

XLI

De la vida el invierno, ¡qué crudo!
Si del alma las nítidas alas,
En su ensayo primero se hielan,
Hundidas en cieno mezclado de escarcha.

No verá nunca su primavera,
La que del cierzo próvida se alza,
Corazón mudo siempre aterido
Que el fuego no calienta de la esperanza.

XLII

No sé cómo ha afrontado mi mirada
Rebosando dolor,
Después de aquella escena malhadada,
Mezcla de ira y rencor,

En que rompió traidora la promesa
Que jurara cumplir,
Cuando arrulló en sus horas de terneza
Mi fe en el porvenir.

Mi presente es el árido desierto
En que muero de sed;
En el ala ave herida en campo abierto
De un tigre á la merced.

Tu vanidad pregone la victoria
Que obtuviste de mí:
Hay triunfos que envenenan la memoria:
Esos son para ti!

XLIII

El crepúsculo ya se aproxima;
Vuela el pájaro alegre á su nido;
El silencio al bullicio sucede
Y el ambiente susurra tranquilo.

¡Si pudiera también sosegado
Mantener mi recuerdo y cautivo,
Y soltarlo tan sólo cuando ella
De mirarme se diera el capricho!

¡Mas no cabe en mi pecho amoroso
Semejante imposible dominio!
Yo la veo de noche y de día
Por doquier que mis ojos dirijo...

Y aun durmiendo su faz yo dibujo,
Que soñando también yo la miro,
Solo ignoro si tantas visiones
No me ocultan terrible un abismo.

XLIV

Volviendo alegre de un viaje
Quise pasar por su casa;
Evocar dulce un recuerdo,
Quizá verla en la ventana

¡Mas todo había cambiado!
No era aquella su morada,
Ni aun hubo quién me dijera,
Dónde podría encontrarla!

Seguí mis pasos errante
Por calles desiertas, largas,
Y de volver pronto á verla
Perdía toda esperanza,

Cuando un niño que corriendo
Se dirige á una explanada,
Tropieza y cae junto á un coche
Que por poco lo arrollara.

Una mujer, como un rayo
A detenerlo se lanza. . .
Fáltale el tiempo: del trance
Yo soy quien al niño salva.

La miro; me reconoce;
Se pone trémula y pálida;
Porque ve en aquel momento
La amargura que me labra!

Si procuraste olvidarme,
La dije, tu intento falla;
Que desde hoy mi nombre unido
Va al hijo de tus entrañas,

Al hijo que también mío
Debió de ser, si tu alma,
No fuera el infernal antro
Que engendró traición nefanda!

Quiso contestar; no pudo...
Y al saltársele las lágrimas,
Cayó por un cruel desmayo
Histérico, desplomada.

XLV

¡Qué negros son tus ojos!
¡Qué ardiente es tu mirada!
Lo sé: no hay en el mundo
Ojos como esos que á un abismo arrastran.

¡Ah! sí, á un abismo obscuro,
Que atormentando mata,
Que atrae y que enloquece
Y con celajes pérfidos engaña.

Yo he penetrado donde
La lobreguez dilata,
Una angustia que aun dura
Cuando ya tu pupila amor no radia.

Tu corazón es antro
Mortífero, que apaga
La esperanza, el ensueño
Con que de tu mirar el fuego abrasa.

XLVI

« Hasta mañana, » decía,
« Mi querido, hasta mañana:
« Ya se vislumbra cercana
« La aurora de un nuevo día. »

Y así gozaba á su lado
Horas de feliz destino.
Hoy es otro mi camino:
No de flores alfombrado!

« Hasta mañana » . . . ¡un recuerdo!
« Jamás te veré » . . . ¡el presente!
¡Sombras que nublan mi frente!
¡Memorias en que me pierdo!

Sigo mi ruta aturdido
Y de un idilio pasado
Un eco en mi alma ha quedado:
« Hasta mañana, querido! »

XLVII

Te devuelvo las cartas
Con que feliz me hiciste;
Y también las reliquias
Que en un día de amor, loco bendije.

De tu cabello el rizo,
Generosa permite
Que para mí lo guarde,
Como algo que por mío siempre quise!

¡Yo lo besé en tu frente!
Y cuando ¡joya insigne!
Deseaba conservarlo,
Para mí de tu sien lo desprendiste!

Me pertenece. Mustio
Lo miro y no me aflige!
Aun exhala un perfume
Que al agravio que me haces sobrevive!

XLVIII

Entre risas sarcásticas y crueles,
Me ha referido ayer quien es tu amiga,
Que á mis cantos á ti, diste lectura,
Y que aun duró la risa,

Mientras te preparabas muy devota
Tus preces á elevar en la vecina
Iglesia, en que recorres tu rosario
Temerosa y contrita.

De ese amuleto contarás las cuentas
Con el respeto con que lees mis rimas.
¡Está fresco tu Dios si cree en las preces
Que tu unción le dedica!

Tu Dios, mi amor, lo que sería grande,
En la región sublime en que se agita
De la sinceridad y el sentimiento
Fervor que dignifica,

Murió en tu corazón ya para siempre!
En ese corazón que nunca vibra
Ni por lo que has fingido ser tu credo,
Ni por la pasión mía!

XLIX

Vi un tinte de tristeza en su mirada,
Y mucha palidez en su semblante;
Y dije para mí: «Mala pasada,
Le ha jugado á esta pobre algún tunante»;

Mas si á la inversa fuera, estoy seguro,
Que el placer del engaño y la falsía,
Expresión dieran de deleite impuro
A su faz, y á sus ojos alegría!

L

Las glorias y los dolores
De mi tierra he trasuntado
En versos que ora son himnos
Ó son páginas de llanto!

Y cuando mis pobres rimas,
Alcanzan algún aplauso,
Yo siento que me conmueve
Indefinible un halago;

Que es mi laurel más insigne
Ser intérprete en mis cantos,
Del orgullo ó de las penas
De mi pueblo en su amor patrio!

LI

Ante Beatriz y Laura,
Embebecidos en la dulce imagen,
Absortos se postraron
Con inefable amor Petrarca y Dante!

Fué un afecto tan puro
El de ambos, que en el mundo no renace
El misterioso símbolo
De sus dolientes, místicos romances.

Mas ¡ay! los eruditos
Que de antiguos idilios algo saben,
Con razones convencen
De que á Laura y Beatriz jamás vió nadie;

Y efigie ideal tan solo
De ellas envuelve con sutil encaje,
El nombre que les teje
El gemido inmortal de los dos vates.

Esa efigie perdura,
Y brilla cual la estrella de la tarde,
Para velar un sueño
Que del edén, al despertar no arranque!

Tuvieran esas diosas
Tan adoradas, humanal esmalte!!
Ni Dante ni Petrarca
De su intensa pasión dieran la clave!

Pero Beatriz y Laura,
Sólo en el mundo de las sombras caben!.
Si hubiesen existido
Locos volvieran á Petrarca y Dante!

LII

¡Venid, mis amigos!
¡Rodeadme en el lecho!
¡Que al menos expire
Envuelto en afectos!

¿Por qué no viene ella
A ver cómo muero,
De un rayo de luna
Al postrer reflejo?

¿Por qué no concede,
Corazón de hielo,
Fugaz ese alivio
A mi duelo intenso?

¡Si acaso la viese!
¡Y aun sin darme un beso,
Siquiera rozara
Mi sien su cabello!...

Creyera un instante
Que se oye del cielo
La última plegaria
De mi amor terreno!

¡Mas nada! ¡No acude!
¡Su mortal desprecio
Pone á sus crueldades
El último sello!

¡Venid, mis amigos!
¡Rodeadme en el lecho!
¡¡Más!! ¡Visión odiosa!
¿Delante qué tengo?...

¡Amigos ¡ay! no hallo!
¡Los busco!...¡Se fueron!
¡Deudos sólo quedan
Por ver si algo dejo!...

¡Ay! mi último rayo
De luz, es espejo
De un mundo fangoso!...
¡Ya de él huir anhelo!

¡Huérfano! Vendido
Por la que amé ciego.
La vida no vale
Vivir que yo llevo!

¡Oh muerte! ¡te adoro!
¡Mi amiga! ¡Ven presto!
¡Despliega tus alas,
Atiende mi ruego!

LIII

¡Ah! no me tomes por malicioso
Si he descubierto tu afán doloso!
Mi buena estrella
Ya de la huella
Logró apartarme que sigues tú.
¡Debo dejarte! Nada me obliga
A que tus vueltas sinuosas siga,
Si recto ó tuerto
Tengo por cierto,
Que harás conmigo tú raya y cruz!

Juzgo, por tanto, muy conveniente
Que yo á tu gracia resplandeciente
Sin más renuncie,
Antes que anuncie
Tu voz crueldades del corazón!
Así, querida, te eximo ahora

De la promesa que, embriagadora,
Ha tiempo hiciste.
Y alegre ó triste,
No lo sé, acepta mi último adiós!

LIV

Soy la mísera esclava
Sumida en sus tristezas.
Comprada en el mercado
Como inconsciente bestia.

Y en tanto, yo subyugo
Con mi pupila negra,
Al amo que me impone
La servidumbre eterna.

Él en esclavo truécase,
Que arrastra su cadena;
Y mi desdén constante
Lo sigue y atormenta!

¡Ah! que no espere nunca
Sonrisas; ni siquiera
Esa mirada dulce
Con que el amor empieza!

En un hondo gemido
A veces se condensa
El llanto desolado
Que empapa una existencia!

La esclava, en el infame
Que su cariño anhela,
De su asolada raza
Ha de vengar la afrenta!

LV

Un alegre estudiante que adoraba
A una mujer ideal,
Sin motivo ninguno, muchas veces,
De palos daba á un can.

Enfermóse un buen día el estudiante
De extrema gravedad,
Sin que á la novia cerca de su lecho
¡Ay! se viera jamás,

Pero al perro del lado de su dueño
Nadie pudo arrancar.
Y cuando vino el desenlace crudo
Del sueño sepulcral,

La novia asistió á un baile, rebosante
De alegría su faz,
Y el perro fué la lápida de su amo
Desolado á velar.

Poco después, en apacible tarde
A un cementerio van,
Una mujer y un joven que en las redes
De ella se ha envuelto ya.

Junto á una tumba pasan donde á un perro
Acaba de matar
El dolor en que de su amo lo hundiera
El recuerdo tenaz.

Y exclama ella, leyendo el epitafio:
«Yo conocí á ese tal
Ha tiempo. Traeré al perro una corona
Por su fidelidad.»

Y al incauto mancebo, así le dice:
«Si llegas á faltar,
Mi corazón en el doliente perro
Ejemplo tomará!»

¡Oh cinismo, que alientas en las almas
Exentas de piedad!
¡Ocúltate en las breñas en que afilas
Tus dientes de chacal!

LVI

Yó sé por qué Platón desterrar quiso
La poesía que en tan poco estima,
De la República con que él soñara
Despojada del ritmo de la lira.

Ni Aspasia, ni Friné jamás lograran
Con voluptuoso imán atraer su vida,
Ni aun en las líneas de la Venus griega
Vió él al poeta en el cincel de Fidias.

En el ideal que el alma insomne anhela,
La belleza, triunfante, al fin se infiltra.
¡Te hubiera visto á ti!... ¡Platón supiera
Lo que canta al pasar, y es poesía!

Tu busto escultural, tu ebúrnea mano,
El fuego del amor en tu pupila,
El andar de la diva en tu pie leve,
Y tus labios que miel de Himeto liban...

Todo al viejo filósofo enseñara,
Que algo á la Grecia le faltó en su día:
El poema que nace con la aurora,
Y que tú sola al despertar recitas!

Al Helicón ¡oh diosa! perteneces;
Tú tienes tu lugar entre las ninfas;
Y las musas te bordan la guirnalda
Con que adornas tu frente pensativa!

LVII

Fiero dolor, del corazón verdugo,
En lágrimas de sangre lo bañó,
Cuando ella dijo con acento rudo:
¡Olvídame... y adiós!

LVIII

¡Qué mal está en tu pecho
La humilde margarita!
La flor modesta que nació en el campo,
No vive sin el beso de la brisa!

¡Ay! morirá en tu seno
Que es una tumba fría,
Do sepultas la flor del sentimiento
Que te pide calor para su vida!

Sólo á tu pecho cuadra
La flor que el arte imita,
Sin perfume, engañosa de colores,
Y cual tú exenta de sensible fibra!

LIX

La maga de los sueños seductores
Que de la vida se ama en el albor,
Al querer estrecharla entre mis brazos,
«¡Aparta, dijo, tuya no soy yo!. . .»
Y desde entonces, mísero y aislado
La eterna soledad ahogó mi voz.
Me arrastro por el mundo y sobrevivo
A mi muerta ilusión!

LX

En tu jaculatoria,
De místico lenguaje
Noté que entre latines
Mi nombre suspirando pronunciaste.

Pero fué mi sorpresa
Enseguida más grande:
Porque la oración era
La que se reza á los agonizantes!

Al verme, «¡oye! dijiste,
Si por tu mal no sabes:
Que por aquí andan, muertos,
Los que en creer que están vivos se complacen.

¡Eres de esos! Al cielo
Que tu alma nunca llame:
Pues que la fe te falta
En la empírea región tú ya no cabes».

—¡Oh! hermosísima ilusa!
¡Tu amor de mí se apiade!
¡Acógeme en tus brazos
Y el solo cielo en yo crea me abres!

LXI

Por el río flotando van las hojas;
El río hasta la mar las llevará.
Y el insondable abismo las acecha
Con su voracidad!

Mísero, la vorágine del mundo
Fatalmente me impele á naufragar.
¿Dónde voy, quién me guía, por qué sigo
Mi destino falaz?

Es preguntar al ámbito tranquilo,
Por qué de pronto estalla el huracán
Cuando con voz horrenda lanza airado
Su rugido infernal!

LXII

Vi en una mansión muy pobre,
Resplandeciente la dicha,
Y azotando desventuras
El lujo de otra muy rica.

Tal como mi mente inquieta
En el vaivén de la vida;
Opulenta con tesoros
De esplendente fantasía,

Mas mísera de un afecto
Que al ir á alcanzarlo, mira
Borrarse entre los fulgores
Que quiebra un funéreo prisma.

De una visión venturosa
Las alas ya se calcinan,
Y sólo queda el recuerdo
Envuelto entre sus cenizas!

Astros del amor, que pueblan
Las regiones en que brillan,
Iluminen de mis noches
La esperanza que dormita.

¡En la opulencia... mendigo!
¡En la riqueza... la ruina!
Diera todos mis ensueños
Por que ella más compasiva,

Me alcanzase una limosna
De ese cariño que alivia;
Que si no cura, á lo menos
Pone una venda en la herida.

LXIII

Soñaba yo que en el sepulcro helado,
Gemía de dolor ante la escena
De que el sarcasmo de sus carcajadas
Profanaba mi huesa.

Feroz era la mueca y espantosa
Que la angustia imprimió á mi calavera;
Pues me desesperó que la tomase
Por máscara burlesca.

Lacerado ¡ay! me desperté del sueño
Entre sollozos de aflicción acerba;
É iguales carcajadas que seguían
Redoblaban la afrenta.

Su corazón aleve deshojaba
La flor que un día colocó en mi senda,
Y apagaba del cielo de mi vida
La fulgurante estrella.

Si fué mi sueño desolado, horrible,
El despertar volcó aun mayor tristeza.
Mis lágrimas, de un cráneo ya vacío,
Hoy ríen con la mueca.

LXIV

De tu memoria
Borrar quisiste,
Haberme dicho:
«Nunca me olvides».

Y ora pretendes
Que me resigne,
A no escucharte
«Nunca me olvides»,

Mas como un eco
Sutil, te sigue
Voz que suspira:
«Nunca me olvides»,

Que es lo que buscas,
Un imposible.
En mí no cabe
Que yo te olvide.

LXV

¡Escúchame un instante!
Y si llega hasta ti mi voz amante,
Contésteme tu labio:
¿Por qué anida en tu seno
El furor enconoso del agravio?
¿Por qué es que día á día
Viertes como un veneno
La hiel que mezclas tú con mano impía
Al raudal de pasión del alma mía?
Brindas la recompensa
De espinas dolorosas,
A mi ternura inmensa,
Mientras libre tu loca fantasía
Se inunda en el perfume de las rosas.
Mas todo pasa en caprichoso giro,
Leve como un suspiro.
Me rindo á que me puncen las espinas

Y á que dure el aroma que te baña.
Y si febril fulminas
De mi destino rudo el fallo fiero,
Tu crueldad no se engaña,
Que aun desgarrado el corazón, prefiero
Al eco aleve de tu injusta saña
La horrible soledad en que me muero.

LXVI

Si soñar es vivir, ¡cuánto he soñado!...
Si vivir es sufrir, ¡cuánto he vivido!...
Mas sé que en esta lucha
En que al dolor me rindo,

Se va mi corazón despedazando
Tan cruelmente en el áspero camino,
Que al fin de la jornada
Muy poco es lo que exijo.

En el desierto estéril de la vida,
Ansioso y fatigado peregrino,
Sólo el reposo busco
Sólo á una tumba aspiro,

Anónima, sin nombre ni inscripciones,
Rodeada del silencio y del olvido,
Sin que riegue una lágrima
Su misterio tranquilo!

LXVII

Yo quise concentrar en una estrofa
Cuanto tú sabes que me dice tu alma,
¡Me fué imposible! ¡Y tú la estrofa hiciste
Con solo una mirada!....

LXVIII

Como del Plata las rugientes olas
En las rocas se quiebran con furor,
Y se esparcen después en los encajes
De blanca espuma que abrillanta el sol,

Tú dispersaste, cruel, mis sentimientos
Al romper sin piedad mi corazón;
Y han sido ellos la espuma que en las grietas
De las rocas el viento disolvió.

LXIX

¿Me dejarás? Decíame llorosa....
Nadie huye de sí mismo,
Le contesté: tú eres el alma mía
Y... mi alma va conmigo.

LXX

Nunca me oyó ni una palabra sola
De ternura, cariño, ni esperanza,
Y hoy no sé lo que diera
Por hallarla y decirle que me abrasa

Su recuerdo en el fuego voluptuoso
De una voraz, inextinguible llama
Que mis noches devora
Con el pesar de que no supe amarla!....

LXXI

No creo en sus palabras;
Y en sus encantos creo;
Lo que sus labios dicen,
Raudo en sus alas se lo lleva el viento.

Pero poder ninguno
Le arranca su sereno
Imán inextinguible,
Envuelto en dulce angelical misterio!

Será más engañosa
Que cualquier estafermo,
De aquellos que en el púlpito
Ensartan sus eternos adefesios.

Cruzara ella, no obstante,
Sólo por un momento,
Con su libro y rosario
Por los arcos y bóvedas del templo!...

Los beatos y los frailes,
Y los santos de leño
Moviéndose en sus nichos,
Todos ante ella se postraran lelos!

Pues seducciones tiene
Que al más casto dan vértigos,
Y oponerles no cabe
Excomuniones, pláticas, ni rezos.

Es una hermosa estatua
Tallada en carne y hueso;
De corazón carece
Y querérselo hallar es vano empeño.

Me atrae fascinadora;
Temeroso me acerco;
Como á una Venus griega
La admiro embebecido desde lejos.

Pero estando á su lado,
Del corazón el hielo
Tan hábilmente oculta,
Que me abrasa en el fuego de su aliento.

LXXII

La nube nacarada,
Mensajera del cielo,
Sobre la tierra su piedad derrama
Su sed al apagarle
Con el bálsamo dulce de sus lágrimas.

LXXIII

Si mueres joven, tu gentil corona
De azahares, ya marchitos
La arrancará á tu frente alabastrina
El más tétrico esposo y más indigno:
El roëdor gusano
Vil, inmundo y lascivo!

Rozando apenas tu nevado seno,
Con lúbrico cinismo
Buscárase él el lujurioso halago
De estampar en tu labio purpurino
El ósculo que ansiaba
Yo en horas de delirio.

Y en la lóbrega noche, avergonzada,
Sintiendo tú el sigilo,
Con que goza el gusano tu belleza
Al verte suya en el panteón sombrío,
Maldecirás mil veces
Tu prematuro sino.

¿Y allí no pensarás que me trazaste
La vía cruel que sigo;
Y como el ruin gusano, mi esperanza
Y mi fe devoraste á un tiempo mismo,
Hundiéndome en la tumba
Sin fondo, del olvido?

LXXIV

A la sombra funérea de los cipreses,
Apenada acogióse, mustia la lira,
Huyendo de los ruines aduladores
Que prostituida,

Quisieran arrastrarla del despotismo
A que siguiera el coro de la ignominia
Con que en sus salmodias marcan los servile
La nota indigna.

La lira, de las tumbas en el recinto,
Ha de templar sus cuerdas para otros días:
Se aleja hoy de los vivos que tienen muerta
El alma cívica.

LXXV

De pronto me asaltó una extraña duda,
Tan triste y persistente,
Que no pude arrancar su fuerza muda
Del fondo de mi mente!

¿Fué una ilusión? ¿Qué importa en mí el exc
De imaginaria pena,
Si de aflicciones reales con el peso
Está ya mi alma llena?

LXXVI

No me dijo el secreto de su vida,
Ni la horrible verdad de sus pesares;
Las nubes que cargaba con sus lágrimas,
Ocultó entre celajes.

Pero estalló de la tormenta cruda
A raudales su furía amenazante,
Y á la luz repentina de un relámpago
Surgieron claridades,

Que en el fondo del cuadro ¡ay! alumbraron,
Como un remordimiento que renace,
De un muerto acusador en su mortaja
La desolada imagen!

LXXVII

Los ídolos que un día
En mi niñez cercana,
Mi mente refrenaron
Cortándole las alas,

No me fascinan ora.
Mi espíritu, cual águila
Que vuela á su albedrío
Del valle á la montaña,

O ciérnese en las nubes,
O roza ágil las aguas
Del mar embravecido,
Ha dado ya la espalda

A todos los prejuicios,
A todas las infamias
De aquellos fariseos
Que la inocencia engañan.

Mi juventud ya libre,
Enérgica, entusiasta,
En odio á imposiciones
Que la razón rechaza,

Asciende á la más pura
Región donde se exalta
Con gritos soberanos
A la conciencia humana,

Gritos que repercuten
Con ecos que agiganta
El himno de los triunfos
Del campo de batalla,

La arena donde brillan
De la verdad las armas,
Para trozar errores
Que el fanatismo agranda.

Ya el mundo no comulga
Con santos y fantasmas,
Y rompe las tinieblas
De obscuridad arcana;

Ya inútil es la celda
En que la monja exhausta
De femenil encanto,
Murmura su plegaria.

El fraile con sus rezos,
Sin remisión naufraga
En pueblos que al progreso
Saludan en su marcha.

Los niños ya no tiemblan,
Ni al ángel de la guarda
Acuden en sus noches
De pesadumbre y lágrimas.

La leche que los nutre
Les lleva nueva savia,
De madres que no duermen
El sueño de la esclava,

De madres que se alejan
Del humo con que apaga
El perfumado incienso
La lucidez del alma.

La historia, que recoge
En sus sagradas páginas,
La sangre que ha costado
La libertad humana,

Cuando la nube negra
Del cruel pasado rasga,
Exhibe los horrores
De la inmortal jornada,

En que la opresión sella
Del mártir en las ansias,
La redención que empieza
Con sangre en que se bañan

Los déspotas que tronchan
Cabezas, y las llamas
Activan de la hoguera
Que enciende Torquemada.

Si no existe hoy el fuego,
Los hierros se remachan
De una cadena, nube
De atraso: la ignorancia;

Mas en el horizonte
La claridad del alba,
Sus pasos apresura
Por ver de disiparla;

Para en edad remota
Dejarla solitaria,
Proscripta para siempre,
Por siempre sepultada.

LXXVIII

Sin ganar batallas,
Sin rasgar tinieblas,
Vale más el reposo funéreo
De un lecho de piedra.

Cercanas se escuchan,
De furia siniestra,
Voces airadas que desconocen
La más pura enseña:

La de redenciones
Que en horas acerbas,
Befan las turbas en el delirio
De su atroz quimera.

Y el día nefasto
De la estéril brega,
Se dan la mano dos decepciones
Que ¡ay! el alma hielan:

Ver lejano el triunfo
De la causa excelsa,
Y en la derrota sentir al mundo
Que cobarde tiembla.

Mejor inmolarse
Es, ante la afrenta,
Que el laurel verde, del enemigo
Mirar en la tienda.

Fué Bruto patriota
Buscando en la huesa,
El refugio que da la mortaja
De la noche eterna.

LXXIX

He olvidado el fulgor de tu mirada;
No recuerdo tu voz ni tu semblante;
¡Mas aun siento abrasada
Mi boca por tu beso delirante!

LXXX

Al sentir tus palabras melodiosas
Con augurios de amor,
Recordé las espinas en las rosas;
Y que sombras fatales á la vida
Brindan grato frescor,
Como hay frutas do el tósigo se anida
En su dulce sabor.

LXXXI

Desvarías, si en mí temes rencores;
Los buscarás en vano;
Prefiero ser tu víctima
A que el encono brote de mis labios.

De mi vida, yo al áspero sendero
Estoy ya resignado;
No vacila mi planta
Porque pongas tú en él nuevos guijarros.

¡Ah! no ha de ser por mí que jamás viertas
Una gota de llanto:
Y si alguna vez quieres
Un amigo encontrar, busca mi rastro.

LXXXII

Ante mis ojos densa la neblina,
Del amor mío me ocultó la faz.
¡Si yo para mis penas ¡ay! pudiese
Con otra igual neblina tropezar!...

LXXXIII

En las ramas de un sauce de la margen
De un límpido arroyuelo,
El alba saludaba con sus trinos
Más dulces un jilguero.

Allí un terrible buitre lo acechaba,
Que su postrer gorjeo
Con el pavor siniestro de su suerte,
Le convirtió en lamento.

Imagen de la vida desolada
Del poeta, es ese tierno
Pajarillo, que canta con la aurora
Y sucumbe indefenso.

Son himnos al amor y á la esperanza
Los que en grato misterio,
Canta el bardo en los présagos albores
De juvenil ensueño.

Luego esos himnos son las elegías
De su doliente verso,
Cuando penas y lágrimas suceden
Al ruido de los besos.

¿Por qué no rompe de una vez sus cuerdas
La lira sin consuelo,
Ó arranca un monstruo de implacable garra
El corazón del pecho?

La muerte, el idiotismo, la inconsciencia
De la risa del ebrio...
Valen más que al pesar sobrevivirse
Del desencanto eterno!...

LXXXIV

Es ella la misma
Si conmina ofensas,
Que si envuelve en sonrisas de diosa
La traición más negra,

Sólo que en un caso
Dura es como piedra,
Y en el otro promesas suspira
Que escribe en la arena.

¡Ay del que la adore
Si nada recela!
Tenga seguro que entre sus redes
Pierde la cabeza.

En tanto tranquila,
Su corazón ella
Mantiene ajeno á las desventuras
Que en la vida siembra.

LXXXV

¡Cuántos matices la vida
Presenta de vario tono!...
Con la religión algunos
Hacen su agosto!

En la política hay muchos
Que descubren un emporio;
Y en ella al mentir civismo
Prosperan pronto.

Mas... ¡qué repugnante fraude!
Vence á la bondad el dolo,
La astucia á la virtud vence
Y á la honra el oro.

De donde deducir cabe
Que el que reza no es un bobo;
Y el político rastrero
No lo es tampoco.

Y para el pillo que medra
Con rosario ó frigio gorro,
¿Qué es la vida? ¡Ca!... ¡no es nada!
¿La vida?... ¡Un soplo!

De Diógenes la linterna
Acaso encuentre entre el lodo,
La perla que nunca manchan
Farsas ni hisopos!

LXXXVI

Yo sé cuántos dolores se desprenden
De esa tumba que se abre á nuestros ojos,
Y en que viejas cenizas son despojos
De un extinguido amor!
¿Por qué nos encontramos hoy de nuevo?...
El desnudo esqueleto del pasado
Árbol seco es, que el tiempo ha deshojado
Con su fatal rigor!

El culto de cariño y de ternura
Que tú en tu corazón guardaste unido
A un recuerdo inefable que en ti ha sido
De persistente fe,
No puede renacer; es sólo un sueño;
Es cual la flor del aire solitaria,
Sin arraigo en la tierra; es la plegaria
De nuestra tumba al pie.

LXXXVII

No por la mente juvenil é inquieta
Del que su lira pulsa tierno amante,
La duda asoma de que sea inconstante
La mujer de sus sueños de poeta.

Tranquilo el sabio que su afán concreta
A buscar la verdad con fe anhelante,
Desprecia la acritud del ignorante
Que su ciencia y desvelos no respeta.

El guerrero que en pos de altos honores
Al campo de batalla audaz se lanza,
Olvida de la muerte los horrores;

Y es todo, que se eleva quien alcanza
Que amor, justicia, y gloria, eternas flores
Son que en el alma nutre la esperanza.

LXXXVIII

Feliz aquel que en temerarias lides
Bregando insomne del ideal en pos,
Salvar lograse de la sacra enseña
En la derrota el postrimer girón.

Reliquia que almo fuego purifique
De la gloria en el límpido crisol,
Y vuele, de donceles soñadores
En las diestras, al campo del honor;

Y antes luchen ellos, que el desencanto
Les llegue y grite con su helada voz:
Que sólo alumbra el sol de la batalla
Ó un vano empeño ó negra maldición!

TRADUCCIONES

De Cátulo

(DEL LATÍN)

VIII

Á SÍ MISMO

¡Pobre Cátulo! ¡Cesen tus dolores!
¡Se aparta ella de ti! ¡Ya la has perdido!
No la busques, ni llores.
¡Ah! ¡nunca han de volver tus caros días!...
Aquellos en que tierna y arrobada,
Que era el tuyo su amor siempre le oías;
Así que enardecido
«Te amo cual nunca fué ninguna amada»,
Gozoso le decías.
La luz de esos momentos
No alumbra ora tus pasos.
Se va tu amante, huyendo tus abrazos!...
Calla tus sufrimientos,

Pues contra sus desvíos, impotente
Te ves. Tu alma se vista
Con constancia, en la pena que te aflige;
Y no ignore la ingrata que te deja,
Que no habrás de llamarla,
Ni una angustiosa queja
De tus labios oirá; pero ella, el llanto
Que verterá doliente,
Fruto de su traición, correrá tanto
Como las largas noches de la espera
En que de adoradores
Indigente, no habrá quién sus favores
Vaya á solicitar. Y ahora la vida,
¿Qué le reserva? ¡Impenetrable arcano!
¿Quién la habrá de buscar y su hermosura
Reconocer querrá? ¿Quién ha de amarla?
¿De quién será? ¿Y á quién es que sus besos
Halagarán? Y luego en los excesos
De su pasión ardiente,
¿Qué labios morderá con ansia impura?
¡Oh Cátulo! ¡Valor en tu amargura!

De Byron

(DEL INGLÉS)

DON JUAN (POEMA)

FRAGMENTO DEL CANTO PRIMERO

CLXXXVIII

Aquí termina ya el presente canto,
Y no diré cómo don Juan, desnudo
A su casa llegó sin más quebranto,
Merced á que es la noche fuerte escudo
Que escándalos oculta. Y entretanto,
Para saber si don Alfonso pudo
Divorciarse, y saber chismes con creces,
Basta leer los periódicos ingleses.

CLXXXIX

Quien quiera del divorcio en un momento
Conocer los testigos, la defensa,
Las fases del legal procedimiento,
Para atenuar ó condenar la ofensa,
Logrará en más de una edición su intento;
De todas la mejor la dió á la prensa
Garney, que para hacerla, expresamente
Fué á Madrid á estudiar el expediente.

CXC

En cuanto á doña Inés, por que cesase
De hablarse del escándalo con saña,
Y como el mayor que hubo se tomase
Desque huyeron los vándalos de España,
Que á la Virgen María se quemase
Mucha cera, ordenó. Después con maña
Embarcó, de unas viejas por consejos,
En Cádiz á don Juan para muy lejos.

CXCI

Resolvió doña Inés, que fuese su hijo
Á visitar, de Europa las naciones,
Por mar y tierra en viaje muy prolijo,
Que le moralizase sus acciones;
Según refieren, Francia é Italia,—dijo,—
Mucho enseñan á tiernos corazones.
Y Julia que fué puesta en un convento,
Exhaló en estas líneas su lamento:

CXCII

«¡Te vas! ¡Lo sé! Está bien. Sólo al destino
Culpo, y no á ti, de la desgracia mía;
Soy víctima que hallaste en tu camino,
Y con serlo mil veces me holgaría.
Amarte mucho fué, sin plan mezquino,
Mi única seducción. Mancha sombría
De este papel, no es llanto de mis ojos;
Sin lágrimas están, secos y rojos!

CXCIII

«Te amé, y aún te amo. Por tu amor, mi dueño,
Pierdo el cielo, mi rango, mi fortuna,
Y aun el decoro! Y yo bendigo un sueño
Que á las memorias de mi bien se aduna!
Si de ocultar mi falta no hago empeño,
Jactancia no es. Severa cual ninguna
Soy para mí. Llegue ora hasta tu oído,
Que nada te reprocho ni te pido.

CXCIV

«Muy poco cuida del amor el hombre:
En la mujer es la existencia entera;
Todo en él tiende á que su paso alfombre
La gloria que ambiciona en su carrera;
La espada, el mar, el foro, le dan nombre,
Y la iglesia, y la corte, en otra esfera.
Todo lo llama. A la mujer ¡ay! ¡nada!
Su destino es amar sin ser amada.

CXCV

«Tú entre mil goces seguirás, altivo,
Amando y siendo amado. A mí la tierra
Me brinda un porvenir harto aflictivo,
Que en mi vergüenza y mi dolor me encierra.
Sufro, mas tu recuerdo siempre vivo,
Es pasión que mi pecho no destierra.
¡Adiós! Perdón y...¡amor! ¡Cielos!...¿qué dije?
¡Amor!... ¡En vano mi alma te lo exige!

CXCVI

«Débil mi corazón por ti aun palpita;
Mas pronto espero verle subyugado.
La sangre hirviente que mi seno agita,
Es hoy revuelto mar, que alborotado
Sigue aun después que el viento no le irrita.
Óyeme: soy mujer; no te he olvidado;
Ciega á todo, mi vida está en ti solo,
Que tú me atraes como al imán el polo.

CXCVII

«¿Qué más decir?; concluyo con mi carta
Y ¡ay! mi mano á cerrarla se resiste!
¡Podría escribirte tanto!...No se aparta
De tu adiós, el pesar que mi alma viste.
Y si el dolor matase, razón harta
Tuviera de cesar mi vida triste;
Mas la muerte á quien llámala no hiere:
Que viva, y te ame, y por ti ruegue, quiere.»

CXCVIII

Esto Julia escribió con pluma de ave,
En hoja de dorado corte y fina.
Como aguja magnética, su suave
Mano le tiembla, y con la luz no atina;
Pero no llora. Al fin, doliente y grave,
Fija el sello de clara cornalina;
Y el rojo lacre así lleva consigo,
Un girasol y el lema: Voy contigo.

CXCIX

El primer lance en que don Juan se viera,
Queda expuesto. Si el público curioso
Más aventuras conocer quisiera,
Dé al poeta su aplauso generoso,
Que es el favor que con más ansia espera,
Aunque sea un favor muy caprichoso;
Y si este canto aprueba, no halle extraño
Que otras cosas le cuente antes de un año.

(*«Anales del Ateneo del Uruguay», año 1881*).

De Víctor Hugo

(DEL FRANCÉS)

¡Nunca insultéis á una mujer caída!
Bajo el peso ignoráis á qué sucumbe;
Y los días que al hambre ha combatido
No sabéis! Ni qué viento de desgracia
Su virtud quebrantó! Cuántas mujeres,
Largo tiempo hemos visto resistiendo
Y al fin ceder! Sus fuerzas agotadas
Por el trabajo duro de sus manos!
A veces relumbrar se ve en la rama
Gota de lluvia en que brillara el cielo.
Si el árbol sacudís, tiembla la gota
Y lucha: es una perla
Antes de desprenderse: al caer es fango!
La culpa es nuestra: del pudiente el oro!
Mas dentro de ese fango todavía
Existe el agua pura,
Y para que la gota el barro deje
Y perla sea en su esplendor primero,
Basta sólo volver de nuevo al día
Que de sol ó de amor refleje un rayo.

ESPOIR EN DIEU (en Dios confía)

Hállenos la mañana siempre á espera
De la aurora feliz del porvenir!
Esperemos del sol la luz primera,
Con ruegos al Dios pronto á bendecir.

Nuestras culpas nos traen, mi ángel, dolientes;
Mas puestos de rodillas á implorar,
Bendiciendo á contritos y á inocentes,
Dios, al fin, con nosotros ha de dar.

(«*Anales del Ateneo del Uruguay*», *año 1882*).

De Aleardo Aleardi

(DEL ITALIANO)

FANCIULLA, CHE COSA É DIO?

Así que á titilar el firmamento
En la noche comienza, el fulgor sigo
De sus átomos de oro en movimiento,
De sus puntos de plata, «¡Oh luces bellas!
Tened: ¿qué es Dios?», les digo.
—Es «Orden»—me responden las estrellas.

Cuando en estío, el valle, el monte, el prado,
Las márgenes del río, dan abrigo
A las flores que el campo han esmaltado,
Absorto en sus bellísimos colores,
«Hablad: ¿qué es Dios?, les digo.
—Es «Belleza»—respóndenme las flores.

Cuando en mí tu mirar casto rutila
Con la dulzura que en tu faz bendigo,
Consultando la luz de tu pupila,
Del corazón eximia mensajera,
«¿Qué es Dios, sabes?», la digo.
—Es «Amor»—me responde placentera.

(*«Anales del Ateneo del Uruguay», año 1882*).

De Stecchetti

(DEL ITALIANO)

¡Ah señor!—¡caridad para un mendigo!
¡Tengo hambre, lo veis, y estoy desnudo!
¡Por el amor de Dios!—¡No te doy nada!
—¡Por la mujer que amáis!—¡Toma un escudo!

———

Ella decía: alegre no me es dado
Verte ya, ni de hinojos reverente.
¿Por qué no tienes ya el mirar ardiente,
Y la risa burlona en ti se ha helado?

Yo le decía: ¿atroz duda ha pesado
En tu cabeza blonda de creyente?
Yo cruzo el mundo irónico y sonriente
Desde la primer vez que hube dudado.

Ella decía: ¿á Cristo tu alma niega,
Y también de la guarda al ángel pío?
¿La luz de la esperanza á ti no llega?

Le decía yo: el ángel que ahora ansío,
Eres tú, mi esperanza y mi fe ciega:
No hables de Dios y sí del amor mío.

———

Ema, en la mesa la última
Te dejo, y vuelvo á casa semiahogado.
Bebe, bebe sin límite
Y tranquila; está el gasto ya pagado.

¿Ves que me pongo pálido?
Nada es: calla: acostumbro estos excesos:
Me han agriado el estómago
Los guisotes del huésped y tus besos.

(*«Anales del Ateneo del Uruguay»*, *año 1883*).

NOTAS

AL LECTOR (PÁG. 1)

Este soneto fué escrito en 1886 para la colección de rimas que ese año hube de publicar.

GLORIA AL PASADO (PÁG. 2)

Leí estos versos en una tertulia literaria del Ateneo, en la época de Latorre. Los turiferarios del tirano honraron mi nombre con diatribas en la prensa oficial.

IMMORTALE ODIUM (PÁG. 11)

Esta composición fué recitada por mí en el teatro «San Felipe», y publicada inmediatamente.

No hubo de sentarle bien á algunos de los individuos en ella aludidos; y tuve el aviso de que se trataba de hacerme una demostración reser-

vada, que, después de maduro examen por la repartición encargada de esta clase de asuntos, se resolvió aplazar hasta otra oportunidad, que felizmente nunca llegó.

Los tiempos eran duros; y las modestas palizas no escaseaban aunque se prodigasen menos que en el feliz tiempo de Latorre.

En cuanto al título de la composición, es, como se sabe, una locución enérgica de Juvenal en su sátira XV.

EL LUSTRO HORRIBLE (PÁG. 21)

Se alude á los cinco años que corrieron desde el motín militar del 15 de enero de 1875 hasta el 13 de marzo de 1880, en cuyo lapso de tiempo soportó la República la tiranía sangrienta y rapaz de Latorre, gobernando este malvado el primer año bajo la responsabilidad del cuitado Pedro Varela, los tres subsiguientes como dictador y el último con la farsa de las formas constitucionales.

MARIANO † EN SONETOS (PÁG. 92)

Estos cinco sonetos se publicaron en 1897, y por consiguiente en vida de don Mariano Soler.

No deberían figurar en este libro; pero un deber de ciudadano me obliga á insertarlos en él, siquiera sea como protesta contra los elogios injustos é hiperbólicos que se prodigaron á la vida de aquel hombre, con motivo de su muerte.

En el telegrama de uno de nuestros agentes diplomáticos, se le llamó «santo»; en discursos necrológicos se repitió la misma vaciedad; otros lo llamaron ilustrado y gran escritor, y no faltó el entusiasta que le atribuyó patriotismo.

Jamás he visto que tenga objeto recomendable elogiar la conducta de los individuos que hacen mal á la tierra en que he nacido y que adoro con todas las fuerzas de mi alma. Así como no me han preocupado en lo mínimo las ofensas personales y calumnias de que con frecuencia he sido objeto, suscitan mi indignación todos los que con sus procederes perjudican á mi país.

Es este el criterio con que siempre juzgué á Soler en vida, y no estoy obligado á cambiarlo porque haya muerto.

¡Es cómica, en medio de todo, la canonización laica de Soler; pero muy cómica!...

Prescindiendo de faltas de su primera juven-

tud,—de que si no hay actualmente, ha habido constancia en el archivo del Juzgado Letrado de Rocha,—era Soler un hombre que de todo tenía menos de santo. Exhibíase soberbio, farsante y orgulloso, y de entrañas suficientemente angelicales para haber publicado en 1877 una defensa de las bondades de la Inquisición. Siendo hijo de un honrado menestral, se irguió contra su origen plebeyo é inventóse un abolengo con sangre azul; y es notorio en Montevideo que era heredero en el testamento falso de don Andrés Vázquez, y aunque el *Deus ex-machina* de la embrolla fué otro gran dignatario de la Iglesia nadie ha de creer que una pillería de ese calibre se hiciese sin conocimiento del agraciado. ¿Son todas estas diabluras la obra de un santo?

Por panegiristas entusiastas se atribuyó gran mérito literario á lo que escribía. Pero en la obra de Soler hay dos partes: una de santidad, que era la de plagiar cuanto encontraba á mano, y otra personal, que era sencillamente un cúmulo de disparates, como el de «los judíos que humedecían con sus lágrimas los ríos de Babilonia»; y tanto material de este género daba el hombre, que durante el tiempo que presté co-

laboración al periódico *El Libre Pensamiento*, además de mi editorial hacía yo unos sueltos que resultaban muy graciosos con solo exhibir párrafos de Soler, llenos de barbaridades y en que además nunca asomaba la sintaxis, lo cual prueba que el ilustre literato poco había saludado la Gramática y menos el Latín, tan común en el bagaje lingüístico de los frailes.

Como predicador era una calamidad andante, aun prescindiendo de gauchescos defectos en su modo de pronunciar, que hacían completamente irrisoria y grotesca su dicción.

Y vengo ya al supuesto patriota. Bastaría con decir que era jesuíta, para que la leyenda del civismo viniese al suelo, aun sin el apéndice de su gloriosa é inmortal defensa de la Inquisición. Pero hay algo más en su haber. Fué un ridículo diputado que hacía reir á la barra siempre que hablaba; y en esa manifestación política de sostenedor de la tiranía de Latorre con el mayor servilismo, sacó partido para influir en que se suprimiesen los estudios secundarios en la Universidad oficial, con el objeto de fundar él una Universidad católica de negocio, en que se hacían toda clase de enjuagues, que dieron por resultado

la especialidad de unos bachilleres con ciencia infusa. Y otra manifestación patriótica de Soler fué, como en todas las gentes de su oficio, la de no acatar ni jurar las leyes nacionales; y encastillado en el Syllabus, que es un código monárquico cuando toca puntos de política, afirmar que sólo dependía de Roma, siendo con este civismo que sedujo á un Juez Letrado de Montevideo, quien fallando un juicio contra un fraile infractor de la ley de matrimonio civil, le absolvió, entre otras consideraciones, por la de que aquella ley no alcanzaba á ningún clérigo desde que el jefe de la Iglesia Nacional no la aceptaba.

Porque Idiarte Borda le propició el arzobispado fué partidario acérrimo de su gobierno: el más corrompido que haya jamás soportado el país. Y con ese motivo, no obstante ser blanco, hostilizó la revolución de su partido en 1897; y como esa hostilidad no era por amor á la paz sino por una menguada razón personal, sucedió que, así como en 1897 aconsejó á los clericales que no diesen dinero, durante el gobierno legal y honesto de Batlle y Ordóñez les hizo abrir la bolsa para favorecer las aventuras de Saravia, y fué un incorregible conspirador antes y después de la derrota de Masoller.

Con lo dicho, que es una millonésima parte de lo que cabe recordar, creo que basta y sobra para la fotografía de Soler, como santo, como eminente hombre de letras, y como gran patriota.

MARIANO † DIPUTADO (PÁG. 92)

Este soneto está calcado en un célebre y divertido discurso de Soler, adulando en la Cámara de Representantes al tirano Latorre.

El «Diario de Sesiones» marca tres veces la frase «hilaridad en la barra» en unos pocos renglones; yo asistí á esa sesión y no me pesó, porque Soler se condujo de una manera muy agradable.

SHAKESPEARE (PÁG. 107)

He procurado dar en esta composición idea del probable estado de ánimo de Shakespeare al volver á su pueblo natal, en el momento para él de abrigar dudas respecto del recibimiento que se le haría.

Jorge Brandes, el genial escritor danés cuyos libros insuperables he leído en versión inglesa,

da en su extensa obra crítica sobre el autor de «Hamlet», nuevos datos y avanza más que nadie en la exploración de la vida privada del poeta, detallando la acogida fría que le dispensó su familia, la mala voluntad de los parientes de su mujer, y la antipatía que en general suscitaba su falta de religión, en la aldea de un país tan fanático como la Inglaterra de aquel tiempo.

No es mucho, pues, que regresase á sus lares acosado por la amargura de las dudas y tristezas que tenían que labrarlo, al pensar por otra parte en que su abandono de la familia y su vida algo libre de Londres, no eran las mejores recomendaciones en su vuelta al hogar.

ÍNDICE

ÍNDICE